

05

JULIO 2023

RAÍCES



DILEMAS DE LA JUVENTUD

RAÍCES

Director Ejecutivo | Cristián Stewart

Editores | José Manuel Cuadro y Magdalena Vergara

Comité editorial | Sofía Brahm
| Cristóbal Ruiz-Tagle
| Braulio Fernández

ISSN | 2452-6185

Diseño | huemulestudio.cl

ideapais.cl

Instagram | @ideapais

Twitter | @ideapais

Facebook | IdeaPaís

Agradecemos a María José Aravena, María José Ortega y María Jesús Tagle por la ayuda en el diseño y estructura visual de la revista.



Agradecemos el apoyo de la fundación Hanns Seidel en la publicación de Raíces.

Editorial..... p . 6

Editorial Equipo Raíces

Ensayos..... p . 8

Hijos de la modernidad
Emilia García y Cristián Stewart

Digitalidad, presencia y cambio generacional
José Miguel González

Juventud despojada
Ignacio Stevenson

Radiografía a la juventud chilena
Juan Pablo Lira y Francisco Alessandri

Entrevista..... p . 52

Entrevista a Eduardo Valenzuela
José Manuel Cuadro y Emilia García

Tribuna..... p . 58

La educación secundaria hoy
Magdalena Plant

La cultura de la cancelación y el espacio
universitario
Beatriz López

Sexo barato
Cristián Rodríguez

Ese momento clave en la historia: La Asociación
Nacional de Estudiantes Católicos.
José Manuel Cuadro

Autores socialcristianos..... p. 74

Alejandro Silva Bascuñán, el hombre
que (no) conocí

Felipe Soza

Gabriela Mistral. Algunas ideas sobre la
moral y el rol del maestro

Rosario Corvalán

Reseñas..... p. 78

El colapso de la autoridad. Cómo no abdicar ante
la dictadura de las redes y la presión social

Leonard Sax

Kevin Canales

La nueva izquierda chilena

Noam Titelman

Magdalena Vergara

El dilema de las redes sociales

Florencia Salah

Doctrina social de la Iglesia.... p. 84

Lo que Benedicto XVI advirtió sobre la juventud

Pablo Valderrama

La juventud ha sido el motor de trabajo de IdeaPaís. Desde sus inicios, fue creado por y para los jóvenes, en un esfuerzo por formar una generación con vocación de servicio público y con sentido crítico para comprender los procesos y necesidades sociales que nos toca enfrentar, con el fin de aportar a una comprensión –y construcción– de una sociedad que permitiera el verdadero respeto de la dignidad humana. Ha sido precisamente este trabajo, junto con los diversos encuentros y conversaciones con los jóvenes escolares, universitarios y profesionales que día a día pasan por nuestra institución, lo que inspiró esta quinta edición de nuestra revista Raíces, que no tiene otra intención que poner sobre el papel las constantes reflexiones que hemos tenido sobre los *Dilemas de Juventud* en el Chile de hoy.

Reflexiones que buscan comprender a las generaciones del mundo posmoderno, al joven de la era digital y del despliegue de la inteligencia artificial; quienes vivieron su primera crisis social con el estallido social y pasaron dos largos años de pandemia en plena etapa de desarrollo. Fenómenos que, sin duda, han influido en nuestra manera de comprender el mundo, la forma en que nos relacionamos y nuestros modos de vida. Los distintos ensayos y artículos de este número, abordan de manera profunda estas problemáticas, desde los ojos de jóvenes y adultos, con la intención de aportar a comprender la identidad de las nuevas generaciones.


Los tres ensayos de la revista, nos entregan un marco de discusión inicial para la reflexión. Emilia García y Cristián Stewart, escriben sobre los “hijos de la modernidad”. Los autores se preguntan cómo encontrar un equilibrio entre los avances de la modernización y la protección de nuestras raíces, sin caer en la nostalgia ni rechazar los avances tecnológicos y sociales que nos han beneficiado. Por su parte, José Miguel González se embarca en la reflexión sobre los jóvenes en la era de la tecnología y la virtualización de las relaciones, que se vio fuertemente acelerada por la pandemia. Advirtiendo, –ambos ensayos– los cambios en las relaciones personales y conductas que estos fenómenos han provocado en las nuevas generaciones, afectando la propia autopercepción. El último ensayo, Ignacio Stevenson hace “una vuelta larga” para profundizar en la idea de emancipación y esa “juventud despojada” que se mueve entre la individuación y las masas y que ha servido como caldo de cultivo para la protesta.

La entrevista de Eduardo Valenzuela, logra ser una buena síntesis de los desafíos abordados. Sin alarmismo y con más optimismo por el devenir del país y las nuevas generaciones, frente a los nuevos elementos identitarios que tienden a una individualización, la protesta social y la desinstitucionalización.

La sección tribuna, ahonda en problemáticas culturales y concretas, que dan cuenta de cómo las consecuencias que se advierten en los ensayos respecto de las relaciones y conductas de los jóve-

nes permea también en la comprensión de los espacios e instituciones. En sus artículos, los autores comentan sobre los desafíos de la violencia y reactivación educativa en la educación secundaria, la cultura de la cancelación en la educación superior que choca con el ideal universitario donde “todas las verdades se tocan”; el modo en que se vive la sexualidad y su incidencia en la posibilidad de crear relaciones sanas y duraderas. Todo ello contrasta con el artículo sobre la acción política de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos que relata la vida de jóvenes de otra época que fueron claves para el curso del siglo XX chileno.

Cabe destacar, que en esta edición innovamos con la presentación de la “Radiografía a la juventud chilena” de nuestros investigadores Francisco Alessandri y Juan Pablo Lira, quienes desde el análisis cuantitativo observan las importantes transformaciones en los jóvenes de los últimos años.

Queremos agradecer a los autores que han contribuido con sus ensayos y reflexiones, así como a nuestros lectores por acompañarnos en esta exploración profunda de la juventud actual. También a la fundación Hanns Seidel por creer en el proyecto de IdeaPaís. Nuestra misión es proporcionar una visión integral y comprensiva de esta generación, para fomentar el diálogo y jamás abandonar el ideal de solidaridad que mueve el trabajo de IdeaPaís. Esperamos que estas páginas sirvan como una plataforma para la reflexión y que contribuyan al crecimiento de la juventud actual. 

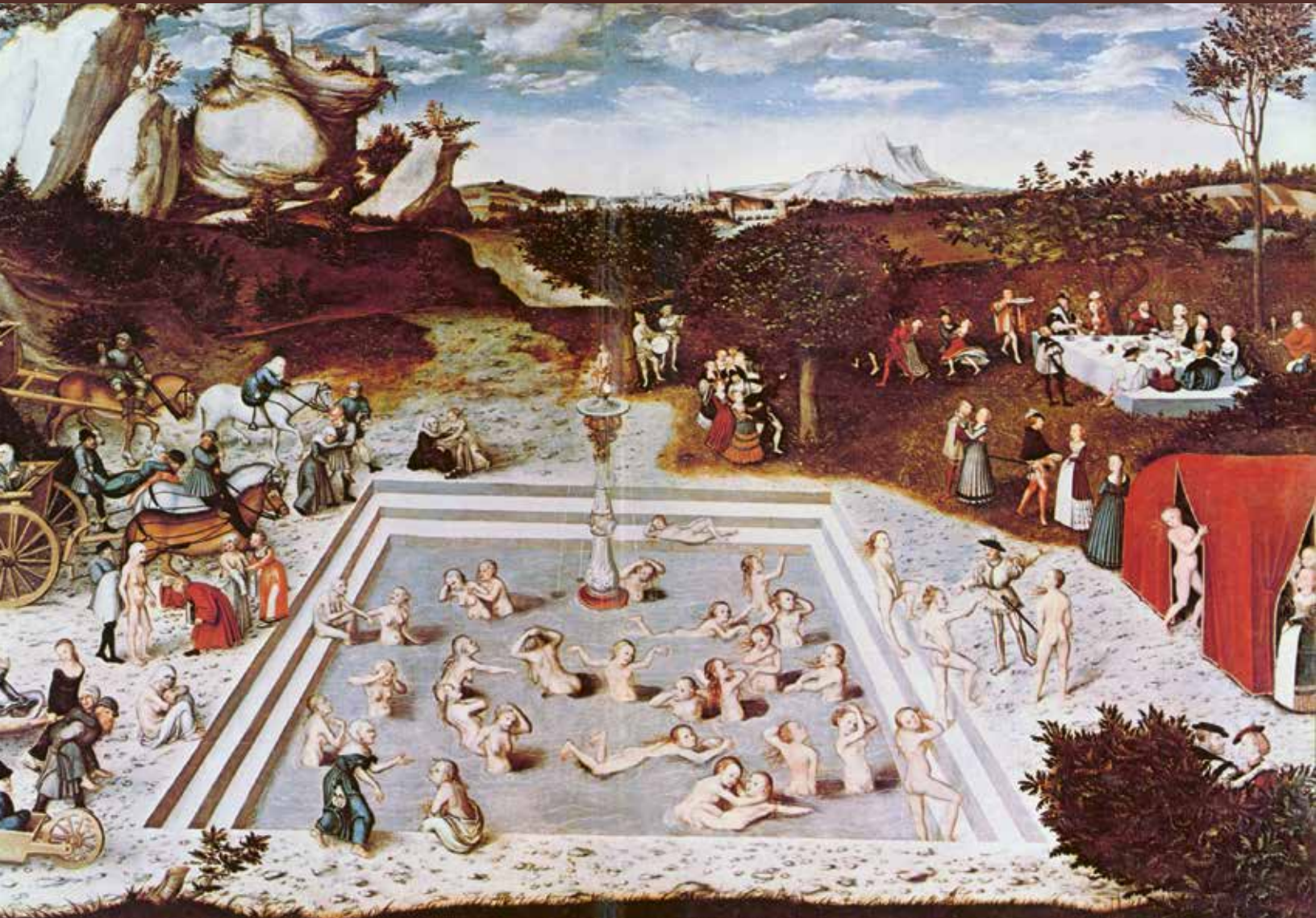


EMILIA
GARCÍA



CRISTIÁN
STEWART

Hijos de la modernidad¹



1 Nos parece importante reconocer dos premisas instaladas en la base de las reflexiones que el lector está por recorrer. La primera dice relación con que ambos autores pertenecemos a la generación que es objeto de estudio de este ensayo, por lo que haremos el esfuerzo de mantener nuestro análisis lo menos nublado posible, a pesar de que la neutralidad —en este y en cualquier tema— es una ilusión. La segunda, es que ambos somos críticos de la «posmodernidad», dado que ella licua cada uno de los ámbitos de nuestra experiencia vital, pero por sobre todo nuestras relaciones humanas y la identificación personal.

EMILIA GARCÍA

Investigadora IdeaPaís

CRISTIÁN STEWART

Director Ejecutivo IdeaPaís

La juventud² es una edad determinante en la configuración de la identidad personal. Es, acaso, la etapa vital más intensa, pues a lo largo de ella se van aprendiendo y formando valores y habilidades que preparan a las personas para la vida adulta en todas sus dimensiones, las cuales son fundamentales para la inserción social y la formación de la propia identidad. A las dificultades inherentes que tiene esta etapa se le suma hoy una adicional: los cambiantes aires posmodernos que se respiran en la actualidad imponen condiciones adversas para los jóvenes de hoy en la consecución y desarrollo de dichas propiedades.

Así las cosas, la comprensión actual de los jóvenes y la formación de su identidad es cada vez más amplia y diversa. ¿Quiénes son los jóvenes de hoy? ¿Qué los caracteriza? ¿Existen distintas formas de ser joven? ¿Cómo han estructurado esta identidad los procesos de globalización y modernización de la sociedad? En este ensayo, hacemos un intento por comprender a una generación —de la cual somos parte— que nació en un acelerado proceso de crecimiento económico y modernización capitalista, pero que perdió algo en el camino, y que para recuperarlo es necesario volver a mirar las raíces de nuestra naturaleza humana, profundamente social e interdependiente.

Modernidad y posmodernidad

Aunque a ratos se les dé un tratamiento similar, las categorías «modernidad» y «posmodernidad» tienen un significado especial. Para los efectos de este artículo, resulta conveniente indagar en sus diferencias, para luego analizar sus consecuencias en la juventud de hoy. Zygmunt Bauman (1999) sostiene que, en la modernidad, la sociedad estaba organizada en torno a grandes estructuras, como el Estado, la religión, la familia y el trabajo, las que proporcionaban seguridad y sentido de pertenencia a los individuos, a costa —muchas veces— de la libertad individual de sus integrantes y su capacidad de seguir sus propios deseos y necesidades³.

En la posmodernidad, estas estructuras se han vuelto más débiles, menos estables, y los individuos se ven obligados a construir su propia identidad a partir de las múltiples opciones y posibilidades —en teoría— igualmente «válidas» que ofrece una sociedad líquida⁴, al margen de las instituciones que durante toda la historia han sido el marco de la experiencia vital. Aquello que antes otorgaba sentido y trascendencia a lo personal vivido comunitariamente —los agentes socializadores, como las iglesias— sería luego reducido al ámbito privado, forzando (con éxito, por cierto) una falsa

2 No existe a la fecha un consenso en la literatura sobre los contornos etarios de la juventud que permitan definir cuándo empieza y cuándo termina. Sería ingenuo pensar que este grupo se define solamente por un dato sociodemográfico. Si hace 30 años se consideraba que esta edad culminaba cerca de los 25 años —marcada por la inserción en el mercado laboral—, hoy ese límite es cada vez más difuso, y podemos encontrar estudios de juventud que abordan a personas hasta los 35 años.

3 Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

4 Bauman acuña el concepto de «sociedad líquida» para referirse a una sociedad que se caracteriza por la fluidez y la incertidumbre en todos los ámbitos de la vida. En esta sociedad líquida, las relaciones humanas, las identidades personales, los trabajos y los estilos de vida son más efímeros y frágiles.

dicotomía entre lo público y lo privado. La promesa de la liberación del ser humano que ofrecía la modernidad se materializa en las estructuras ambivalentes que caracterizan a la posmodernidad, que nos rigen y moldean negándose a sí mismas. La posmodernidad, con la obsesión por dominarlo todo (sin advertir que ello supone la propia destrucción del ser humano), por superar todo límite, y por desconocer, al mismo tiempo, consciente e inconscientemente las ataduras del pasado⁵, ha traído consigo una mayor individualización de las personas⁶, en la que los jóvenes principalmente buscan afirmar su autonomía e identidad despojándose de estructuras tradicionales, concebidas como rígidas, impersonales y estereotipadas, pero sobre todo impuestas con arbitrariedad.

Sin embargo, la modernización, como proceso amplio, no ha significado una ruptura total con el pasado. Ella convive con los elementos que, en su génesis, la posmodernidad busca superar. Ha devenido en una reinterpretación crítica de la tradición y la historia, que se traduce en la convivencia de valores como la solidaridad, la familia y la religión, con nuevas formas de relación social y cultural fuertemente marcadas con procesos de individualización. En otras palabras, es en esta sociedad posmoderna, que dificulta la coexistencia de elementos tradicionales y modernos, donde se moldea la identidad de los hijos de la modernidad. Es en este mundo, principalmente posmoderno, donde la juventud actual se ha visto obligada a desarrollarse y buscar identidad, y cuyo estado actual es tan caótico como ávido de orientación.

5 Araos, J. (2022). El lugar sin límites. *Revista Punto y coma*, vol. 6, 25-32.

6 No hay que confundir individualización con individualismo. La primera es un proceso personal que implica la búsqueda de autonomía como individuo, de diferenciación con los demás a fin de construir una identidad propia. El individualismo, en cambio, es una forma extrema de la individualización, en que el individuo se percibe a sí mismo como el centro y busca satisfacer sus propias necesidades e intereses sin considerar a los demás. Es esto último lo peligroso —sobre todo para la cohesión social—, ya que puede llevar a la fragmentación y aislamiento de los individuos.

Crecimiento económico y juventud

Un elemento útil para analizar la identidad de los jóvenes de hoy es considerar el contexto socioeconómico en el que nacieron y que vivió Chile a partir de los años 80 y 90. La globalización y el crecimiento económico que experimentó nuestro país antes y durante la transición política —marcada por el proceso mundial de modernización capitalista— llevaron a cambios tanto en una dimensión material (acceso a más y nuevos bienes) como de organización (una lógica que implicó, en general, mayor cobertura, acceso al crédito, mayor dinamismo, entre otros elementos). Esos cambios afectaron, para bien o para mal, las estructuras que moldean la vida en común: los comportamientos de las personas, sus interacciones y las dinámicas sociales sufrieron modificaciones, sobre todo en torno a ciertas normas que indicaban fines deseables y otros que era mejor evitar. Dicho de otro modo, en aquella época cambió el campo de juego y sus reglas, lo que hizo que el nivel y la formación de los jugadores fueran radicalmente distintos a los de la generación de sus padres.

El proceso de modernización y crecimiento que experimentó Chile en esos años —a la luz de lo ocurrido en octubre de 2019— exige poner la mirada en las consecuencias y efectos de dicho proceso por parte de quienes hemos crecido en los famosos «30 años». Con todo, las críticas que pudieran existir acerca de este proceso de modernización —junto con sus consecuencias posmodernas no deseadas— no justifican su rechazo y menos la voluntad de querer volver a un estado anterior. Como sostiene Daniel Mansuy (2016), a la modernidad hay que mirarla como un hecho macizo e imposible de negar, pero que debe analizarse con independencia de su fuerza, y así intentar determinar las tensiones que provoca y sus riesgos implícitos⁷.

Una de las consecuencias más características del proceso de modernización capitalista chileno

7 Mansuy, D. (2016). *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición*. Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).

de fines del siglo XX fue su crecimiento económico acelerado y sostenido. Dicho fenómeno le permitió a nuestro país comenzar el nuevo milenio en condiciones óptimas para avanzar en la desatada carrera por alcanzar el desarrollo. Con resultados macroeconómicos nunca antes vistos, se llevaron a cabo profundas reformas —sobre todo en materia educacional, de seguridad social y vivienda—, logrando una disminución significativa de la pobreza, de la indigencia y de la desigualdad, aumentando el crecimiento y la esperanza de vida, alcanzando altos niveles de escolaridad, alfabetización y acceso al agua potable, entre otros logros. Asimismo, Chile se integró a la economía mundial⁸ al firmar tratados de libre comercio con numerosos países, y con la reducción unilateral de aranceles contribuyó al crecimiento sostenido de las exportaciones. El hecho de que este mejoramiento de la calidad de vida de los chilenos no tenga comparación en nuestra vida republicana pone cuesta arriba las abundantes objeciones hacia los «30 años». Aspirar a una sociedad chilena prebonanza económica de fines del siglo XX representa una ilusión y una ingenuidad ante una realidad tan evidente.

Hecha esa prevención, este acelerado proceso que vivió Chile sí tuvo defectos, dentro de los cuales destaca la carencia de reflexiones y evaluaciones, cuya ausencia —visto retrospectivamente— trajo consecuencias importantes⁹. A la conocida pregunta por los límites que debiese tener el mercado en la vida social (sin los cuales los vínculos sociales pueden verse gravemente erosionados, generando así lo que hoy vemos como una crisis de sentido y de desesperanza generalizada¹⁰), se suma una característica muy propia de la convicción posmoderna que abrigamos las nuevas generaciones, y que esconde un hecho tan cierto como aterrador:

“Es en esta sociedad posmoderna, que dificulta la coexistencia de elementos tradicionales y modernos, donde se moldea la identidad de los hijos de la modernidad. Es en este mundo, principalmente posmoderno, donde la juventud actual se ha visto obligada a desarrollarse y buscar identidad, y cuyo estado actual es tan caótico como ávido de orientación.”

8 En 2010, Chile ingresó a la OCDE, siendo el primer país de Latinoamérica que lo lograba.

9 Principalmente, la descomposición de la familia, la dificultad para integrar a los nuevos grupos medios al desarrollo y la acelerada cobertura educacional sin capital cultural.

10 Ver resultados Encuesta Bicentenario UC 2022, donde se exhibe una frustración de expectativas transversal, pero sobre todo en jóvenes.

asumimos que la estabilidad económica e institucional en la que crecimos en los años 90 era un dato, algo dado, una premisa que, por mucho que se pusiera en jaque «el sistema», jamás desaparecería. Craso error del que debemos aprender y recordar cada día.

Desocialización y confianza

En este contexto, la gran interrogante a responder es: ¿dónde reside el sentido de la vida de los hijos de la modernidad?

Para abordar este desafío, resulta necesario volver a las preguntas relativas a la naturaleza humana. Una de las primeras luces la dio Aristóteles al sostener que el ser humano es un ser social, cuyo bien y desarrollo dependen de su participación en la vida en comunidad («la vida política»). En ese sentido, para desarrollarse integralmente —esto es, conforme a su propia naturaleza—, la persona humana necesita de la relación y convivencia con otros para satisfacer sus necesidades, desplegar sus facultades y realizarse personalmente. El bien personal supone el bien del resto de las personas, lo cual exige un conocimiento y relación anterior entre ellas.

Las primeras instancias de interacción con otros se viven en la juventud. La repetición de interacciones —como el desarrollo de los hábitos— transforman dichos encuentros en vínculos, a través de los cuales se comparten experiencias, se aprenden valores y normas, se construyen identidades y se crean redes de apoyo mutuo. Con el tiempo, la interdependencia que crea esos vínculos vuelven las relaciones en una necesidad, que se ve satisfecha en la vida en comunidad.

No obstante esa necesidad intrínseca del ser humano, en las últimas décadas hemos visto cómo la sociedad se ha segregado cada vez más, extinguiendo lentamente los puntos de encuentro entre los distintos y de colaboración mutua, quizás arraigados en la falsa noción de que podemos prescindir del otro para nuestra realización personal.

Desde la idea de que es posible vivir nuestra fe sin una comunidad de creyentes que nos acompañe, hasta que podemos realizar nuestra labor profesional desde el escritorio de nuestra casa, sin contacto periódico con nuestros compañeros de trabajo, o que basta el uso individual de una plataforma virtual desarrollada por inteligencia artificial para responder todas las preguntas de la vida. Todos, ejemplos de la ilusión de que el esfuerzo personal sería suficiente para darle sentido a nuestra vida; de que lo verdaderamente importante es alcanzar la propia realización, sin advertir ni ponderar en qué medida dicha respuesta se encuentra en la comunidad, cuya primera y más pura expresión es la familia.

Todo este proceso —que podemos denominarlo la *desocialización*¹¹ del individuo— ha traído aparejada una serie de consecuencias que han terminado por dinamitar la cohesión social, y que se puede resumir en una sola palabra: desconfianza.

El sociólogo alemán Niklas Luhmann afirma enfáticamente que la confianza es una condición necesaria para la estabilidad y el orden en una sociedad compleja. Ella permite a las personas y grupos sociales cooperar y coordinar sus acciones de manera efectiva, reduciendo la incertidumbre y el riesgo en las interacciones sociales. Y, a medida que la sociedad se vuelve más compleja, con una mayor división del trabajo y una creciente diversificación funcional de las instituciones, la confianza se vuelve aun más importante para mantener la cohesión social.

Esta desconfianza —que no es sino falta de seguridad, creencia en el resto y apertura a la familiaridad— que ha imperado en los últimos años pone un impedimento inexpugnable para el buen desarro-

¹¹ La «desocialización» es un término utilizado en la sociología para describir el proceso mediante el cual las personas desaprenden valores y normas sociales. Este proceso puede vivirse individualmente, donde una persona pierde habilidades o valores por razones específicas, como el aislamiento social, la marginación, el encarcelamiento, la pérdida de un ser querido, el abuso, entre otros. O puede ser un proceso generacional, en que esta pérdida o desaprendizaje se genera entre generaciones. En este caso, hablaremos de una *desocialización generacional*.



Pieter Bruegel, 1563. *La torre de Babel*. Museo de Historia del Arte, Viena.

llo de las relaciones humanas, especialmente en los jóvenes, y se ve reflejada en distintos ámbitos de nuestra vida. Sugerimos concretamente tres.

En primer lugar, existe una desconfianza en la razón, que es reemplazada por el pluralismo y el relativismo. En el intuitivamente correcto ánimo de que cada quien escoja su propio proyecto de vida, los jóvenes extendemos esa máxima hacia dimensiones que desconocen nuestros propios límites. Así, trazamos nuestra propia verdad y comprensión de la realidad, de modo que terminan por existir tantas interpretaciones de la misma como personas en el mundo. Ya no existe una verdad a la que con las propias limitaciones hay que acceder, ni un consenso sobre códigos o virtudes morales a conquistar. Todo forma parte de los libros de historia de la filosofía. Lo importante es lo que cada uno siente, necesita, cree y experimenta en un momen-

to determinado, y no necesariamente prolongado en el tiempo.

Lo anterior ha devenido en una ausencia total de una cosmovisión o metarrelato común que busque dar sentido y cohesión a nuestra sociedad, tanto desde sus tradiciones y normas como desde sus valores y creencias. Fue tanto el éxito de la empresa de John Rawls al insistir en la neutralidad moral, que el esfuerzo de alcanzar un acuerdo mínimo de valores políticos («consenso traslapado»), en una sociedad compuesta por visiones comprensivas «razonables», muestra fácilmente la inconsistencia en que descansa esta parte de su teoría política —esto es, no puede haber al mismo tiempo neutralidad moral y razonabilidad objetiva—, la cual sale a la luz por su propia inercia. Así, todos aquellos «discursos» o «narrativas» que le han dado orientación a la vida social, hoy, son deslegitimados y

relativizados, porque no puede existir neutralidad moral y al mismo tiempo «algo» que sea objetivamente bueno, y en cuya bondad podamos poner nuestras esperanzas comunes y nuestros miedos compartidos. Se mira el pasado con suspicacia, porque se imponen estructuras que no se eligieron, y el presente se transforma en una constante experimentación, sin quilla y sin importar las consecuencias del futuro. Todo vale, en la medida en que sea «razonable». Esta desconfianza en la razón y las convenciones sociales nos sumerge en una cancha sin límites ni marcos de orientación claros.

En segundo lugar, y conectado con lo anterior, hay una profunda desconfianza institucional, que no es solamente política, sino que es sistémica. Por un lado, ya no se cree en que las instituciones actuarán de manera justa y eficiente, y en consecuencia, se buscará otros medios para satisfacer esas necesidades —lo que fue el estallido social de octubre de 2019, por ejemplo—. Pero, por otro lado, también emerge la idea de que podemos vivir sin ellas, que no es necesario institucionalizar nuestra experiencia, y que basta con el esfuerzo y la autoexpresión personal para desarrollar nuestra identidad.

Esto último se observa con claridad en la última versión de la Encuesta Bicentenario UC, donde los jóvenes declaran, por ejemplo, creer en Dios —y no significativamente en menor medida que las generaciones de sus padres—, pero no ser parte de una iglesia; querer formar una familia o tener una pareja estable, pero no a través del matrimonio; participar políticamente, pero no a través de

un partido político. Al fin y al cabo, ¿en qué aporta constituir la propia experiencia al alero de una institución si esta solo la limita? Pregunta que se erige acaso como el más mortal de los males, pues desconoce que las instituciones obedecen, antes que todo, justamente a perfeccionar el bien que se quiere proteger.

En este sentido, existe un reto fundamental no solo de los políticos, sino de todos quienes creemos que las instituciones —sobre todo las naturales, como el matrimonio— son vitales para la experiencia humana al facilitar y habilitar el contacto con los demás, que es el de relevar y resignificar aquellos espacios formales y a la vez formativos que son las instituciones. No solo porque son un determinante fundamental para que pueda existir un buen gobierno, estabilidad y desarrollo económico, sino también porque invitan y profundizan la solidaridad y cohesión social entre los distintos.


Por último, y probablemente la secuela más reconocida y alarmante, existe una evidente desconfianza interpersonal. Según la encuesta sobre confianza interpersonal realizada por Ipsos (2022) a 30 países en el mundo, Chile es el tercer país de Latinoamérica donde menos se confía en la gente, solo siendo superado por Perú y Brasil. Lo anterior es inquietante, porque sin la confianza en otros, la cohesión social —condición básica para la estabilidad— se vuelve un imposible. La confianza interpersonal permite a las personas cooperar y coordinar sus acciones para lograr objetivos comunes, permitiendo extender su propia personalidad a través de otros (principio de subsidiariedad), fo-

mentando así la solidaridad y la confianza en las instituciones sociales.

La confianza es fundamental para la cohesión social, la construcción de relaciones sociales significativas y satisfactorias, y para el bienestar personal. Sin embargo, en un mundo donde todo es cambiante, relativo y frágil, la posibilidad de sostener relaciones duraderas, estables y genuinas es cada vez más exigente y excepcional.

Así, no solo disminuyen los contactos personales entre personas, sino también la presencia de referentes a seguir que proporcionen modelos de comportamiento y valores que podamos adoptar como propios. Solo identificándonos con referentes que admiramos y respetamos, como pequeños en hombros de gigantes, podremos construir una imagen positiva de nosotros mismos y de nuestras capacidades, y fomentar valores sociales como la solidaridad y la colaboración. Como señala Michael J. Sandel (1984), criticando la «posición original» de Rawls, las personas no tomamos decisiones en el vacío ni venimos de la nada, pues nuestras trayectorias, familias, biografías, antepasados, la nación, son de una relevancia tal que es imposible desvincularse de ellos¹².

Los jóvenes de hoy están ávidos de trascendencia, de experiencias que configuren su identidad y les otorgue sentido vital. En este difícil proceso, se enfrentan a la tarea de encontrar un equilibrio entre su individualidad y la necesidad de pertenecer a una comunidad en un mundo posmoderno donde la licuación y la desconfianza han socavado las bases de la cohesión social.

Así, escribir sobre juventud en una revista que lleva por nombre *Raíces* no es inocuo, porque es en ella donde encontramos la respuesta a la pregunta original sobre el sentido de la vida en los hijos de la modernidad. Para recuperar la confianza es necesario recobrar los fundamentos de nuestra naturaleza humana, que son precisamente la sociabilidad y la interdependencia entre unos y otros, pero nos hemos convencido de que podemos prescindir de ellas. Esto, como dijimos arriba, no representa un afán por volver a un pasado idealizado ni de rechazar los avances y beneficios que la modernización nos ha proporcionado, se trata más bien de encontrar un equilibrio entre lo individual y lo colectivo, entre el progreso y el bienestar común, entre los avances accesorios y la protección de los límites que cuidan nuestra propia naturaleza, siempre mirando aquello que nos fundamenta, nuestras *raíces*. 

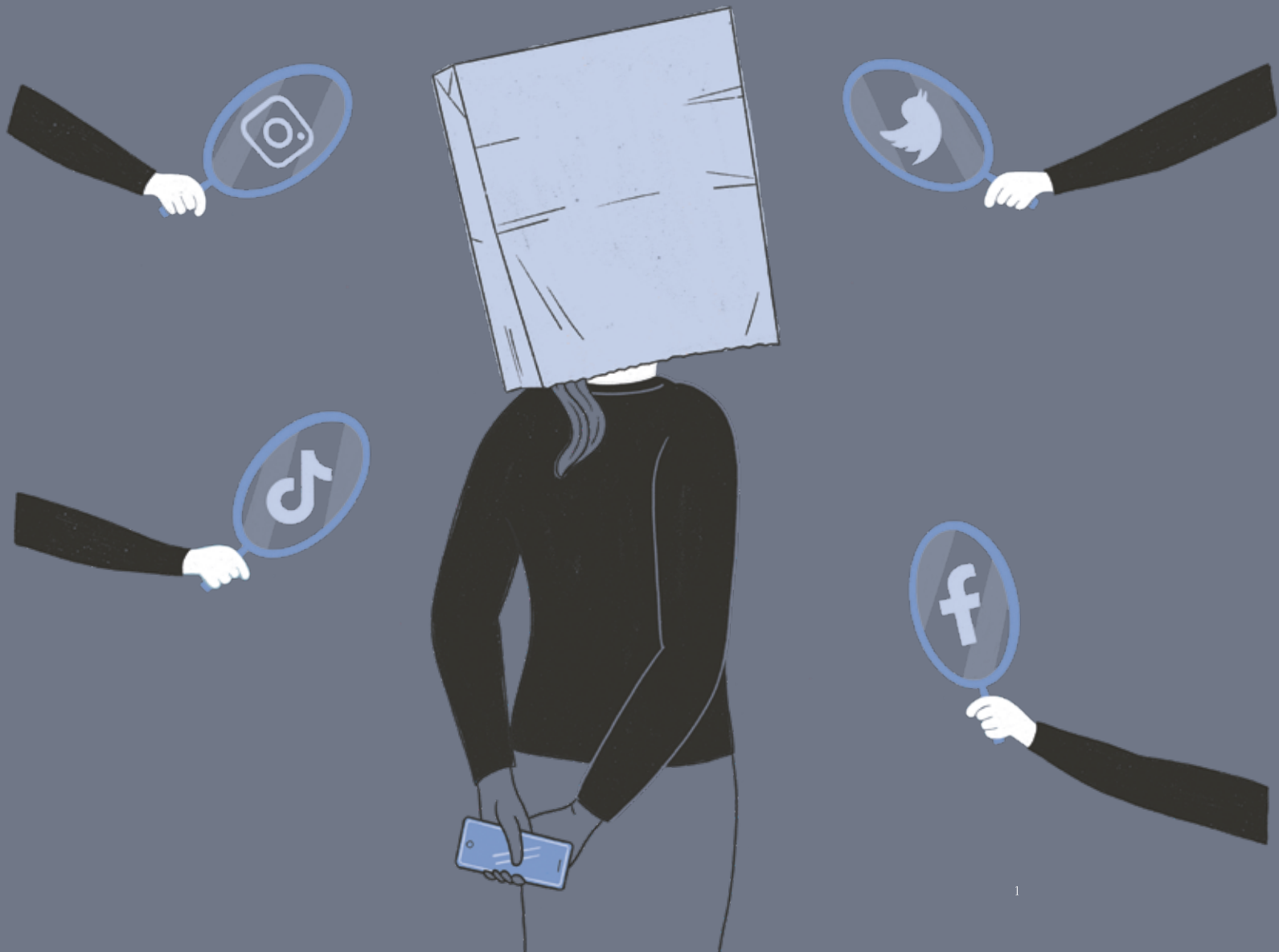
15

¹² Sandel, M. J. (1984). La república procedimental y el yo libre de trabas. *Teoría política*, 12(1), 81-96.



JOSÉ MIGUEL
GONZÁLEZ

Cambio generacional: entre la virtualidad y la presencialidad



 JOSÉ MIGUEL GONZÁLEZ

 Director de Formación IdeaPaís.

La penetración de lo digital en nuestra cotidianidad es uno de los sellos distintivos de nuestros tiempos, erigiéndose en sus distintos usos y aplicaciones como algo imprescindible, ya sea para interactuar con nuestros pares, entretenernos, informarnos o como herramienta necesaria para diversas funciones en el trabajo.

Vivimos conectados gran parte del día y esto se profundiza vertiginosamente con cada nueva camada, especialmente desde los denominados “generación Z” (nacidos desde fines de la década de 1990 a mediados de los 2000) en adelante, a quienes se califica de *nativos digitales* ya que ven tempranamente normalizados el internet y las *apps* de una forma que para las demás generaciones era impensado.

El conjunto de relaciones con estas nuevas cosas constituye una verdadera “cultura digital” de efectos bien diversos. En particular, nos detendremos en el impacto que tiene tanto en algunos aspectos de la mentalidad de los jóvenes como en la vivencia o experiencia de la sociabilidad.¹

Para el estudio de estas nuevas formas de interacción, la “sociología de la presencia” desarrollada por Pedro Morandé, Eduardo Valenzuela y Carlos Cousiño, ofrece algunas claves interpretativas interesantes. Fundamentalmente desde la idea o paradigma central de la **presencia**, que analiza cómo asistimos a la relación social sin prejustificaciones necesarias ni roles funcionales. A diferencia de las teorías sociológicas sistémicas o funcionales

de origen europeo, aquí la clave está en un vínculo social entre personas de carne y hueso que se relacionan como tales, desprovistas, en principio, de otra consideración adicional y a la vez en la integralidad de sus múltiples dimensiones.

Desde esta perspectiva, dichos autores buscan controvertir teorías sociológicas más predominantes que, a raíz de la complejización de la experiencia social, terminan por relegar al olvido el encuentro entre personas. En su enfoque la idea de gratuidad y dones recibidos, a diferencia de otras aproximaciones, destacan como algo fundamental para cada uno: “la vida nos habla de la familia, de la tierra y de la muerte. Nos refiere a aquello de dónde venimos, a eso que nos acoge y nos remueve, a los que nos espera sin saber cuándo.”²

Salta a la vista que esta presencia, tomando el concepto de dichos autores, está experimentando cambios a gran escala. La pandemia –más allá de que existieran ya procesos de larga data previos– significó entre otras cosas una “virtualización” drástica de las relaciones humanas. Con las cuarentenas se impuso la necesidad de adaptarse a otras formas de conectarnos, junto con un incremento en el aislamiento individual. Más allá de las diversas tesis antropológicas sostenibles acerca de la necesidad natural de sociabilidad humana, quedó en evidencia que nos cuesta estar aislados y la resistencia a la idea de interactuar sola o principalmente a través de una pantalla.³

1 Un crudo retrato metafórico (dramatizado) del impacto de las redes sociales y el internet en nuestra sociedad el del cortometraje de Steve Cutts, “Are you lost in the world like me?”.

2 Valenzuela, Eduardo y Cousiño Carlos, *Politización y Monetización en América Latina*, p. 19

3 Especial estragos produce esto a más temprana edad, en etapas en que se están desarrollando los “músculos sociales” y la interacción

Ahora bien, lo que la pandemia radicaliza y saca a luz se inserta en un panorama más amplio. En el mundo y en particular en Latinoamérica, Pedro Morandé habla de tres amplias “oleadas” en cuanto a la forma de comunicarnos y configurar nuestra identidad cultural: primero, una sociedad de comunicación oral; que pasaría a ser desplazada sucesivamente por una sociedad de comunicación escrita, que a su vez hace algunas décadas estaría viéndose transformada en una sociedad de comunicación centralmente *audiovisual*, contribuyendo cada una de ellas al olvido y relegación del encuentro presencial. Lo propio de estas fases para Morandé no es que cada una sustituya a la precedente, sino que va obligando más bien, en sus palabras, a “reinterpretar lo ya existente en una realidad más compleja”. Dicho de otro modo, estaríamos viviendo una etapa “bisagra” si se quiere, de tránsito y tensionamiento y no, por lo tanto, la concreción ya acabada del proceso.

18 Para poner esto en contexto: por ejemplo, los medios para informarse tradicionales de las personas han ido mutando: la prensa escrita ha ido abandonando su primacía respecto de la televisión, que a su vez hoy es cada vez consumida más en parejo e incluso en desmedro de las redes sociales. Cadem refleja claramente estas tendencias: los “baby boomers” (entre 56 y 71 años) se informan principalmente por la televisión y a continuación por la radio, consumiendo aún diarios en una proporción muchísimo mayor que las demás generaciones, cuestión que entre los “generación X” (entre 41 y 55 años) y luego los “millennials” (entre 24 y 40 años) demuestra ser mucho más marcada hacia el consumo algo mayor de redes sociales pero casi a la par con el de televisión, para luego consolidarse unas proporciones de amplia ventaja de las redes sociales en los “generación Z” (entre 13 y 23 años) que pasa a ser su principal fuente de

consumo de información así como la más influyente en todo sentido.⁴

Lo que esto indica es que el fenómeno de lo digital, y en específico el de las redes sociales, está en un momento de expansión y arraigo progresivo, a ritmo acelerado, con el paso de cada generación. Por poner un ejemplo concreto: hace no mucho la principal red social juvenil era Facebook. Hace años que prácticamente ningún joven universitario promedio interactúa por esa red social, utilizando principalmente Instagram y ahora último Tiktok. Ambas plataformas desarrollan, en línea con lo identificado por Morandé, una cultura audiovisual.

Pues bien, ¿qué es lo que están experimentando las relaciones entre personas a la luz de esta experiencia novedosa e influyente que representan las formas digitales de interacción? Detengámonos en algunos aspectos de esta reconfiguración que estimamos merecen especial detención desde el paradigma de la presencia.

En primer lugar, comentaremos el impacto desconectador que tiene la digitalidad en nuestra forma de relacionarnos, como paradoja de conexión y desconexión que va progresivamente modificando nuestra forma de sociabilizar y *estar* en el mundo. En segundo lugar, tocaremos el impacto en la vivencia de la comunidad, que se deteriora y ve reemplazada por un sentido distinto que se da en razón de la virtualidad, donde las posibilidades de vínculo personal “gratuito”, o mínimamente desinteresado, se ven desplazadas por nociones instrumentales que rediseñan la forma de entender la relación con otros. Veremos que estas nuevas formas de comunidad se caracterizan por lo efímeras, superficiales e instrumentales, lo que junto a la expansión del fenómeno de la *posverdad* significa un impacto no menor en la forma en que concebimos lo común. Cada uno de estos aspectos tiene su efecto más marcado de generación en generación, en línea con lo ya explicado y seguramente debido a la mayor habitualidad, masificación y penetración

con pares y con el profesor cara a cara resulta imprescindible, siendo varios datos del ámbito educativo los que demuestran serios retrocesos de aprendizaje, habilidades sociales y cognitivos incluso.

4 Cadem, *El Chile que viene*, medios y redes sociales, Enero 2022.

en generaciones que arrancan tempranamente ya como “nativas digitales”.

1. La desconexión de la conexión

Estar conectado, ya sea a las redes sociales, con acceso a internet y el celular en el bolsillo, sobre la mesa, velador o simplemente a nuestro alcance, nos desconecta de lo que nos rodea en alguna medida. Nos mantiene conectados al mundo digital, pero a costa de sacrificar el contexto real del mundo sensible, con sus paisajes, entorno y, por supuesto, las personas de carne y hueso que uno tenga en la proximidad.

El efecto que esto tiene en el carácter, hábitos y la forma de vivir nuestra sociabilidad no es menor. Para experimentar en su más propio sentido un vínculo social *presente* se requieren varios supuestos: uno bien básico es dirigir mi atención a quien tengo al frente.

Las redes sociales, *smartphone* mediante, se introducen en nuestra cotidianidad quitándonos parte de nuestra atención: a veces conscientemente, por la notificación que me lleva a contestar un mensaje, revisar algo o recordar una tarea. Pero también subconscientemente está siempre presente esa sensación de estar al alcance del resto: sé que puedo desatender o prestar menor atención porque tengo un salvavidas o refugio ante la incomodidad social⁵ en el bolsillo.

Esto no es mero alarmismo o exageración. Llega a niveles bien preocupantes si estudiamos cómo funciona el mercado de las grandes empresas de redes sociales en relación con las infinitas marcas y servicios a quienes cobran por publicidad, tema desarrollado por ejemplo en el documental de Netflix “*el dilema de las redes sociales*” donde se explica que, a grandes rasgos, el negocio de las redes

sociales es competir entre ellas por nuestra atención. Para eso, somos estudiados constantemente mediante la recolección de *data*, explotan vía algoritmo tus flaquezas, conociendo los más hondos rincones de tu instinto y rituales diarios. Toda esa información las vuelve una maquinaria capaz de encontrar el momento exacto para ofrecerte publicidad atractiva.

Lo que hay que comprender con esto es que no se trata de simples intentos aislados, controlables y manejables para cualquier ser humano: con tu celular en el bolsillo, tienes a verdaderos *monstruos* de las industrias al acecho dispuestos a robarte tu atención.

Estamos entonces ante unos gigantes que explotan, entre otras cosas, nuestra adicción, como diversos estudios han concluido al estudiar el efecto vía dopamina que producen varias de estas redes sociales.⁶

Un par de anécdotas retratando este aspecto desconectador: el año pasado se cayeron las principales redes sociales (Instagram, Whatsapp y Facebook) durante casi un día entero. Esa semana pude conversar del tema con un grupo de jóvenes y les pregunté cuál había sido su experiencia ese día. La respuesta de una joven fue bien ilustrativa: como no hallaba qué hacer ante la “inutilidad” de su teléfono, había salido de su pieza a conversar con su madre y habían terminado saliendo a comer juntas. Comentaba impresionada que hace mucho que no hablaban y de las muchas cosas que se habían estado perdiendo mutuamente de la otra.

Me ha tocado vivir en más de una ocasión sin celular o con uno de esos antiguos que no tiene internet y el efecto es marcado: uno empieza a ver más lo que lo rodea en su rutina diaria, el paisaje, los edificios, todo llama más la atención. Hay un tremendo impacto en la capacidad de asombro

5 Mucho hablan los más jóvenes de la “ansiedad social”. Entre bromas y medio en serio, no deja de existir una sensación más marcada o extendida de la importancia de evitar interacciones sociales no queridas o algunos de sus aspectos por estos nuevos medios, dentro de lo posible. Y varias de esas posibilidades antes no estaban al alcance.

6 Una muestra del aspecto adictivo en la siguiente nota: Anna Lembke, “*Las adicciones digitales nos están ahogando en dopamina*”. 16 de agosto de 2021. La Tercera. Además, es bien ilustrativa la manera en que se retrata el aspecto adictivo del “like” y además de vida paralela de las redes sociales en el cortometraje de Highton Bros. “*What’s on your mind?*”. Video de YouTube. 02:36. Publicado el 02 de junio de 2014.



Caspar David Friedrich, 1818. *El caminante sobre el mar de nubes*. Museo de Arte en Kunsthalle de Hamburgo.

“Hay un instinto en el ser humano que lo llama a vincularse con otros, un anhelo de sociabilidad que se ve realizado en el encuentro presente con otros. Pero el mismo se ve atrofiado muchas veces producto del abuso adictivo de las redes sociales, nos volvemos despreocupados, comenzamos a vivir más en esa “segunda vida” que en esta, desatendiendo lo que tenemos a nuestro alrededor”

20

(punto de partida del pensamiento filosófico, por lo demás), muy golpeada también por tener estos aparatos que nos abren todo el mundo en *reels* o videos de Tiktok. Y esta sensación de alivio y redescubrimiento de la realidad es muy común verla en aquellas personas que han dejado sus celulares. Lamentablemente, salvo honrosas excepciones de verdaderos ermitaños del mundo moderno, es inevitable tener que volver a ciertos grados mínimos de conexión para “sobrevivir”.

Hay un instinto en el ser humano que lo llama a vincularse con otros, un anhelo de sociabilidad que se ve realizado en el encuentro presente con otros. Pero el mismo se ve atrofiado muchas veces producto del abuso adictivo de las redes sociales, nos volvemos despreocupados, comenzamos a vivir más en esa “segunda vida” que en esta, desatendiendo lo que tenemos a nuestro alrededor. El mundo virtual que se genera en las redes sociales nos hace interactuar entre ausentes, a costa de desplazar el vínculo presencial, constitutivo de la experiencia social humana. Lo primero para lidiar con esto, es visibilizar sus riesgos.

2. Comunidades sucedáneas

Si es que estas experiencias de interacción digital obedecen, en alguna medida, al despliegue de nuestra sociabilidad humana natural, lo cierto es que sirven de mero sustituto: como quien reemplaza limón con ese sucedáneo que, por mucho que tenga algunos adeptos, para la gran mayoría dista de tener la calidad y sabor del primero.

En cuanto formas de comunidad, las digitales dejan qué desear en términos de gratuidad y en términos de estabilidad, como veremos a continuación.

Gratuidad vs instrumentalidad.

Somos seres sociales, nos realizamos con y para otros. Pero la manera de concretar ese impulso admite diversas modalidades. Las formas más perfectas de vínculo social son aquellas donde lo que prima es el sentido de *gratuidad* o de *don*, lógicas más desinteresadas, en comparación con relaciones donde prima más la instrumentalidad y el interés.

En pocas palabras, una comunidad (en cuanto a la finalidad de realización que el ser humano buscaría en los otros) será más perfecta en cuanto sus vínculos sean menos instrumentales. Porque en la medida que lo son, deja de considerarse a una persona estrictamente como persona, valiosa en sí misma, siendo ponderadas más centralmente alguna de sus cualidades o funciones.

En este sentido, pareciera que es la familia la comunidad más perfecta, como bien dice Valenzuela: “La paternidad aparece entonces como una figura de la retribución, el padre devuelve simplemente lo que se le ha dado y hace con sus hijos lo que han hecho con él: por ello, su posición no es la de aquel que obliga y endeuda a nadie, como tampoco la del que paga una deuda que nadie le ha exigido propiamente pagar. La paternidad remite al modelo de la *caritas* que se presenta como la figura más exigente de la gratuidad humana (...)”⁷

Dicho esto, las redes sociales y otras interacciones digitales, en cuanto nueva forma de relacionarnos, distan mucho de otras comunidades presenciales.

Las redes sociales son comunidades donde mucho es instrumental y manejable a voluntad. Yo puedo elegir con quien interactúo, bloqueando a quien no quiero ver o el contenido que quiero evitar, de manera consciente en principio y luego el algoritmo se hace cargo del resto. Mientras más pueda calcularse la interacción social, más se difumina el ser humano real que somos, viéndose desplazado, en sus luces y sombras, por aquello que queramos proyectar, así como con lo que elijamos tener a la vista del otro.

Comunidades efímeras.

Por otro lado, en términos de permanencia o durabilidad deja mucho que desear también el mundo digital. Si busco comunidad y sentido de pertenencia, lo que encontraré ahí estará marcado en

cambio por lo efímero. Son agrupaciones en torno a causas concretas, vínculos en torno al *like* que en consecuencia dejan huella superficial, abriendo paso con inmediatez a la nueva temática, tendencia o video que siga.⁸

Esta efimeridad como característica del tipo de sociabilidad que propugnan las redes sociales es en realidad una cualidad marcada de toda la cultura digital. En esa línea, son diversos los efectos de la realidad audiovisual de Tiktok o los *reels* de Instagram en variados aspectos de la mentalidad juvenil: retienen menos información, su concentración dura muy poco, la ansiedad por estar constantemente entretenido se dispara.

Es el mundo vertiginoso de las “cápsulas”, que es lógico tenga su correlativo impacto en aspectos más permanentes de la personalidad y la forma de pensar de los más jóvenes. Estar viendo cientos y miles de videos cada día, semana, año a año no pasa en vano. Estamos quizás ante el mundo de Huxley hecho realidad: nadamos en un mar de abundancia de conocimiento y contenidos, pero de escasísima profundidad y trascendencia. Como ya se comentó, esto tiene también un impacto en la capacidad de asombro, punto de arranque del filosofar y aprender ¿cómo inspirará un profesor a sus alumnos sobre las maravillas del universo o del alma humana, ante el escepticismo de haber visto “de todo”?

Desde luego este es uno de muchos otros aspectos que contribuyen a configurar para los nativos digitales una verdadera cultura de la inmediatez. Todo debe estar disponible de inmediato, al alcance, en todo momento y lugar. Ya se ha vuelto posible pedir cómoda y rápidamente transporte, comida, encontrar información, etc. El problema del arraigo de esta mentalidad es que la institucionalidad

⁷ Valenzuela, Eduardo. Paternidad, don y autonomía, HUMANITAS. P. 628.

⁸ Zygmunt Bauman utiliza la expresión comunidades “perchero” o de “guardarropía” en un sentido analogable en su libro “modernidad líquida”, aludiendo a la reunión efímera que se da mientras tenemos los abrigos colgados en un perchero o en el guardarropa durante un espectáculo, para luego al salir del mismo recuperarlos y devolvernos a nuestros roles específicos. En “Modernidad Líquida” p. 210 en adelante desarrolla la idea, en la edición del fondo de cultura económica.

democrática y el trayecto vital humano están repletos de momentos de espera, negativas e irritaciones, por lo que este tipo de mentalidad es caldo natural de cultivo para la frustración y la insaciabilidad.

Posverdad.

Por último, tenemos el fenómeno de la posverdad. Solamente mencionaremos sin detenernos el radical impacto que ha tenido la desinformación masificada en cuanto a las posibilidades de conocer a ciencia cierta la realidad y sus acontecimientos, para qué decir su impacto en el ámbito político⁹, pero sí comentaremos una arista de este problema del conocimiento que tiene que ver con la vinculación social.

Una de las características fundamentales del encuentro presente entre personas es que goza de una espontaneidad y multidimensionalidad que promueven la aparición de nuestro ser verdadero. En las redes sociales en cambio, suele estar ausente la espontaneidad (gran parte del contenido está controlado, diseñado artificialmente, casi “fríamente calculado” como comentábamos antes) y la verdad está más bien disponible según lo que cada uno quiera creer. De esto último se encarga sobre todo el algoritmo, que aprende rápidamente a conocernos y nos va entregando lo que buscamos ver y ocultando lo que no queremos saber.

Hacer comunidad de esta forma resulta un fenómeno artificial, pues proyecta un ser humano que puede distar del verdadero, aquel que veo cara a cara. No es coincidencia que uno de los primeros mundos masivos virtuales se llamara “*second life*”: algo de eso tiene cada una de esas experiencias. En sí mismo, no tendría nada de malo cultivar una presentación de uno mismo distinta a la verdadera. Pero queda abierta la duda acerca de la frustración que pueda significar el choque entre ambas

identidades, la virtual y la verdadera/presente, así como la dificultad de que la mayor instrumentalidad de una satisface del todo nuestras expectativas de sociabilidad: nuestro ser real tiene bondades y dificultades por lo que su mejor interacción se da al mostrarse como un todo.

3. Reconocer a los caídos para lidiar con el presente

Analizar el impacto de las redes sociales y su cultura sirve para identificar qué estamos perdiendo y aquello con lo que chocan estas nuevas tendencias. Sobre todo en el contexto latinoamericano, cabe recordar algunas ideas centrales del paradigma de la presencia de Morandé que nos recuerda que su versión más pura existe en la cultura oral:

“La oralidad requiere necesariamente de alguien presente para poder desarrollarse. Nadie puede vivir en una cultura oral estando solo. Necesita de alguien, necesita escuchar y hablar. La experiencia originaria del diálogo requiere del gesto y de los espacios de encuentro en donde sea posible descubrir la presencia de otros. Este espacio de encuentro, del nombrar y ser nombrado, es lo que constituye propiamente el núcleo de la cultura oral. Desde ahí se va extendiendo a todos los restantes ámbitos de la convivencia: la familia, el espacio público y el privado, el espacio religioso, el espacio de la política, el espacio del mercado y del intercambio económico, etc.”¹⁰

Eduardo Valenzuela y Carlos Cousiño nos recuerdan por otro lado algunas alternativas concretas que reflejan con mayor precisión el espíritu de una relación social basada en la presencialidad:

“Para dar cuenta de la dimensión experiencial contenida en esta forma de sociabilidad,

9 Para ahondar por ejemplo en el rol de Twitter en ese sentido, recomiendo consultar: “Twitter y el debate político: 4 claves para el debate” documento del IES, de Rodrigo Pérez de Arce.

10 Morandé, Pedro. Identidad Local y Cultura Popular. División Organizaciones Sociales, pp. 7-8

queremos proponer el concepto de “presencia”. El término alude a una forma de relación social que se basa en la co-presencialidad, en el estar juntos. Además, quiere rescatar la dimensión de “presencia” que el mundo católico sitúa en la celebración eucarística, y que es el fundamento de la “comunión” entre Dios y los hombres y de estos entre sí. En el núcleo de la “presencia” se encuentra la persona como experiencia que no requiere ni posee fundamento. En tal sentido, el mundo de la presencia es el ámbito de una experiencia pre-reflexiva, donde lo dado no es lo fundamentado. **Experiencias tales como el amor, la familia, la religión, la amistad y la comensalidad constituyen para nosotros ejemplos privilegiados de este reino**.¹¹

Con esto ahondamos más en lo que significa esta presencia, que por supuesto va mucho más allá al compararse con el vínculo virtual de las redes sociales con la mera distinción, propia del mundo post-pandemia, entre “presencialidad” y “virtualidad”. Como podemos ver acá, son múltiples las dimensiones de un vínculo entendido de esta forma.

La pretensión aquí no es esparcir desesperanza frente al mundo en que vivimos, sino visibilizar aquellas cosas valiosas que la última modernidad desmesurada y de ritmo frenético puede pasar a llevar, de manera de hacernos cargo de esas carencias y saber reencaminar nuestros anhelos hacia donde podamos verlos realizados. Al fin y al cabo,

si hay algo que caracteriza a la juventud es el comienzo de una búsqueda. Está en nuestras manos orientarla a buen puerto.

En esa línea, lo que urge no se reduce a hacerle la guerra sin más a las redes sociales, ni a divulgar el retorno a formas de vida más ermitañas, sino que aprender a reconocer ciertos riesgos en la digitalidad, buscando si así lo queremos realizarnos fuera de ese ámbito y aprendiendo a controlar el consumo de las mismas.

Se trata en definitiva de no ser solamente críticos de la realidad que se nos presenta o caer en el predominio de la nostalgia (del tipo *ubi sunt, collige virgo rosas o tempo fugitis*) de lo que estamos perdiendo: la naturaleza siempre se hace ver, aunque sea de diversas y nuevas maneras.

Por último, quisiera enfatizar algo que a lo largo del texto es deslizado pero que más vale transparentar explícitamente. El individualismo propio de muchas de las visiones de mundo hoy abundantes que, expresa o soterradamente, difunden una retórica de autonomía exacerbada y emancipación, encuentra en la cultura digital un aliado poderoso para su cometido. Por lo que cualquier preocupación, diagnóstico y propuesta en relación con estos temas que obvie pronunciarse sobre dichos aspectos antropológicos, arriesga nacer cojo. [®]

¹¹ Cousiño, Carlos y Valenzuela, Eduardo. Politización y monetarización en América Latina. Colección Vanguardia, IES. P. 19.



IGNACIO
STEVENSON

Juventud despojada¹



IGNACIO STEVENSON

Director Editorial Tanto Monta.

El tema propuesto para este ensayo es “los jóvenes y la protesta social”. Para avanzar hacia una comprensión del asunto, y esbozar posibles horizontes de solución, tomaremos una vuelta larga. Explicaremos, en primer lugar, por qué escogemos una aproximación antes oblicua que directa. En segundo lugar, nos centraremos en las condiciones que favorecen la protesta, tanto desde la perspectiva de la posibilidad de dar cauce a demandas sociales como de no ser objeto de manipulación. Finalmente, nos detendremos en lo que podríamos llamar preliminarmente “el núcleo ontológico” del problema: la familia.

1. La vuelta larga

La democracia no ha sido un proyecto fácil de asumir. Este *régimen de lo humano*, como lo entiende Tocqueville, tiene innegablemente una “pasión por la igualdad”. Sin embargo, la encarnación de esta pasión ha sido paulatina, siempre nueva, y, por tanto, difícil de asimilar. La institucionalidad nunca alcanza a correr tan rápido como la sociedad.

La democratización avanza lento, pero avanza. Esta situación ha generado visiones políticas que se estructuran en base a su posición frente al asunto. ¿Debemos ser cautos frente al avance democrático, o conviene más bien apretar el acelerador? No hay duda, me parece, en que la democracia como régimen de lo humano es más justo que la sociedad del Antiguo Régimen. La natural igualdad de los hombres es un principio que nadie estaría dispuesto a negar, particularmente después de haber vivido los horrores de los regímenes totalitarios del siglo pasado. Siendo así, ¿qué duda cabe en torno a la importancia de acelerar un proceso justo?

Para responder esta pregunta, puede servirnos un somero análisis del debate sobre la extensión del sufragio en el Chile de la primera mitad del XIX. A primera vista, parece claro que los pipiolo fueron quienes más en serio se tomaron la democracia. Fueron ellos quienes buscaron extender el sufragio, aunque sin llegar nunca al voto universal. Sin embargo, puede verse el asunto desde otra perspectiva. La razón por la que los pelucones se opusieron a las propuestas de sus contendores fue un escepticismo ante el doctrinarismo meramente teórico de los pipiolo, embebidos del espíritu revo-

1 Agradezco los valiosos comentarios de Ramón Jara y José Manuel Cuadro a un primer borrador de este texto.

lucionario francés. Es cierto que los pelucones imponen un régimen fuerte y centralizado con Portales. Es cierto que su visión sobre el “bajo pueblo” es ingenua y unificadora, por no considerar la amplia multiplicidad existente en los distintos territorios, y dentro de los mismos territorios (visión compartida por todas las elites del momento)². Sin embargo, la postura pelucona no fue tanto un rechazo visceral ante la extensión del sufragio (un par de lustros después, serán ellos quienes tomarán esta bandera), sino el énfasis en atender al “carácter propio”, a la “especificidad” de nuestro pueblo.

El debate es ilustrativo porque muestra, más allá de la superficie de los hechos, las corrientes que los sostienen, los justifican y los explican. Disyuntos similares podrían pronunciarse en nuestra época. Naturalmente que los derechos han de ser respetados, ¿conviene entonces ampliar hasta el infinito la lista de derechos? Todos queremos un ambiente libre de contaminación, ¿debe garantizarse, por tanto, a nivel constitucional? La religión únicamente tiene sentido cuando es libremente abrazada por el individuo, ¿deja de tener sentido entonces su enseñanza en la niñez?

No se puede mirar el futuro únicamente con la brújula. Es cierto, la brújula apunta al norte, pero no nos advierte sobre los ríos, bosques y riscos del camino. Hay veces en que, por querer llegar a un

lugar, se ha de renunciar a caminar directamente hacia él, a riesgo de caer por el barranco.

Para comprender el tema que se nos propone — los jóvenes y la protesta social— tenemos que dar la vuelta larga. Tomaremos como pregunta guía de este ensayo la siguiente: ¿es el individuo lo primero y primigenio de la sociedad? La pregunta es importante porque impone los límites desde los cuales habremos de pensar todo lo demás.

2. La responsabilidad de ser algo

Pocas personas están suficientemente abiertas a someter a crítica el dogma de la soberanía popular. ¿Reside la soberanía en el pueblo como sostienen habitualmente los textos jurídicos? Creo que cuando hablamos de pueblo, echamos mano de un recurso que más confunde que aclara.

Una pequeña digresión filológica puede ayudarnos en este punto. Existe una paronomasia³ entre la conocida palabra griega *polis* [ciudad] y *polýs* [mucho]. De la segunda palabra deriva también “muchedumbre” o “multitud”, que podría ser el equivalente griego de lo que hoy entendemos por pueblo (teniendo en cuenta las limitaciones que impone una analogía entre tiempos diversos).

Aristóteles se hace cargo de este juego de palabras para explicar una cuestión fundamental: sin orden, sin régimen político [*politeía*], puede

2 Julio Pinto, “El orden y la plebe. La construcción social de los regímenes de Portales y Rosas. 1829-1852” en Julio Pinto, Daniel Palma, Karen Donoso y Roberto Pizarro, *El orden y el bajo pueblo. Los regímenes de Portales y Rosas frente al mundo popular, 1829-1852* (Santiago: Lom, 2016): 19-20.

3 La paronomasia es un tipo de similitud entre el sonido de dos palabras, que sólo se diferencian por una vocal, como “hombre” y “hombr”, por ejemplo.

haber un pueblo, pero no una ciudad⁴. Este orden es aquel en el cual hacía descansar Cicerón el fundamento de la comunidad política⁵. Sólo desde ese *ordo*, el *populus* se convertía en una identidad capaz de actos, de consecuencias, de gloria y de responsabilidad⁶. Pasaba de ser una muchedumbre, a un “sujeto político”.

Más de veinte siglos después de Aristóteles, el filósofo danés Søren Kierkegaard profundiza en este asunto. ¿Qué es un pueblo sin orden? Un público.

El público es un fantasma que no permite ninguna aproximación personal. Si alguien adopta hoy la opinión del público y mañana es abucheado, entonces es abucheado por el público. Una generación, un pueblo, una asamblea, una sociedad, un hombre, aún tienen la responsabilidad de ser algo, conocen la vergüenza de la inconstancia y la infidelidad. Un público sigue siendo un público. Un pueblo, una asamblea, una persona, pueden cambiar de tal modo que uno puede decir «ya no es el mismo». Pero el público puede llegar a ser lo opuesto y, sin embargo, seguir siendo lo mismo: un público⁷

¿Dónde reside, pues, la soberanía? Podemos seguir utilizando la palabra “pueblo”, pero habremos de precisar: pueblo organizado. Sin organización política, el “pueblo” es un conjunto de individuos separados que no tienen ninguna posibilidad de acción política.

El 25 de octubre del 2019, 1.2 millones de personas salieron a marchar. La marcha no fue convocada por ningún partido o movimiento político. Tampoco tenía una agenda unitaria o petitorios comunes. Ahí se veían demandas de la más variada especie. Desde la educación hasta el agua, pasando por las AFP. La nueva Constitución no era una gran demanda. Sin embargo, fue el medio para canalizar una multitud de aspiraciones diversas

y virtualmente opuestas. Aquí ocurrió una doble paradoja. La primera, que la más grande manifestación del último tiempo no derivó en una acción práctica, como pudo haber sido la derogación de la LOCE en 2006 o la gratuidad universal en 2011. En otras palabras, las demandas se dispersaron bajo la “ilusión constitucional” (el giro es de C. Alvarado). La segunda paradoja es que el único mecanismo que encontró la institucionalidad política para encausar las protestas fue, justamente, institucionalizándolas. Lo que se opone al orden es el caos, y frente al caos no hay nada que hacer... salvo ordenar. El choque entre institucionalidad y público tiene únicamente dos salidas. O se ordena el público —“absorbiéndolo” en la institucionalidad—, o se anarquiza la institucionalidad completa —convirtiéndola en un público.

Sin embargo, la solución chilena no hizo más que poner el problema debajo de la alfombra. El público persiste. Lo que una vez activo, parece ahora pasivo; lo que una vez quería caos, ahora aboga por la seguridad; los que llevaron al Frente Amplio a la presidencia, ahora posicionan a Republicanos como primera mayoría nacional. ¿Qué ocurre? *Un público puede llegar a ser lo opuesto sin dejar de ser sí mismo: un público*. Las demandas “populares” han cambiado tanto entre el 2019 y el 2023 que se oye cada vez más frecuentemente hablar del “péndulo” o incluso de un “país bipolar”.

Pero, ¿cómo no vamos a ser un país bipolar? Diría más: somos un país multipolar con 19.49 millones de polos. Una dimensión que permite aproximarnos a la causa del asunto puede encontrarse en el olvido de un tema central: la ciudad.

4 Aristóteles, Política VII.4 1326b 45: ἡ δὲ ἐκ πολλῶν ἄγαν ἐν μὲν τοῖς ἀναγκαίοις αὐτάρκης ὥσπερ δ' ἔθνος, ἀλλ' οὐ πόλις: πολιτείαν γὰρ οὐ ῥᾶδιον ὑπάρχειν.

5 Cicerón, *De republica* 1.25.39.

6 Pierre Grimal, *El Imperio romano* (Barcelona: Crítica, 2000): 7-

7 Søren Kierkegaard, *La época presente* (Tr. Manfred Svensson. Santiago: Trotta, 2012): 69.



3. El caldo de cultivo

La ciudad no es únicamente una preocupación romántica o secundaria. Pensar la modernidad es en buena medida pensar la ciudad⁸. Volvamos por un momento a la “marcha más grande de Chile”. Puede que la Constitución no haya sido la prioridad que aglutinó a más de un millón de personas —solo en Santiago—, pero sí fue la marcha la que reordenó el tipo de prioridades políticas, generando la discusión sobre las bases de nuestra institucionalidad.

La burocracia es sorda casi por definición, y si mi problema es grave, ¿qué hacer? ¿Cómo puedo llamar la atención del único interlocutor que puede resolver mis problemas? Recuerdo haber oído un caso de un micrero que quemó su propia máquina. ¿Por qué? Porque había estado siendo tramitado de aquí para allá intentando hacer valer sus condiciones laborales. Quemó su micro, fue noticia, y se acabó el problema. El hombre es un animal con palabra, pero cuando la palabra no funciona, volvemos a la violencia del animal.

¿De qué nos sorprendemos con tantas marchas y tan dispersas? Son consecuencias casi axiomáticas de vivir en un Estado fuertemente centralizado. Y ¿qué hemos hecho para descentralizar? Centralizar.

Parece absurdo, pero nuestra lógica es intentar dividir el poder hasta el absoluto, y eso, para el Estado absoluto, es de absoluto gusto.

La pasión por la igualdad de la que habla Tocqueville —y con la que comenzamos esta vuelta larga— es caldo de cultivo perfecto para el surgimiento de un poder descontrolado por parte del Estado. El despotismo, que es tímido por naturaleza, dice Tocqueville, ve en el aislamiento de los hombres la garantía más segura de su propia duración, y de ordinario pone todas sus precauciones en aislarlos⁹.

Este individualismo que ocurre a nivel personal, ocurre también a nivel territorial. ¿Cuáles son las medidas que tomamos para descentralizar? Dividir las regiones hasta el infinito. De este modo, la posibilidad de que alguna haga contrapeso a Santiago —ya difícil— se vuelve del todo imposible. Puede uno hacerse dos preguntas muy sencillas: ¿existiría todavía el conflicto de la Araucanía si ocurriera en Santiago? ¿Existiría un proceso constitucional si Santiago no hubiera “despertado” junto con el resto del país en octubre del 2019?

La condición de posibilidad de que la marcha no sea necesaria para resolver problemas políticos

8 Prólogo de Pablo Ortúzar en Marcel Henaff, *La ciudad que viene* (Santiago: IES-Lom, 2017).

9 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (Tr. Eduardo Nolla. Madrid: Trotta, 2010) 2.2.4.

pasa necesariamente por dar vida a las ciudades, convertirlas en polos interesantes, con fuentes de trabajo, vida intelectual y espiritual... Puede uno figurarse la esquemática más básica: Chile tiene, de hecho, cuatro macro-provincias históricas. Dentro de ellas deben existir regiones con cultura y vida económica similares. Cada región se compone de barrios, gremios, centros vecinales... En definitiva, en cada una de estas instancias de deliberación, las voces que se sienten a la mesa deben poder rugir igual de fuerte. En síntesis, la posibilidad de la descentralización Santiaguina, pasa necesariamente por “centralizar” focos diversos de poder, y círculos concéntricos dentro de ellos.

4. La tradición cultural

Hemos estudiado en el apartado anterior una de las condiciones de posibilidad de la participación política propiamente democrática. La participación política (y no me refiero con esto exclusivamente a cargos electivos o cosas por el estilo) es fundamental para el ser humano. Si Aristóteles tiene razón, y lo que nos define como seres humanos es la razón, el lenguaje [*logos*], la comunidad política se constituye en la condición por excelencia para alcanzar esa perfección. ¿Por qué? Porque únicamente en la comunidad política sobrepujamos al máximo nuestras capacidades lingüísticas y conceptuales.

Ahora bien, la capacidad lingüística e intelectual no bastan. La sabiduría no basta al hombre para ser feliz, ni tampoco la mera participación política. Se necesita más. Se necesita una participación espiritual:

si alguien hubiese subido al cielo y hubiese contemplado la naturaleza del mundo y la hermosura de los astros, aquella admiración sería para él desagradable; esta habría sido para él agradabilísima, si hubiera tenido a alguien al que contarle¹⁰

“La pasión por la igualdad de la que habla Tocqueville —y con la que comenzamos esta vuelta larga— es caldo de cultivo perfecto para el surgimiento de un poder descontrolado por parte del Estado.”

10 Cicerón, *De amicitia* 88.



Alfredo Valenzuela Puelma, 1883. *Lección de geografía*. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago.

30

Sólo en la conversación con los amigos, con aquellos con los que compartimos la intimidad de nuestro propio corazón; sólo con ellos se da la felicidad y la plenitud humana. Aquí está lo más grave de todo el asunto, y de lo cual las protestas no son más que una manifestación de oleajes superficiales.

Luis Oyarzún (1920-1972) se enfrenta a esta problemática. Al observar la sociedad en la que vivía, la sociedad de las masas y de los individuos —la sociedad del “público”—, afirma que “el individuo, inmerso en la masa en movimiento, establece solo contactos superficiales y efímeros, casi siempre insatisfactorios, desapacibles, con los demás: reflexiones de asfixia en un horrible espacio demasiado estrecho”¹¹.

¿Cómo hemos llegado a este punto? El problema de la ciudad puede explicar la dimensión institucional. Puede explicar el problema de la participación política, pero la participación política no es todavía *fin*, aunque sea condición fundamental para el fin. La imposibilidad de establecer relaciones que superen la superficialidad de la que habla Oyarzún, pasa por la madurez del espíritu. Una manifestación de esta carencia puede verse en la

facilidad para ser manipulados, signo visible de nuestra falta de hondura, y, por tanto, de libertad.

Podemos preguntarnos por las causas históricas de esta situación. Abarcar el asunto por completo es imposible ahora, pero valga un botón de muestra para nada insignificante. Gonzalo Vial explica cómo en lo que él llama la “segunda oleada de los grandes educadores estatales” —liderada por Barros Arana— se sustituyó el sistema clásico de enseñanza, que acentuaba las bellas letras y las lenguas clásicas, por uno “científico” que giraba alrededor de las ciencias naturales, las matemáticas y los idiomas modernos. ¿Qué ocurrió (ocurre)? La enseñanza sufre “un exceso en la teoría y una carencia en la práctica; el alumnado se ‘enciclopedia’, se llenó de fórmulas y de conocimientos misceláneos aprendiéndolos de memoria”¹².

En el mundo antiguo, medieval y moderno —básicamente, hasta mediados del siglo XIX— la educación significaba una sola cosa: el latín. No era una educación amplia, pero sí profunda, y producía personas que dominaban el lenguaje y que, a través de la exposición a los autores clásicos, se

¹¹ Luis Oyarzún, “El sentimiento de lo humano en América”, *Temas de la Cultura Chilena* (Valdivia: Ediciones UACH, 2016): 97.

¹² Gonzalo Vial, “Un siglo de educación chilena. (1879-1973). Notas para su estudio” en *Chile en el tiempo: sociedad, política y crisis* (Ed. José Manuel Castro. Santiago: Editorial Tanto Monta, 2021): 489.

acercaban a este fin. No estoy proponiendo que se retome una educación basada en el latín —mucho menos estoy proponiendo lo contrario—, lo único que me gustaría poner sobre la mesa es la notable deficiencia de un sistema amplio y superficial en contra de uno verdaderamente profundo: *non multa, sed multum*. Lo que verdaderamente deberíamos tomarnos con seriedad es la recuperación de las artes del lenguaje en detrimento de la formación técnica. La lengua es el medio y maestro de todas las materias académicas y, como tal, merece la máxima atención. El lenguaje tiene un poder único, y saber interpretarlo, construir argumentos y hacerlo persuasivo no puede sino figurar entre las destrezas más útiles y prácticas que cualquier estudiante puede poseer¹³.

Al involucrarse a este nivel con una lengua, se comienza a *participar* realmente de la *tradicón cultural* que habita en ella. Shakespeare para los ingleses como Cervantes, Calderón, Ercilla o Mistral para los hispanohablantes.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto? La ignorancia ilustrada de la erudición enciclopédica es el mejor amigo de la manipulación. La formación de estructuras mentales y la participación firme en una tradición cultural es aquello que nos hace verdaderamente libres: nos *libera* de ser instrumentos¹⁴.

En la sociología se ha distinguido entre tres tipos de arraigo: espacial, social y cultural. Me gustaría centrarme únicamente en el tercero: el hombre se arraiga *culturalmente* en la medida en que siente como propias las normas y valores vigentes globalmente. Es lo contrario, podríamos decir, a la anomia¹⁵.

El problema de la anomia, la falta del arraigo cultural, ha sido ampliamente comentada en el último tiempo. Una dimensión del problema, ciertamente, es la educacional. Sin embargo, puede llevarse aún más lejos. Este último paso es donde se conecta de modo más palpable la relación entre protesta y juventud.

5. La familia como transmisora de cultura

Entre las múltiples funciones sociales que tiene la familia, una de las más relevantes y permanentes es la transmisión de la cultura, es decir, de la sabiduría y de la “memoria histórica” de una generación a otra¹⁶. Esta idea hay que entenderla bien. Que la transmisión de la cultura sea una “función” de la familia no debe llevarnos a reducir la importancia de la familia a un “rol”. El fundamento de la familia —y en todo esto vamos siguiendo las reflexiones de Morandé¹⁷— es ontológico. Cualquier persona puede plantearse quién es desde muchos puntos de vista: desde su visión ideológica, o desde la tarea que desempeña en la sociedad... Pero no se puede eludir el quiénes somos desde el punto de vista ontológico: cómo es que existo y más bien no existo.

El hecho de que nuestra existencia depende de otro que me la dio es el dato ontológico primero. El Estado es una forma entre tantas posibles, lo mismo ocurre con la división del trabajo. La posibilidad de mi existir, en cambio, es el dato ontológico básico entre la distinción de ser y nada. Desde aquí arranca la reflexión sobre la familia. No existe una alternativa de mi ser fuera de la dependencia de relaciones sociales existentes entre los seres. El modo como somos es uno sólo y no hay otro: haber nacido de hombre y mujer.

De ahí que, cuando se afirma que la familia es la célula básica de la sociedad, no se está haciendo un reconocimiento histórico o una convención

13 Erik Ellis, “What Is Classical Education?” en *The Imaginative Conservative*, May 12th, 2020.

14 Quizá el mejor tratamiento de esta problemática es el que se encuentra en Hannah Arendt y Zygmund Bauman con respecto al juicio de Eichmann y el Holocausto en general. Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (Madrid, Debolsillo, 2017), Zygmund Baumann, *Modernidad y holocausto* (Madrid: Sequitur, 2010).

15 Enrique Del Acebo Ibáñez, *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad* (Buenos Aires: Editorial Claridad, 1996): 17-18; Pedro Morandé, “¿Qué hay detrás de la anomia en Chile?” Conferencia Abdón Cifuentes 2022. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=I9_wHhLGNVU.

16 Pedro Morandé, *Persona, matrimonio y familia* (Santiago: Ediciones UC, 1994): 39.

17 Además del libro citado, puede verse Pedro Morandé, *Familia y sociedad* (Santiago: Universitaria, 1999).

jurídica o social. Esta afirmación apunta a la comprensión de que en la familia se producen hechos básicos de la convivencia humana, de carácter natural y universal, que son determinantes para la vida social. Así, la familia es la célula básica de la sociedad no en el sentido de que todas las restantes instituciones estén formadas a partir de ella, sino en el sentido de que ella resuelve el problema fundamental del origen y el significado de la existencia humana, sin cuya solución no podría constituirse ese espacio de encuentro y comunicación que llamamos sociedad ni, por tanto, todas las demás instituciones¹⁸.

El problema surge, sin embargo, cuando se dinamiza hasta la vorágine la tensión intergeneracional. La acelerada modernización de nuestras sociedades, unida a la emergencia y desarrollo de la cultura audiovisual han presentado desafíos notables para la familia¹⁹. Es cierto, como afirma Morandé, que es diferente la actitud frente al mundo y frente a sí mismo que nace de una relación personal cara a cara, donde no se pueden ocultar ni hasta los gestos más inconscientes, y la actitud que desarrolla una comunicación a distancia, donde la presencia del otro es sustituida por una imagen intencionalmente fabricada y editada o por un discurso profesionalmente preparado²⁰. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando esa misma relación personal de desgrana? Del diálogo intergeneracional, del que depende la participación en una tradición cultural, y la comprensión de un lugar en el mundo que rompa la “soledad del propio corazón”. ¿Qué ocurre cuando ese diálogo intergeneracional de disgrega? Aquí reside el núcleo del asunto.

Lamentablemente, eso es lo que ha ido ocurriendo en Chile en el último medio siglo. La abolición del matrimonio por el divorcio; la opacidad que impone a la filiación la anticoncepción, el aborto, y la fecundación artificial; el peligroso avance de

la eugenesia liberal que amenaza con borrar cualquier posibilidad de diálogo intergeneracional²¹... El tema ha sido ampliamente tratado, y no hace falta ahora ahondar en eso. Sí conviene resaltar, por otro lado, el auge de excelentes estudios que han ido apareciendo sobre el tema, y que nos ayudan a enfrentarlo de una mejor manera. Mencionemos algunos.

El sólo hecho de la reedición de textos de Gonzalo Vial y Pedro Morandé son una excelente noticia, puesto que son quizá los chilenos que más honda y extensamente han escrito sobre el tema²². Diversas revistas culturales, como *Vértice*, *Punto y Coma* y la misma *Raíces* han abordado el asunto en interesantes artículos²³. El Instituto Res Publica tradujo el famoso libro *¿Qué es el matrimonio?* De Robert P. George, Sherif Girgis y Ryan T. Anderson (2016). Manfred Svensson y Mario Basaure editaron un libro de artículos variados sobre el matrimonio (*Matrimonio en conflicto*: 2015), en el que destacan los textos de Daniel Mansuy, Hernán Corral, Gonzalo Letelier y el mismo Svensson. Desde una perspectiva estrictamente académica, Consuelo Araos, Catalina Siles y Gabriela Caviedes han generado notables aportes, así como también Sol Serrano, Francisca Rengifo, Viviana Salinas, Soledad Herrera, Alexandrine de La Taille y Macarena Ponce de León.

La más honda y notable de todas las aproximaciones, me parece, continúa siendo la de Pedro Morandé, inspirado en las reflexiones de Rocco Buttiglione y, en último término, de Juan Pablo II.

18 Morandé, *Familia y sociedad*: 13 y 33.

19 Cf. Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela, *Politicización y monetarización en América Latina* (Santiago: IES, 2012).


20 Morandé, *Persona, matrimonio y familia*: 40.

21 Cf. Jurgen Habermas, *The Future of Human Nature* (Cambridge: Polity Press, 2003); Antonio Diéguez, *Cuerpos inadecuados. El desafío transhumanista a la filosofía* (Barcelona: Herder, 2021). Agradezco las referencias a Matías Quer.

22 Para Gonzalo Vial, veáanse los libros de IdeaPaís, Tanto Monta y la Universidad San Sebastián. El trabajo sobre Morandé está en Ediciones UC y el Instituto de Estudios de la Sociedad.

23 Tómense como ejemplos: Consuelo Araos y Catalina Siles, “Las familias y el nuevo pacto” en *Punto y Coma* n° 5 (septiembre de 2021) y María Jesús Wulf, “Invisibilización de la familia en el proyecto constitucional” en *Vértice* n° 1 (septiembre de 2022).

Despojados de la posibilidad de un adecuado cause institucional, de una educación profunda que les permita hacer frente a la manipulación y, de modo principal, del núcleo primigenio del encuentro del diálogo intergeneracional que se da en la familia, no debe sorprendernos que los jóvenes sean el caldo de cultivo perfecto para la protesta, para la revuelta y para la revolución. La desorientación ontológica —sumada a la incapacidad de la educación por formar hombres libres— evoluciona en desarraigo. El desarraigo en anomia, y la anomia en protesta. Las víctimas principales no son otros que los mismos jóvenes combatientes, que, considerando todo lo anterior, pareciera que casi no tuvieron agencia en todo el proceso.

Cualquier ambición de evitar las más nefastas consecuencias sociales debe retomar estas tres dimensiones neurálgicas: la ciudad, la educación y la familia. Haríamos bien en releer con cuidado las mencionadas reflexiones. 

"En la sociología se ha distinguido entre tres tipos de arraigo: espacial, social y cultural. Me gustaría centrarme únicamente en el tercero: el hombre se arraiga culturalmente en la medida en que siente como propias las normas y valores vigentes globalmente. Es lo contrario, podríamos decir, a la anomia"

RADIOGRAFÍA DE LA JUVENTUD EN CHILE



FRANCISCO
ALESSANDRI



JUAN PABLO
LIRA



Introducción

Durante los últimos quince años, se han producido transformaciones significativas en las condiciones y modalidades de vida de los chilenos, en particular para las generaciones más jóvenes. La proliferación de tecnologías y redes sociales junto con los cambios sociales, ecológicos, económicos y culturales han impactado de manera directa en la realidad de la juventud chilena. Dado lo vertiginoso de estos cambios, resulta pertinente indagar sobre aquellos factores que, por un lado, distinguen y caracterizan a las nuevas generaciones, y, por otro, inciden en su bienestar personal y social.

Comprender las diversas dimensiones que acontecen y movilizan a los jóvenes representa un ejercicio fundamental para la reflexión no solo para el presente, sino también para el futuro de nuestro país. Así también, el diseño y formulación de políticas públicas orientadas a este segmento de la población precisan de un diagnóstico que delimite los principales desafíos y problemáticas que subyacen a los tiempos actuales.

Por consiguiente, y con el objetivo de contribuir a lo antes descrito, la presente radiografía ofrece una descripción panorámica de aquellos indicadores que responden, en cierta medida, a estas interrogantes. Entre las dimensiones a describir, se encuentran, en primer lugar, aquellos **«factores que inciden en la juventud»**, y que se consideran indicadores de pobreza, educación, paternidad adolescente, salud mental, consumo de sustancias ilegales y violencia. En segundo lugar, y a modo de aportar al entendimiento sobre la forma en que la juventud se relaciona con la sociedad, se encuentran aquellos **«factores que caracterizan a la juventud»**. En esta dimensión, analizamos las causas que los jóvenes asocian al éxito y la felicidad, su visión de la democracia y creencias políticas, sus vías de participación social y creencias religiosas. Entendiendo la arbitrariedad de los indicadores seleccionados, los autores los eligieron para tener una imagen lo más amplia posible del mundo que vive y construye la juventud de Chile, y de los acaecidos cambios que se han presentado en los últimos años.

JUAN PABLO LIRA

Investigador IdeaPaís

FRANCISCO ALESSANDRI

Investigador IdeaPaís

METODOLOGÍA

Para este análisis, se utilizaron dos estudios realizados por el Estado de Chile durante más de dos décadas: la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen), desarrollada por el Ministerio de Desarrollo Social y que tiene por finalidad describir la situación de los hogares chilenos y el impacto de políticas sociales con periodicidad bianual o trianual; y la Encuesta Nacional de Juventudes (Enjuv), aplicada por el Instituto Nacional de la Juventud con periodicidad trianual. En ambos casos, se tomaron en cuenta mediciones hechas desde el año 2009 en adelante, de acuerdo a disponibilidad.

Para los factores que inciden en la juventud, se considera una serie de tiempo con los resultados

de las encuestas, sumada a la desagregación por grupo socioeconómico, sexo y zona, en caso de que corresponda, para obtener una imagen completa de la situación actual del país y su desarrollo en la última década. Por otro lado, para los factores que caracterizan a la juventud, solo se realiza la serie de tiempo para observar la evolución de pensamiento y acción desde el 2009 hasta la actualidad.

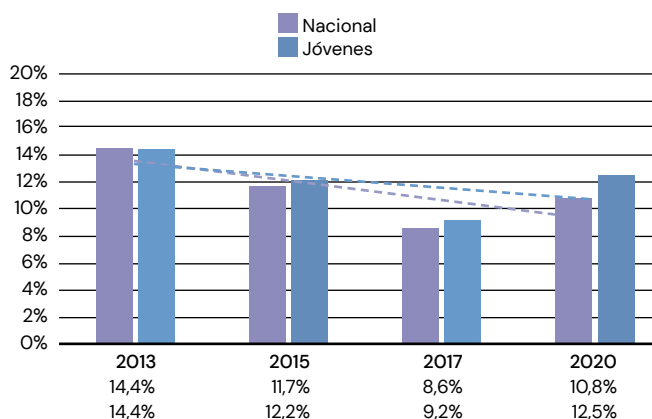
Se entenderán por jóvenes a aquellas personas de entre 15 y 30 años, siguiendo el rango etario determinado por el Instituto Nacional de la Juventud. Las estimaciones se realizaron utilizando los ponderadores especificados en cada una de las encuestas para no sobreestimar valores en las respuestas entregadas.

DESARROLLO

1. Factores que inciden en la juventud

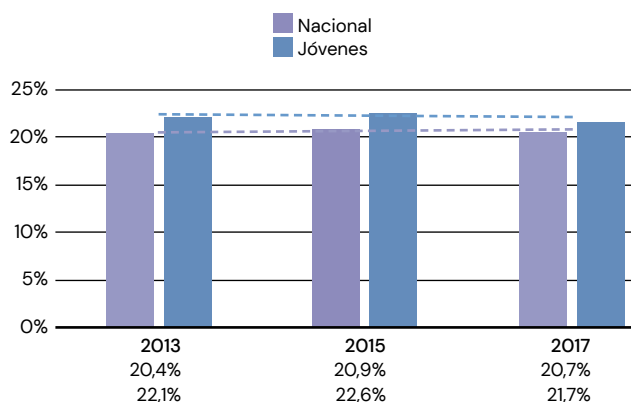
1.1 Pobreza juvenil

Evolución pobreza por ingresos en jóvenes y promedio



Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2013-2020)

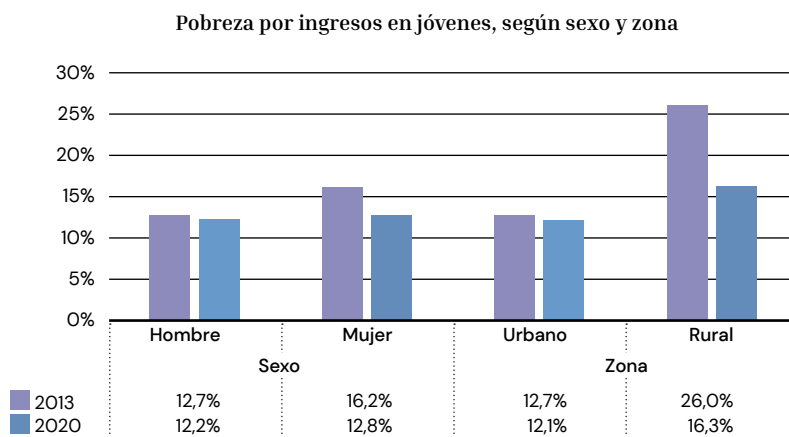
Evolución pobreza multidimensional en jóvenes y promedio nacional



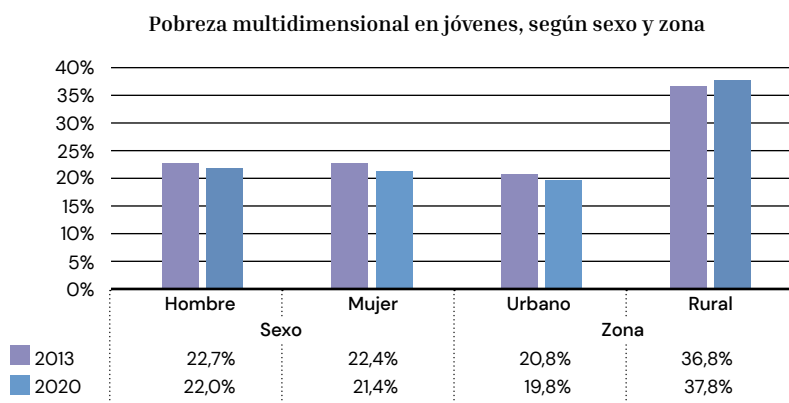
Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2013-2017)

Tal como se aprecia en los gráficos, tanto en pobreza por ingresos como en aquella multidimensional, los jóvenes son más pobres en términos proporcionales que el promedio nacional. Cabe

destacar que la pobreza por ingresos de los jóvenes ha tenido una notable disminución en el tiempo, al igual que la pobreza por ingresos nacional.



Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2013; 2020)

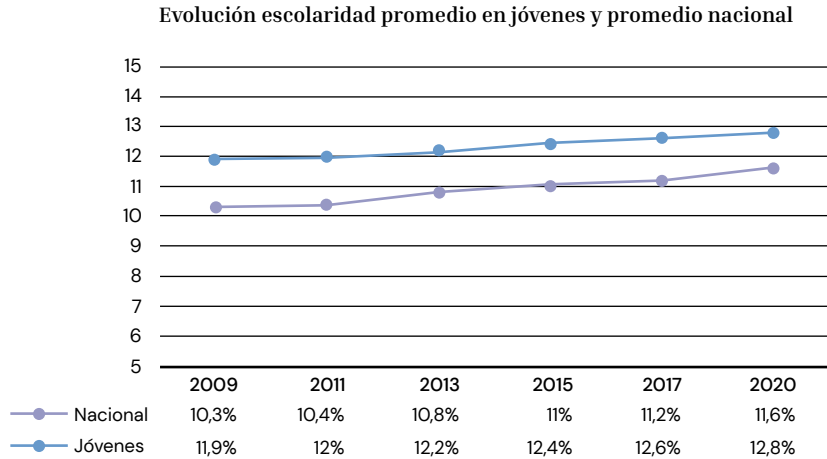


Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2013; 2020)

Al distinguir según el sexo de los jóvenes, vemos que mientras las mujeres presentan mayor pobreza por ingresos, los hombres son más pobres multidimensionalmente. Asimismo, al mirar la pobreza por zonas rurales o urbanas, se pueden notar brechas más sustanciales. Los jóvenes que viven en zonas rurales son 4 puntos porcentuales (pp) más

pobres por ingresos que los jóvenes que viven en zonas urbanas, mientras que al comparar pobreza multidimensional la brecha asciende a 18 pp. Además, se puede apreciar que entre los años 2013 y 2022 ha habido una disminución significativa del número de jóvenes rurales que están por debajo de la línea de la pobreza.

1.2 Educación juvenil

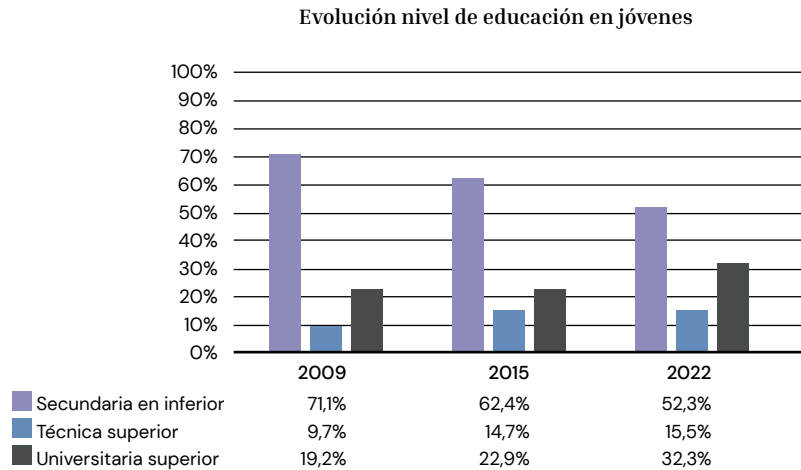


Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2009-2020)

En materia educacional, el aumento de la cobertura en educación secundaria durante las últimas décadas y el mayor acceso a educación superior explican un incremento sostenido en el nivel educativo de los jóvenes. Tal como se aprecia en

el gráfico, desde el año 2009, la media de años de escolaridad juvenil ha aumentado en forma constante, tendencia que se ha mantenido por sobre la media nacional.

37

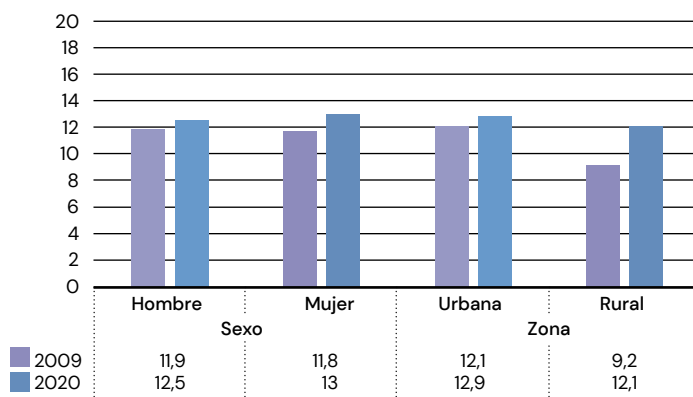


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2015; 2022)

Así también, el máximo nivel educativo alcanzado da cuenta de un aumento en la proporción de jóvenes

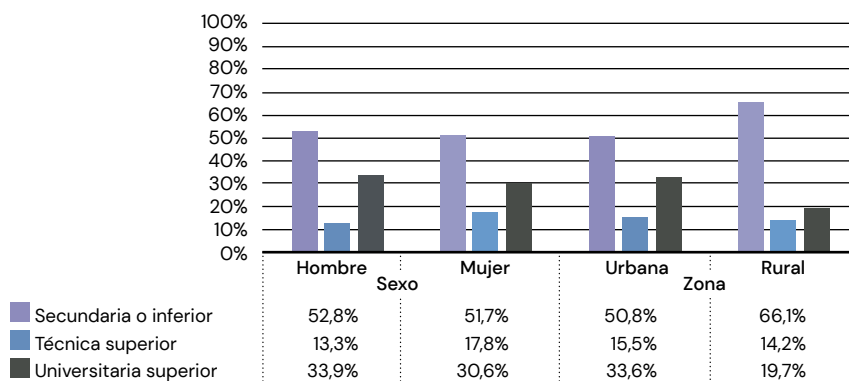
que poseen estudios en educación superior, ya sea en carreras técnicas o profesionales.

Escolaridad promedio en jóvenes, según sexo y zona



Fuente: Elaboración propia en base a la Casen (2009; 2020)

Nivel de educación en jóvenes, según sexo y zona



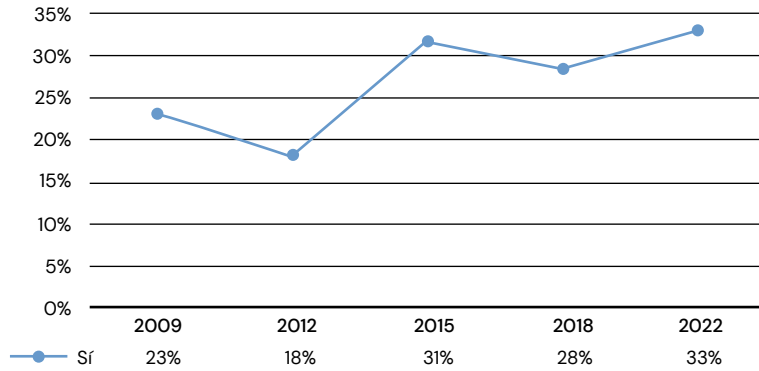
Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

Al desagregar por sexo, se observa una mayor representación de jóvenes hombres en carreras profesionales universitarias, no así en educación técnica, donde son las mujeres quienes suelen declarar en mayor medida un nivel educativo del tipo técnico superior. En tanto, se aprecian brechas entre jóvenes de sectores urbanos y rurales, donde

estos últimos suelen declarar, con mayor frecuencia, haber alcanzado un nivel secundario o inferior, mientras que en zonas urbanas se da cuenta de una proporción considerablemente mayor de jóvenes que declaran haber alcanzado un nivel técnico o universitario.

1.3 Consumo de drogas

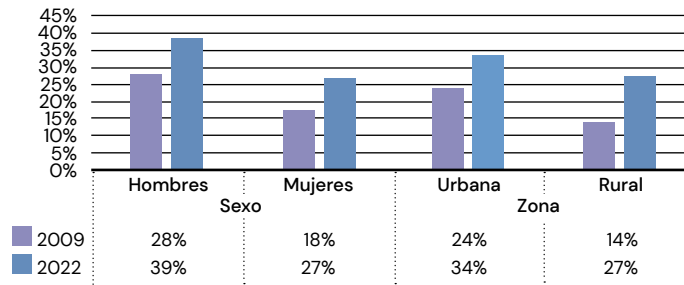
Uso drogas ilegales últimos 12 meses



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

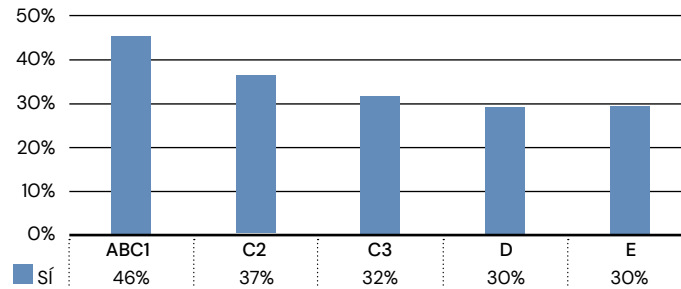
El consumo de drogas ilegales, como marihuana, cocaína, éxtasis, etc., entre los jóvenes ha aumentado considerablemente en la última década, con un alza de 10% de jóvenes que declaran haber consumido alguna de estas sustancias.

Consumo de sustancias ilegales de jóvenes, por sexo y zona



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2022)

Consumo de drogas ilegales el último año GSE

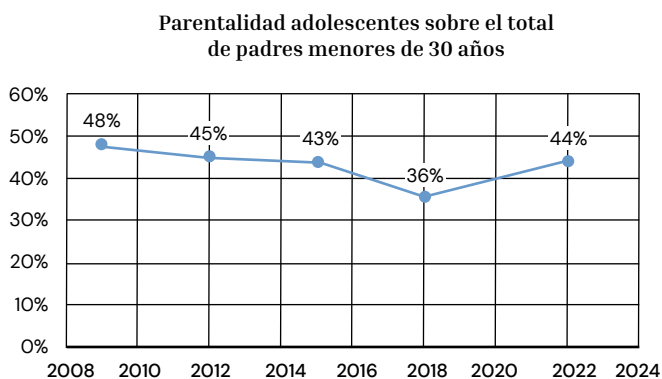


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

En tanto, se observa que los hombres consumen significativamente más que las mujeres, así como los jóvenes de zonas urbanas más que los de las rurales. Además, se puede ver claramente la relación entre consumo y situación económica, pues

a medida que aumenta el nivel de ingresos, aumenta también el nivel de consumo, salvo el caso del primer quintil, que es levemente mayor que el segundo.

1.4 Parentalidad adolescente

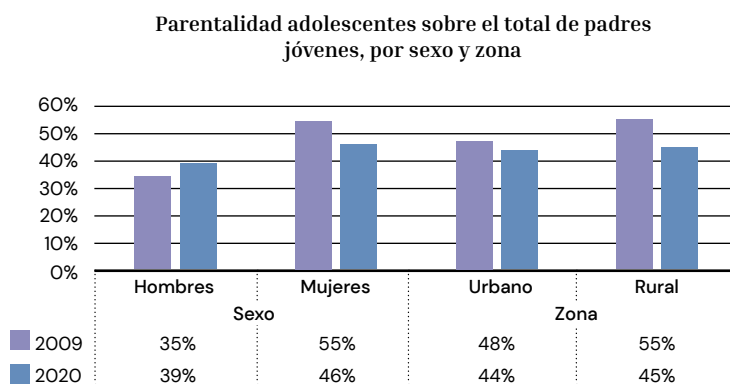


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

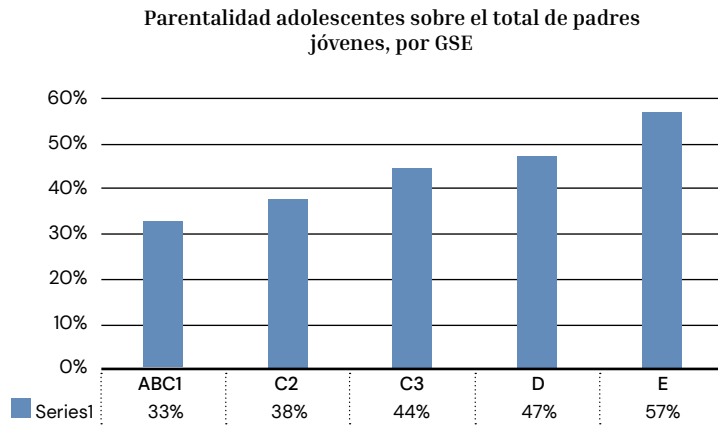
40

Para entender el problema del embarazo adolescente en la juventud, analizamos el porcentaje de padres adolescentes sobre el total de jóvenes menores de 30 años que han sido padres. Esto nos permite entender la realidad de aquellos que comenzaron su paternidad durante un embarazo adolescente, es decir, antes de cumplir 20 años, aunque hayan tenido más hijos después de superar esta barrera.

En primer lugar, observamos que hasta la penúltima aplicación de la Enjuv se observaba una tendencia a la baja, lo que se condice con el éxito de las políticas enfocadas en disminuir el embarazo adolescente. Sin embargo, la última encuesta marca un alza en el porcentaje de padres adolescentes, acercándose al 45%, valores similares a los de principios del 2010.



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2020)



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

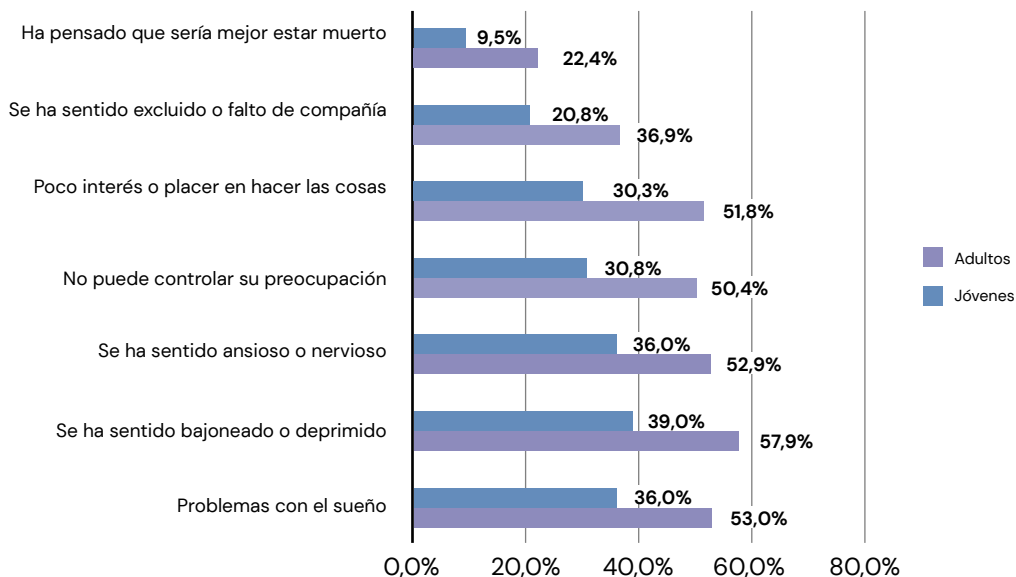
Al desagregar los datos, entre 2009 y 2022 se descubre un alza en los hombres que han sido padres adolescentes, lo que, asociado con la baja en el porcentaje de madres adolescentes, disminuye la brecha entre padres y madres en 13 pp. En ese mismo período, la paternidad adolescente rural bajó en 10%, alcanzando los mismos niveles que en zonas urbanas. Finalmente, se observa que, al

año 2022, el comienzo de la paternidad en la adolescencia está directamente correlacionado con el nivel socioeconómico, al aumentar el porcentaje de padres adolescentes –sobre el total de padres jóvenes– y al avanzar en GSE (grupos socioeconómicos), con una brecha de 24 puntos entre el grupo E, el más vulnerable, y el grupo ABC1.

1.5 Salud mental



Porcentaje de personas que han experimentado situaciones de dificultad en las últimas dos semanas



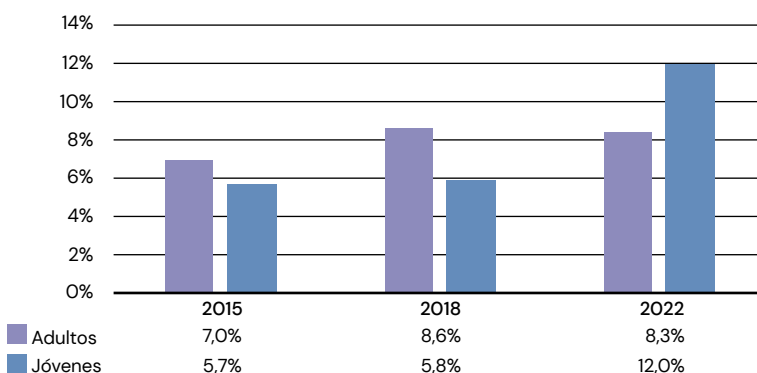
Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

42

En lo que se refiere a salud mental, se observan claras diferencias entre adultos y jóvenes, siendo el segmento juvenil el que suele experimentar, con

mayor frecuencia, situaciones de dificultad asociadas a su estado de salud mental.

Porcentaje de personas que reciben tratamiento por problemas de salud mental

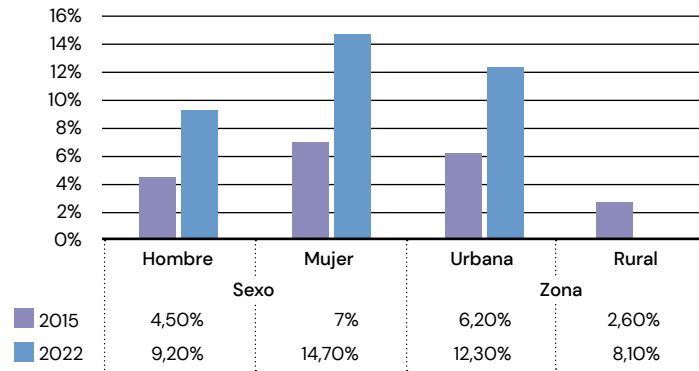


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2015-2022)

Por otro lado, tal como se muestra en el gráfico, al medir el porcentaje de personas que reciben tratamiento por algún problema de salud mental, se observa un evidente aumento en la demanda de prestaciones asociadas a este ámbito por parte de jóvenes, fenómeno que podría explicarse como

una consecuencia directa de la pandemia. Para este segmento, el porcentaje de personas que han recibido tratamiento por algún problema de salud mental se ha duplicado en los últimos 4 años, superando por 4 pp al segmento de adultos.

Porcentaje de jóvenes que reciben tratamiento por problemas de salud mental, según sexo y zona

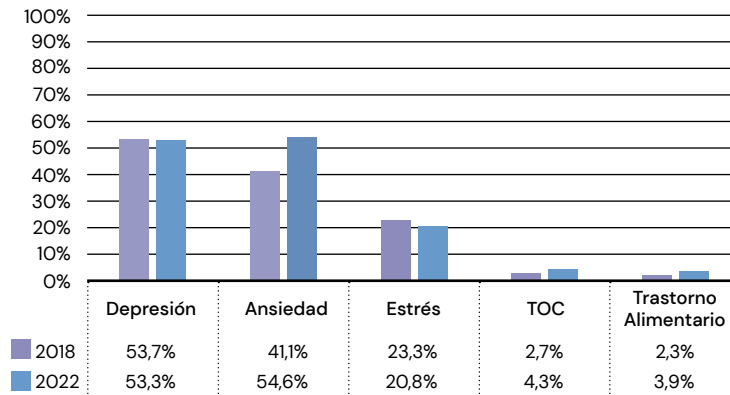


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2015; 2022)

Al distinguir según el sexo de los jóvenes, se observa una evidente brecha entre hombres y mujeres, siendo estas últimas las que reciben, en mayor medida, tratamientos por algún problema de salud mental. Asimismo, y como se observa en el gráfico, tanto hombres como mujeres duplicaron su

demanda por tratamientos en los últimos 7 años. Por otro lado, al comparar zonas urbanas y rurales, es posible apreciar notables diferencias en lo que respecta a la demanda por prestaciones asociadas a salud mental, siendo esta en zonas urbanas 4 pp mayor que la proporción rural.

Diagnóstico en jóvenes con problemas de salud mental

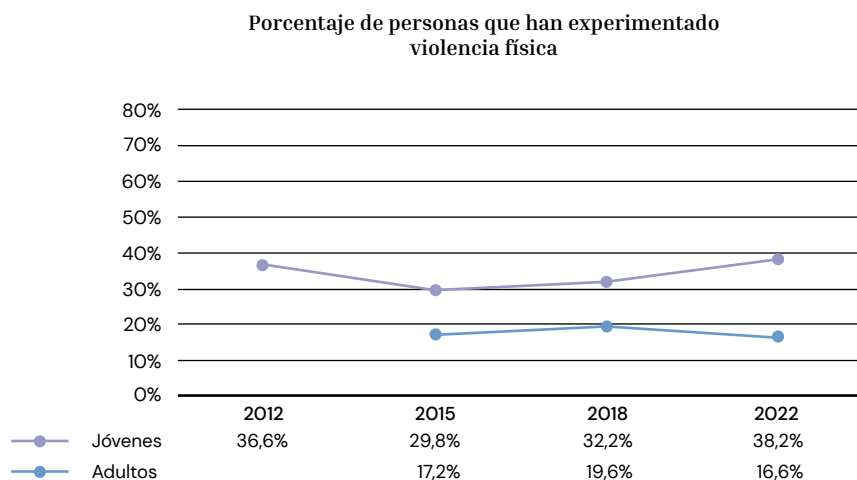


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2018; 2022)

En cuanto a los diagnósticos de problemas de salud mental entre quienes reciben tratamiento, se aprecia un notorio aumento en el porcentaje de jóvenes que padecen de ansiedad tras la pan-

demia. Asimismo, se observa que más de la mitad declara haber sido diagnosticado con depresión o ansiedad.

1.6 Violencia juvenil

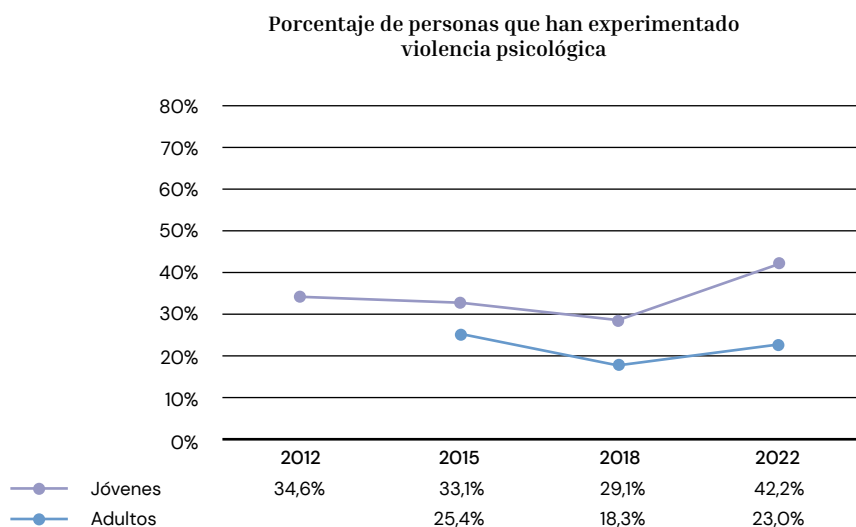


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2012-2022)

Los jóvenes suelen experimentar situaciones de violencia con mayor frecuencia que los adultos. Tal como se muestra en el gráfico, la tendencia del porcentaje de jóvenes que han experimenta-

do violencia física se ha mantenido por sobre la del segmento adulto, llegando en el año 2022 a ser 21 pp mayor.

44

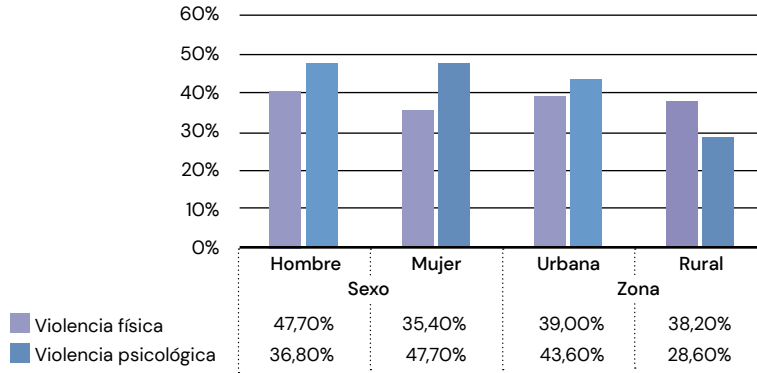


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2012-2022)

Por otro lado, en lo que respecta a violencia psicológica, se observa un notorio aumento de jóvenes que ha experimentado este tipo de violencia en

los últimos 4 años, alcanzando su máximo histórico y superando al segmento adulto en casi 20 pp.

Porcentaje de jóvenes que han experimentado violencia, según sexo y zona

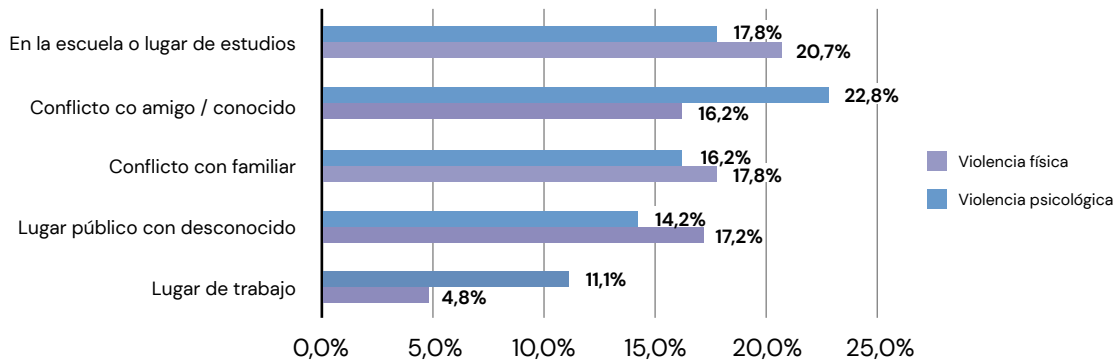


Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

Al desagregar por sexo, se observa que mientras los hombres experimentan con mayor frecuencia situaciones de violencia física, las mujeres experimentan más violencia psicológica. Esta brecha entre hombres y mujeres es mayor en la violencia

psicológica, donde la proporción de mujeres supera por 12 pp a la de hombres. En tanto, al distinguir por zona, se observa que los jóvenes que habitan en zonas urbanas experimentan en mayor medida situaciones de violencia, sobre todo psicológica.

Situaciones en las que jóvenes experimentan violencia física o psicológica



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2022)

En cuanto al tipo de situación en que los jóvenes experimentan violencia, se observa, por un lado, que la violencia psicológica se da con mayor frecuencia en contextos estudiantiles (escuela, uni-

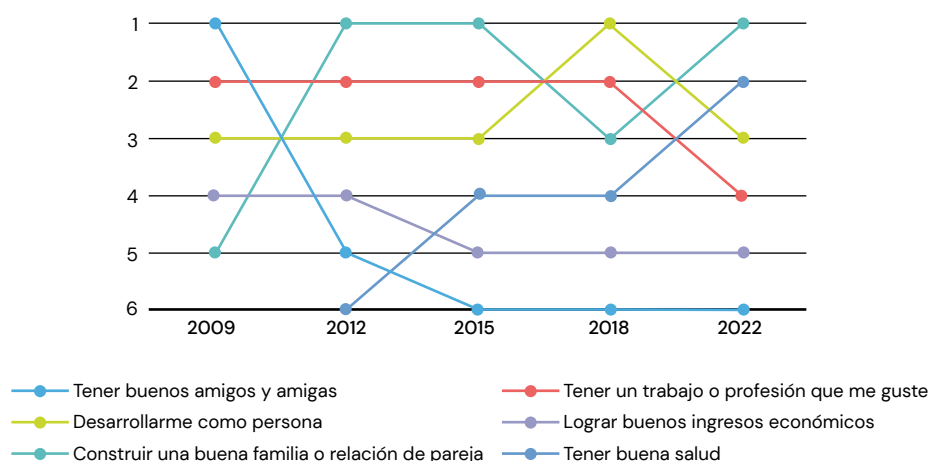
versidades, etc.), así como en conflictos con amigos o conocidos. Por otro, la violencia física también suele manifestarse más en contextos educativos, seguido de situaciones de conflicto familiar.

2. Factores que caracterizan a la juventud

2.1 Proyecto de vida



Causas de la felicidad, aspectos más mencionados



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

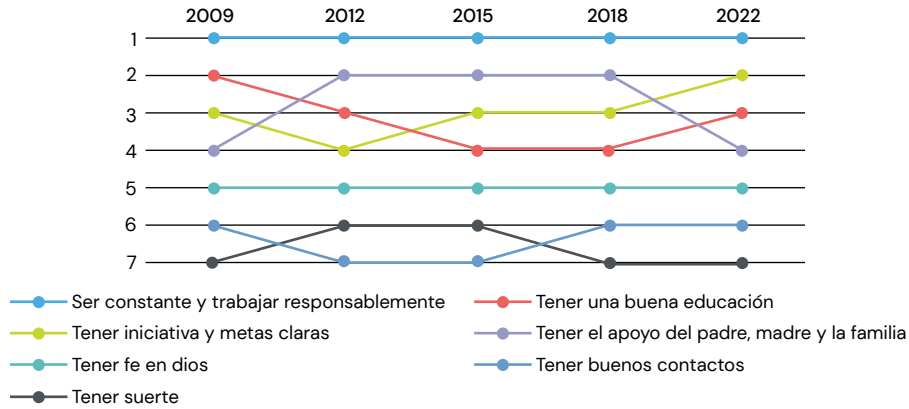
Para analizar la visión de la sociedad que poseen los jóvenes, es fundamental entender cuáles son los aspectos más importantes para lograr felicidad y éxito en la vida. Para ello, ordenamos las preferencias declaradas por los encuestados, observando la variación entre las causas más mencionadas entre los años 2009 y 2022.

Entre las causas de la felicidad, se destaca la baja en la prioridad de las relaciones de amistad, que fueron la causa principal el año 2009, pero en las siguientes encuestas es considerada uno de los

factores menos influyentes para la felicidad de las personas. Por su parte, la construcción de una familia y vida en pareja ha sido considerada uno de los aspectos más importantes para la felicidad de la juventud durante la última década. En tanto, la importancia de la salud ha ido al alza, sobre todo después de la aparición del covid-19, lo que la llevó a ser especialmente valorada por los jóvenes, y es considerada hoy en día como el segundo aspecto más necesario para lograr la felicidad, desplazando al trabajo o el ejercicio de una profesión.



Causas del éxito, aspecto más mencionados



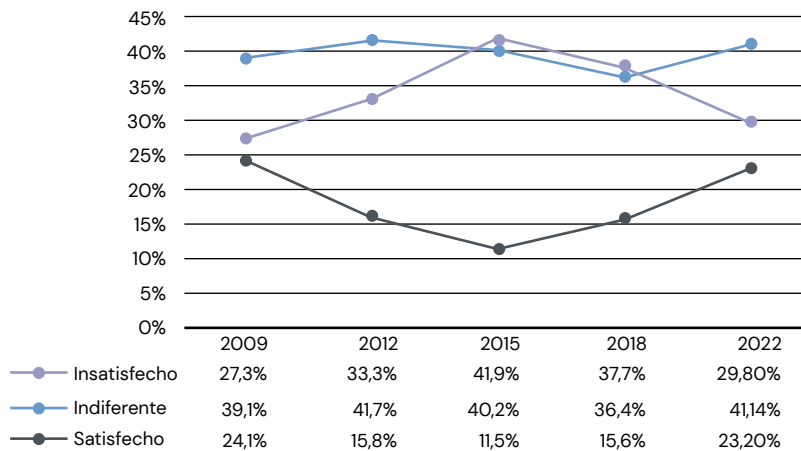
Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

Por otro lado, el éxito es visto como una consecuencia de un trabajo constante y responsable, visión que ha persistido en el tiempo. Desde el año 2012 hasta el 2018, el segundo aspecto más importante era considerado el apoyo de los padres y la

familia en general, pero en la última encuesta se vio desplazado por la iniciativa personal, y por la educación, mostrando una visión del éxito más alejada de la familia y aun más centrada en el esfuerzo personal.

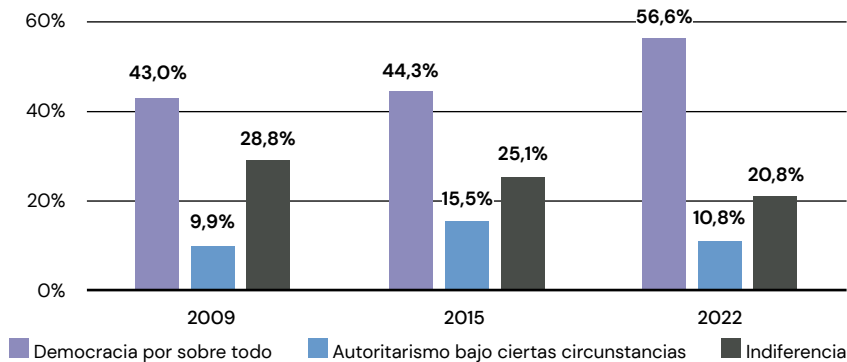
2.2 Relación con la sociedad

Evolución de percepción juvenil sobre democracia en Chile



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

Evolución de preferencia juvenil sobre régimen democrático



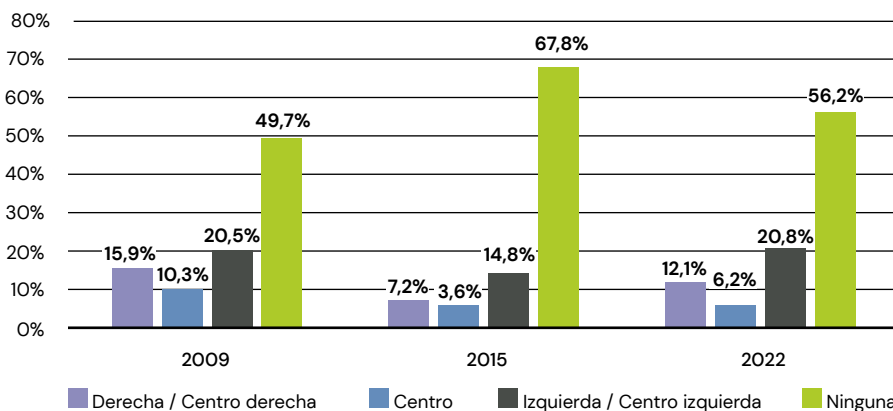
Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2015; 2022)

En lo que respecta a percepción juvenil sobre la democracia en Chile, desde el año 2009 ha predominado una posición de indiferencia en la materia. Así también, se observa una brecha en cuanto al grado de satisfacción respecto a la democracia chilena, siendo la posición de insatisfacción la que suele representar, con mayor fuerza, al segmento

juvenil. Ahora bien, a pesar de predominar la indiferencia e insatisfacción, la preferencia de un régimen democrático por sobre uno autoritario, bajo ciertas circunstancias, cuenta con mayor adhesión, tendencia que ha mostrado un incremento con el transcurso de los años.

48

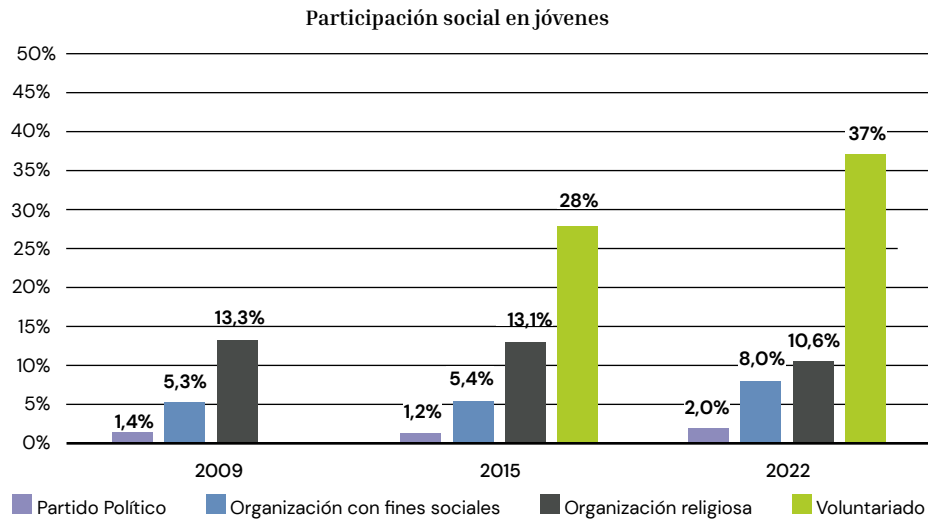
Evolución preferencias juveniles respecto al eje derecha-izquierda



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2015; 2022)

Por otro lado, en lo que refiere a la relación entre jóvenes y política, suele primar una posición de desapego con los distintos sectores políticos, donde más de la mitad de los jóvenes no se identifica con ninguna posición ideológica en el eje «dere-

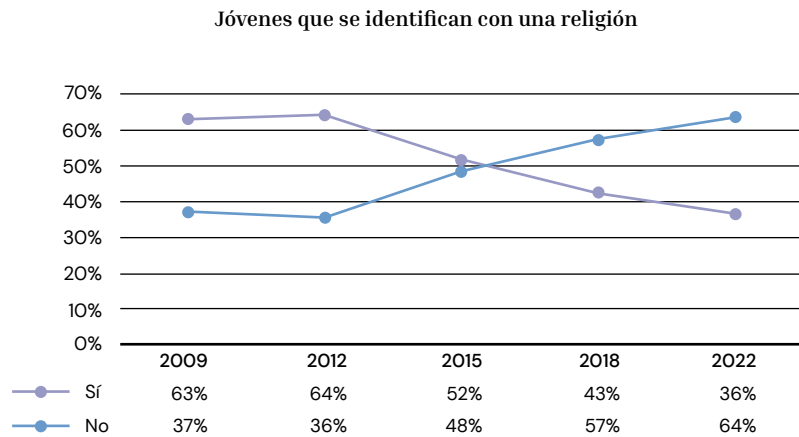
cha-izquierda». En tanto, la participación juvenil en partidos políticos no ha superado el 2% desde el año 2009, representando el tipo de institución que menos moviliza o despierta interés en el segmento.



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009; 2015; 2022)

En cuanto a participación social, se observa que el segmento juvenil suele involucrarse de manera activa en actividades con fines sociales, ya sea mediante la participación en voluntariados o en organizaciones que defienden causas sociales. Por otro

lado, se aprecia que el porcentaje de jóvenes que se involucran en organizaciones de tipo religioso ha evidenciado una disminución sostenida en el tiempo, lo que se condice con el menor grado de identificación que tienen los jóvenes con las religiones.



Fuente: Elaboración propia en base a la ENJUV (2009-2022)

Tal como se observa en el gráfico, si en 2009 dos de cada tres jóvenes se identificaban con una religión, ya en el año 2016 eran más los jóvenes que

no se identificaban con ninguna. Así, la última encuesta reveló que el 64% de la juventud no se identifica con ninguna religión en particular.

CONCLUSIONES

La población juvenil en Chile representa un segmento demográfico particularmente susceptible, expuesto a una serie de riesgos que podrían comprometer el desarrollo pleno de su trayectoria vital. La presencia de carencias multidimensionales, una mayor predisposición al consumo temprano de sustancias ilegales y la persistencia de elevadas tasas de paternidad adolescente y violencia juvenil son factores que demandan especial atención y la creación de políticas públicas orientadas tanto a la prevención como a la mitigación de las consecuencias asociadas a estos problemas.

Ahora bien, resulta imperativo reconocer el progreso alcanzado en los últimos años en áreas como la reducción de la pobreza y el aumento en los niveles de educación entre la juventud. Los datos recabados evidencian un importante avance en lo que respecta a la disminución de la pobreza por ingresos en todos los grupos de edad, incluyendo la población juvenil. Así también, uno de los procesos más relevantes del último tiempo ha sido, sin duda, el notable incremento en el acceso a la educación superior. Esta mayor escolarización entre los jóvenes representa un progreso en términos de acceso a oportunidades y desarrollo de capacidades vitales.

Otro aspecto importante es la disminución de diferencias entre los jóvenes que habitan en zonas urbanas y rurales durante la última década. Si hace diez años la población rural presentaba preocupantes índices de pobreza, embarazo adolescente, consumo de drogas y escolaridad muy diferentes a sus pares de zonas urbanas, los últimos resultados indican que estos indicadores son cada vez más similares entre los dos grupos, convirtiéndose en divisiones cada vez más homogéneas.

Por otro lado, al analizar los cambios en la forma en que los jóvenes entienden la sociedad y participan en ella, destaca el cambio de prioridades que se observan en los últimos años. Así, en una época con sucesos tan significativos como el estallido social del 2019 y la pandemia de covid-19, observamos —menos de seis meses más tarde— importantes cambios en los aspectos más importantes para lograr la felicidad y las causas para lograr el éxito. En esos años, se valorizó la importancia de la salud como una de las cualidades claves para ser feliz, disminuyendo la prioridad de los jóvenes en tener una profesión o empleo que les guste. Al mismo tiempo, se observa que los padres, y la familia en general, son considerados menos importantes para lograr el éxito, priorizando la educación y la iniciativa personal e individual.

Por último, al observar el grado de involucramiento y participación de los jóvenes en la sociedad, se aprecia una profunda desafección hacia los mecanismos de participación convencionales, como los partidos políticos y las organizaciones religiosas. En contraposición, los jóvenes parecen mostrar un mayor interés en formas de participación vinculadas a causas sociales, ya sea mediante el involucramiento en organizaciones que defienden causas específicas, o bien, mediante la realización de voluntariados. Así, se vislumbra una tendencia en la estructura de preferencias juveniles que prioriza, por encima de la institucionalidad convencional, otros mecanismos de participación e involucramiento social.

En conclusión, la evidencia reunida en este estudio muestra que la juventud chilena representa a un segmento de la población que se caracteriza por ser altamente susceptible a una serie de ries-

gos que comprometen su pleno desarrollo. En ese sentido, resulta imperativo atender de forma oportuna esta realidad y promover el diseño de políticas públicas que velen por generar las condiciones necesarias para que los jóvenes puedan desarrollar de manera óptima e integral sus proyectos de vida.

A su vez, la juventud chilena se muestra como un segmento naturalmente diverso. Se trata de un grupo heterogéneo y de convicciones volátiles, que varían ante los acelerados cambios que experi-

mentamos como sociedad. El cambio en la manera en que los jóvenes se relacionan e involucran con la sociedad, así como en sus nociones de felicidad y éxito, nos debe invitar a reflexionar sobre cómo construir una sociedad cohesionada en tiempos líquidos e inciertos. Es preciso entender que el bienestar y desarrollo de los jóvenes –con su diversidad y complejidad– son un reflejo de la salud de nuestra sociedad en su conjunto. [®]

ANEXOS

Causas del éxito más mencionadas

	2009	2012	2015	2018	2022
Ser constante y trabajar responsablemente	1	1	1	1	1
Tener una buena educación	2	3	4	4	3
Tener iniciativas y metas claras	3	4	3	3	2
Tener el apoyo del padre, la madre y la familia	4	2	2	2	4
Tener fe en dios	5	5	5	5	5
Tener buenos contactos	6	7	7	6	6
Tener suerte	7	6	6	7	7

Fuente: ENJUV (2009-2022)

Causas de la felicidad más mencionadas

	2009	2012	2015	2018	2022
Tener buenos amigos y amigas	1	5	6	6	6
Tener un trabajo o profesión que me guste	2	2	2	3	4
Desarrollarme como persona	3	3	3	1	3
Lograr buenos ingresos económicos	4	4	5	5	5
Construir una buena familia o relación de pareja	5	1	1	3	1
Tener buena salud	6	6	4	4	2

Fuente: ENJUV (2009-2022)



JOSÉ MANUEL
CUADRO



EMILIA
GARCÍA

ENTREVISTA

EDUARDO VALENZUELA: “Hubo una cierta ilusión de que el esfuerzo individual bastaba”

Eduardo Valenzuela (67) no se sorprende cuando lo invitamos a hablar de los *dilemas de la juventud*. A pesar de ser una etapa que dejó atrás el siglo pasado, para el reconocido sociólogo sigue siendo uno de sus principales objetos de estudio y, a diferencia de lo que uno podría creer, es optimista con respecto a esta generación.





JOSÉ MANUEL CUADRO

Investigador editorial IdeaPaís

EMILIA GARCÍA

Investigadora IdeaPaís

Galardonado en 2022 con el premio Abdón Cifuentes por su extenso trabajo e impacto en la sociedad chilena, actualmente es director de la Encuesta Bicentenario UC, la cual hace algunas semanas publicó los resultados de su versión 2022. Entre los múltiples ámbitos de la sociedad que aborda –religión, familia, trabajo, identidad nacional, entre otros–, Valenzuela identifica un hilo conductor que atraviesa todos los fenómenos: “La gente rechaza las instituciones”, dice. “Los sociólogos hablamos de desinstitucionalización de la experiencia. Queremos participar políticamente, pero no a través de los partidos políticos; queremos creer, pero no a través de una iglesia establecida; queremos vivir en pareja, pero no casarnos”, afirma el profesor titular del Instituto de Sociología UC y ex decano de la Facultad de Ciencias Sociales.

¿Por qué cree que los jóvenes están viviendo este fenómeno de desinstitucionalización?

“La juventud está asociada a la ausencia de responsabilidades muy perentorias, al cumplimiento de deberes. Y hay un fenómeno más profundo que se llama individualización. La gente valora más la autoexpresión personal, los ambientes donde puede expresar su yo interior. Y es un proceso inevitable en el mundo moderno. Y las instituciones, en ese contexto, devienen demasiado impersonales, estandarizadas, estereotipadas y exigentes. Entonces, hay una cierta reticencia a constituir tu experiencia en instituciones compulsivas.”

Los resultados de los últimos años –y lo confirma la última versión– muestran una sostenida frustración de expectativas en torno al desarrollo del país, sobre todo en jóvenes, como por ejemplo, en la superación de la pobreza o la posibilidad de adquirir una vivienda propia. ¿A qué se debe esa “desesperanza” frente al futuro del país?

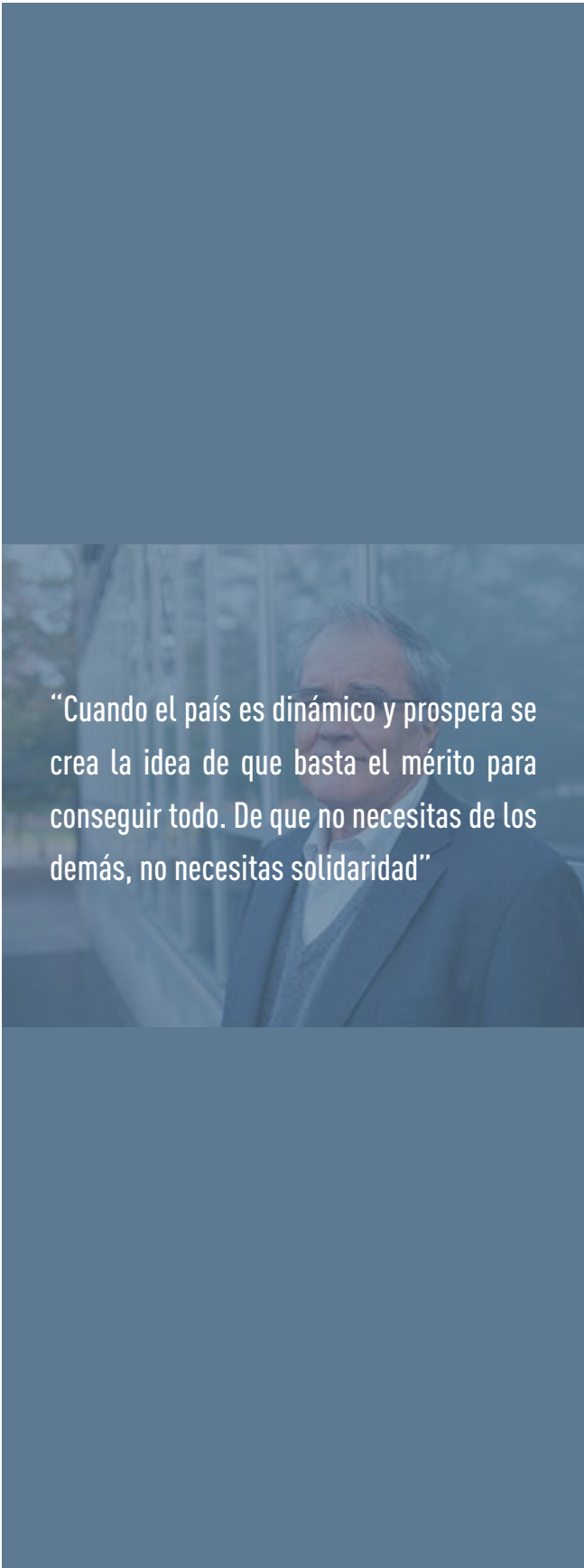
“El país tuvo dos décadas de prosperidad económica, un país que crecía sostenidamente, con logros evidentes en materia educativa, consumo, acceso a bienes. Y la última década ha sido una década de ralentí, el ciclo de prosperidad se acaba y aparecen conflictos como el étnico, el migratorio, que van produciendo este efecto de desesperanza, pesimismo en la capacidad del país de resolver sus problemas. Aún así, no estamos en un punto crí-

tico, si uno lo compara con datos de otros países de América Latina, los jóvenes en particular, siguen sosteniendo mayoritariamente que están mucho mejor que sus padres cuando ellos eran jóvenes.”

No obstante lo anterior, Valenzuela cree que las generaciones adultas no temen dejar a sus hijos un país peor que el que recibieron. “La gente piensa que las cosas van a ser mejores en el futuro. La gente te dice “estamos mejor que lo que estuvieron nuestros padres a la edad que tengo, y nuestros hijos con seguridad estarán mejor”. Quizás no tanto mejor, pero mejor”, puntualiza.

Adquirimos muchas cosas materiales en esas dos décadas, pero pareciera ser que algo se perdió en el camino por este crecimiento tan acelerado.

“Cuando te preguntan ¿usted está mejor que sus padres? la gente te dice que sí, incluso mejor de lo que estuvieron ellos en cosas como disponibilidad de tiempo, o calidad de la vida familiar. No solo porque tengo mejor trabajo, mejor ingreso (cuadruplicamos el ingreso per cápita), sino incluso en las cosas no materiales. Eso es muestra de que también fue un progreso no solo económico. Tuvimos un momento especial, con instituciones sólidas y respetadas. Claro que hubo consumismo, exceso de mercado y mucho individualismo, que es lo que pasa con el crecimiento económico. Cuando el país es dinámico y prospera se crea la idea de que basta el mérito para conseguir todo. De que no necesitas de los demás, no necesitas solidaridad.



“Cuando el país es dinámico y prospera se crea la idea de que basta el mérito para conseguir todo. De que no necesitas de los demás, no necesitas solidaridad”

Hubo una cierta ilusión de que el esfuerzo individual bastaba.”

Que podíamos prescindir de los otros...

“Exacto, que podíamos prescindir de los demás... y sobre todo prescindir de la sociedad, del apoyo que lo social le brinda a las personas, de la solidaridad.”

Llama la atención que, a pesar de que la familia sigue siendo el espacio que genera mayor identificación, las identidades emergentes destaquen por su carácter individual. ¿Por qué cree que hay mayor preponderancia de lo individual como “cuidar una mascota” y menos, de actividades comunitarias como “participar de una organización social”?

“No hay ninguna contradicción entre la familia y la individualización. La familia es precisamente ese lugar donde puedes exponer el yo. De hecho, es casi el único lugar hoy día donde justamente puedes desplegar tu individualidad, es el lugar de la individualización. Puedes dar rienda suelta a tus emociones, ¿por qué? Porque vas a tener al frente a un padre, una madre, que van a comprender y tolerar que te expreses personalmente, incluso a veces de un modo indecente. El valor de la familia se ha revalorado precisamente porque permite el despliegue de la individualidad. Porque la gente no está pensando en la familia en el sentido tradicional, como un aparato de socialización, de normalización. Al contrario, la familia ha perdido todas esas funciones. Hoy es básicamente el lugar donde tú recibes el apoyo emocional que necesitas para vivir, no las normas, los valores. Los padres han renunciado a ser autoridad y lo que ofrecen hoy es apoyo en las decisiones.”

¿Y es eso suficiente para definir “familia”?

“No lo sé, pero es el modo moderno de hacer familia. Puede ser un lugar curiosamente de deso-

cialización, más que de socialización. Donde no te enseñan a convivir con los demás, sobre todo con los extraños. Sino el lugar donde lo que se enseña implícitamente es a ser tú mismo.”

Cohesión social

La cohesión social es otro de los temas abordados por el sociólogo en sus investigaciones. Destaca, sobre todo, su libro “Vínculos, creencias e ilusiones” donde detalla que este término en América no descansa sobre una base cívica y asociativa. Al respecto, Valenzuela identifica que el principal desafío que tiene hoy la cohesión social en Chile “es la falta de confianza generalizada”, sostiene. “Es un déficit histórico, algo que debería haber mejorado con el progreso económico. Cuando la gente tiene mayor bienestar empieza a mejorar su capacidad de confiar en extraños y eso no ocurre, estamos en 15% pegados, cuando los países desarrollados tienen un 40-50%. Al punto de que si tú no confías en la gente que no conoces, no haces nada con ella, no te asocias. La confianza generalizada es fundamental para producir solidaridad. Y el segundo gran problema de cohesión es la desconfianza en las instituciones. Toda sociedad necesita creer, mínimamente en las instituciones que regulan la vida social y de las reglas que compartimos”.

¿Podemos hablar de un sentido de pertenencia hacia lo propiamente chileno?

“Sí, de las pocas cosas que quedan en pie y fuertes, es el sentido de pertenencia nacional. El país rechazó de plano el plurinacionalismo y eso muestra la fuerza del sentimiento nacional. Una nación, un territorio, una ley. Y cualquier pretensión de dividir

el territorio, o de aplicar leyes diferentes a los chilenos fue repudiada de inmediato, y yo creo fue una de las grandes razones del rechazo.”

Pero menos para los jóvenes...

“Se resiente un poco entre los jóvenes. El orgullo nacional es menor, pero existe, está ahí y usted no puede jugar con la bandera chilena, todavía...”

Creencias

En el contexto de lo planteado por Benedicto XVI en cuanto a que el relativismo en la religión era preocupante, le consultamos al profesor Valenzuela si piensa que hay un

“La confianza generalizada es fundamental para producir solidaridad. Y el segundo gran problema de la cohesión es la desconfianza en las instituciones. Toda sociedad necesita creer, mínimamente en las instituciones que regulan la vida social y de las reglas que compartimos”

reemplazo del catolicismo por un misticismo que no se sostiene en una doctrina determinada, ante lo cual responde enfático que no lo cree. “Lo que hay es una crisis de pertenencia, no de creencia”, sostiene. “Incluyendo a los jóvenes: rechazan las iglesias pero no a Dios. Y esas creencias que

se viven suelen ser creencias convencionales. Los jóvenes creen en Dios, creen en Jesucristo como hijo verdadero de Dios, creen en los milagros, en la capacidad graciosa de la Virgen. Entonces, las creencias convencionalmente católicas están ahí, no es que empiecen a creer en cosas demasiado diferentes.”

¿Cómo pueden convivir ambas creencias, lo convencional con el misticismo?

“Siempre han convivido, el catolicismo en particular ha sido siempre sincrético, y ha incorporado creencias heterodoxas y ha convivido con el catolicismo popular, que cree en el mal de ojo y cree en que los muertos, particularmente los tuyos, te pue-

den otorgar gracia. Antiguamente, por ejemplo, se practicaba ampliamente el espiritismo. Viejas totalmente católicas se reunían a convocar a los espíritus de los muertos a ver si aparecían. Entonces el catolicismo siempre ha sido sincrético. Sólo que ahora, las creencias no convencionales son otras. Entonces a mí no me llama la atención esta mezcla de cosas que conviven con las creencias convencionales.”

No lo ve como un peligro...

“No lo veo como una sustitución.”

A raíz de la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado, Valenzuela no cree que los jóvenes vayan a ser quienes se metan en la pelea por la memoria. A pesar de que en algún momento cierta juventud comenzó a idealizar a Allende, en su opinión, fue solo un minuto...

Pero se puede ver un Frente Amplio que nació a raíz de las protestas estudiantiles pero también haciendo uso del clivaje Allende-Pinochet

“Pero se acabó, al segundo día de gobierno se acabó. Boric está haciendo exactamente lo que no hizo Allende. Allende aplicó el programa y desquició al país y no lo pudo reencausar.”

Avanzar sin transar..

“Avanzar sin transar. En cambio Boric y esta generación no es revolucionaria, entre otras cosas porque la idea de revolución, no tiene asidero en la realidad. Hace 50 años tú podías refundar el país porque era un país pacotilla (se ríe), pero hoy día, no. Es ridículo, no tiene asidero en la realidad. Como dice Luhmann, la revolución es inviable en una sociedad compleja. Las sociedades cambian de un modo inesperado. Estos chiquillos se dieron cuenta al año de que la historia iba para otro lado. Entonces todo son ilusiones. La ilusión de que tú puedes cambiar radicalmente la sociedad y controlar el cambio social y llevarlo al lugar que tú quieres. Ellos ya tenían experiencia de eso, cuando condujeron el movimiento del 2011. Ese movimiento quería gratuidad en las universidades estatales y lo que consiguieron fue gratuidad en todo el sistema universitario, es decir, básicamente en las universidades privadas. Entonces desencadenan el movimiento para hacer esto y termina exactamente haciendo lo contrario. Porque nadie controla el cambio social.”¹⁸



MAGDALENA
PLANT

La educación secundaria hoy



MAGDALENA PLANT

Colaboradora asociada de Horizontal

La revista *Raíces* me sorprende con una solitud: escribir sobre la situación de la enseñanza secundaria hoy. Y es que parece olvidada en la discusión pública, dada la importancia creciente (y merecida) otorgada a los niveles preescolares y las demandas de condonación del CAE desde la educación superior.

Los niveles secundarios, que incorporan al millón de estudiantes de primero a cuarto medio, están lejos del debate de los medios de comunicación y la preocupación de la opinión pública; salvo cuando la violencia, los overoles blancos y las tomas se apoderan de los liceos emblemáticos. Es solo en estas situaciones dramáticas que políticos y periodistas parecen recordar a los estudiantes de enseñanza media que asisten a distintos establecimientos educacionales del país.

Pero lo cierto es que la educación secundaria pasa por un momento de tremendo desafío. La frase «Chile cambió» parece aplicarse totalmente a los estudiantes de entre 14 y 18 años. Sus intereses, la relación con sus pares, padres y profesores, la incorporación de la tecnología en todos los aspectos de su vida, su interés por la naturaleza, su

aceptación de la diversidad, entre otros elementos, hacen que hacer clases en esas salas sea algo muy distinto a 10 años atrás. Es más difícil, porque la autoridad de los profesores no es aceptada automáticamente; es más complejo, porque la relevancia que le dan a lo emocional exige tener este aspecto en cuenta permanentemente, y es más exigente, porque los propios jóvenes pueden acceder a los más diversos contenidos sin la mediación de un profesor.

Desde el punto de vista del sistema educativo, «la media» se divide en dos subciclos que no siempre conversan entre sí. En primero y segundo medio se terminan de trabajar contenidos y habilidades que no se verán nunca más, cerrando un ciclo que viene desde 7º básico; y en tercero y cuarto medio se desarrolla un programa de electividad que si bien permite a los estudiantes optar por asignaturas más cercanas a sus intereses, parece estar desconectado de los contenidos que se exigen a nivel universitario, y peor aún, de aquellos que son evaluados en la Prueba de Acceso a la Educación Superior (PAES). Sí, aunque usted no lo crea, la Prueba de Admisión en teoría no evalúa lo tra-

bajado en los últimos años de escolaridad. Frente a esta realidad, algunos establecimientos, preocupados de no coartar el acceso a la educación terciaria, usan horas de libre disposición para reforzar los aprendizajes requeridos, y paralelamente, los estudiantes más acomodados repletan las salas de los preuniversitarios para asegurar buenos resultados. La brecha de resultados entre los colegios públicos y los particulares pagados es evidente. Y si bien revela un distanciamiento que no se origina en educación media, tampoco es abordada por los planes de este nivel.

Por otra parte, la grave escasez de profesores con especialidad (principalmente en asignaturas científicas y matemáticas) que puedan ejercer en estos niveles es una dificultad enorme para los colegios. Esto llega a niveles críticos en los establecimientos técnico-profesionales, acentuado por una legislación anticuada que no siempre reconoce las especialidades de estos docentes y les impide remuneraciones similares a las de sus pares.

Agravando esta situación, y como en todo el sistema educacional, la pandemia ha producido un terremoto de aprendizajes. Los profesores recibimos a estudiantes que no se escolarizaron en dos años, con los vacíos que esto implica, y debimos enfrentar el desafío de ayudar a aprender a alumnos y alumnas con una multiplicidad de niveles de retraso y que habían olvidado las normas mínimas de estar en grupo en una sala de clases. La dificultad de trabajar los contenidos específicos de las asignaturas de educación media en este contexto aún no ha sido suficientemente documentada.

Y si bien sabemos que el covid-19 va pasando poco a poco, la pandemia de salud mental se mantiene, azotando a nuestros jóvenes, lo que exige a los docentes desarrollar habilidades para manejar estas dificultades, algunas incluso de carácter clínico. Los problemas de convivencia requieren ser abordados, y muchas veces esto no es posible, ya que no se cuenta con el apoyo decidido de padres y apoderados. Convivir requiere aceptar límites y

normas, y sabemos que para muchas familias resulta muy difícil trazarlas. Y para qué hablar de la violencia desatada que se ve en algunos liceos emblemáticos, en que los jóvenes muestran un nihilismo profundo, muchas veces alentado por adultos que los utilizan con fines ajenos a lo educativo.

Poco auspicioso, creo escuchar el comentario de los lectores. Todo mal, dirán otros. Pero hay elementos positivos y algunas luces.

Por una parte, nuevas metodologías (o no tan nuevas) permiten motivar a los estudiantes, como el aprendizaje basado en proyectos, al que le tengo mucho respeto, porque no puede convertirse en el tradicional «trabajo en grupo» en que uno solo trabaja y el resto descansa. Pero si se implementa bien, los alumnos realmente participan, aprenden y desarrollan todos sus talentos.

Pero lo más relevante, a mi modo de ver, es una generación de profesores y profesoras jóvenes que está egresando de las distintas universidades. Esos que podrían haber estudiado cualquier cosa y eligieron entregar su talento en una sala de clases. A ellos se suman los jóvenes de otras carreras que ingresan al sistema a través de proyectos como Enseña Chile o directamente a las instituciones educativas, dispuestos a aportar desde sus disciplinas a la educación dada la escasez de docentes (y muchos porque han descubierto tardíamente su vocación). Vemos a este grupo de profesores noveles en las salas de clases, motivados con sus asignaturas, dispuestos a formarse en estrategias metodológicas que les permitan enseñar mejor, entusiastas y comprometidos. Lamentablemente, son pocos, y las políticas que intentan aumentar su número (como la Beca Vocación de Profesor) no están dando el resultado esperado. Se hace urgente tomar medidas para que sean cada vez más. Porque cuando logramos que lleguen a las escuelas, los acompañamos, los formamos y los apoyamos en desarrollar sus talentos, y el efecto es enorme. Con ellos estamos en deuda como país: les debemos abordar el desafío de valorar el rol docente, reforzar la autoridad de los profesores y mejorar las condiciones

de trabajo, de modo que ser profesor de educación media resulte no solo posible, sino que atractivo.

Y finalmente, da esperanza el compromiso de numerosos directores y equipos directivos con el aprendizaje de cada uno de sus estudiantes, que siguen dando la pelea a pesar del océano de normativas y exigencias que tironean actualmente a las escuelas: «la contienda es desigual», dicen angustiados. Pero día a día trabajan para apoyar el aprendizaje académico y socioemocional de sus educandos. Es vital darles soporte para que puedan focalizarse en eso, exigiéndose al máximo y apoyando a sus profesores. Urge desarrollar una carrera directiva que considere los desafíos que enfrenta cada nivel educativo.

La educación secundaria enfrenta enormes desafíos, e incluso aquellos elementos que parecen positivos involucran las tensiones que tiene el sistema. Frente a este escenario, hay que «apañar» nomás, dirían los jóvenes. Esperemos que Chile sea capaz de abordar los cambios que se requieren para que esos mismos jóvenes reciban la educación que necesitan para enfrentar el futuro. [®]

“La pandemia de salud mental se mantiene, azotando a nuestros jóvenes, lo que exige a los docentes desarrollar habilidades para manejar estas dificultades, algunas incluso de carácter clínico.

Los problemas de convivencia requieren ser abordados, y muchas veces esto no es posible, ya que no se cuenta con el apoyo decidido de padres y apoderados. Convivir requiere aceptar límites y normas, y sabemos que para muchas familias resulta muy difícil trazarlas”.



La cultura de la cancelación y el ámbito universitario



La llamada “cultura de la cancelación” es un término que se ha popularizado en los últimos años, y que describe un fenómeno en particular en el que se busca excluir o “cancelar” a individuos o ideas consideradas problemáticas o inaceptables desde una perspectiva social o política.

Este concepto se asocia comúnmente a aquello que consideramos políticamente correcto y suele acuñarse en Estados Unidos al artículo de John Taylor que en 1991 escribe “Are you politically correct?” en *New York Magazine*. A esto le siguieron otras expresiones como los “Cuentos infantiles políticamente correctos” de James Finn Garner en 1994 y cuyo autor advertía expresamente: “Deseo disculparme de antemano y animar al lector a presentar cualquier sugerencia encaminada a rectificar posibles muestras –ya debidas a error u omisión– de actitudes inadvertidamente sexistas, racistas, culturalistas, nacionalistas, regionalistas, intelectualistas, socioeconomistas, etnocéntricas, falocéntricas, heteropatriarcales o discriminatorias por cuestiones de edad, aspecto, capacidad física, tamaño, especie u otras no mencionadas”. Sin embargo, la expresión ya contaba con exponentes desde la URSS de Stalin con autores como Vladimir Nabokov y en el polaco Czeslaw Milosz (Soley, 2022, pág. 15-16).

En Orwell, también se encuentran algunos antecedentes con el llamado “negacionismo”. En su libro “1984” se habla de la reconfiguración de palabras o destrucción de palabras “podando el idioma” (Orwell, 2013, p.43). A través de esta práctica se

limitaba el alcance del pensamiento y se estrechaba el rango de acción de la mente. De hecho, Víctor Serge en “Memorias de un revolucionario” señalaba justamente que la idea no es convencer sino, en definitiva, de hacer imposible la discusión. (Serge, 2019, pág. 444).

Por su parte, en 1980 Jacques Derrida empezó a hablar del modo de análisis filosófico y literario llamado “deconstrucción”. Esa formación problematiza y ve relaciones de explotación permanente a lo largo de la vida humana – grupos dominantes oprimiendo a grupos marginados – exponiendo y negando por principio la existencia de nada verdadero o falso (Soley, 2022, p. 22).

Actualmente la cancelación implica una censura, una denuncia a aquellos de lo que el momento del tiempo determina como “políticamente correcto”. A través de la imposición de un lenguaje ideológico se convierten los términos de expresión en campos de batalla desvirtuando el significado de las palabras, distorsionando el lenguaje y buscando reconfigurar la realidad (Soley, 2022, pp. 42 y 43)

Si bien este fenómeno ha sido objeto de debate no podemos llamarlo homogéneo. Sus interpretaciones son diversas y obedecen al ámbito de aplicación, por lo tanto, su entendimiento dependerá del contexto específico. En materia educativa, en particular, ha sido un tema conflictivo al interior de las aulas de enseñanza universitaria y en relación a la libertad de expresión y de cátedra de los maestros. En esa medida vale la pena enfocarse en ese escenario particular.

Libertad de enseñanza y cancelación

La libertad de enseñanza se reconoce en Chile en el artículo 19 N° 11 de la Constitución. Cuenta con antecedentes desde la reforma del 13 de agosto de 1874 y obliga esencialmente a la comunidad y de manera preferente al Estado a no intervenir y dejar que los profesores y establecimientos educativos enseñen lo que puedan y quieran enseñar aplicando los métodos de su preferencia, siempre y cuando no alteren la costumbre, la moral o el orden pública, super vigilancia que realiza el Estado a través de sus instituciones (Vivanco, 2006, pág. 428)¹.

Dentro de esta libertad, son justamente las universidades – instituciones de educación superior de investigación, raciocinio y cultura según la definición del artículo 1 del DFL 1 de 1980 – las que se encaminan a atender los intereses y necesidades del país del más alto nivel de excelencia y, en esa medida, deben ser las llamadas a libremente buscar y enseñar la verdad conforme a los cánones de la razón, y los métodos de la ciencia (artículo 106 del decreto). Y, en su interior, en lo que a los maestros concierne, la libertad de enseñanza garantiza el derecho que asiste a las personas a participar en el proceso de enseñanza dentro de los marcos de los objetivos educacionales establecidos por las normas institucionales y legales.

Así, la libertad académica es la garantía institucional de la libertad de enseñanza y, en esa medida, existe una relación estrecha entre la autonomía universitaria y la libertad de cátedra. Sin embargo, la cultura de la cancelación y lo llamado “políticamente correcto” ha ido cada vez más desvirtuando esa autonomía universitaria que asegura el res-

peto a la libertad académica, disminuyendo la dimensión individual de la libertad de cátedra.

A lo políticamente correcto y a distintos movimientos, se les debe una mordaza que ha alcanzado los espacios educativos universitarios. Sin lugar a duda, la cultura de la cancelación ha tenido un impacto directo y cada vez más negativo en relación a la diversidad de ideas en el entorno académico. En la práctica, esta cancelación se ha manifestado de diferentes maneras: se han “cancelado” a ciertos profesores, a invitados a las aulas universitarias e incluso temas de estudio, limitando la posibilidad de explorar diferentes perspectivas, de debatir ideas controvertidas y de fomentar el pensamiento científico en los espacios justamente creados para el desenvolvimiento de estos aspectos del desarrollo humano.

Frente a los oradores, algunos grupos de estudiantes o miembros de las comunidades universitarias han realizado protestas o han solicitado cancelar invitaciones a conferencistas cuyas posturas consideran que promueven un discurso de odio, discriminación o ideologías problemáticas. Al respecto, la Corte Suprema se ha pronunciado señalando que la libertad de enseñanza resulta afectada por la acción ilegal y arbitraria de grupos de estudiantes que impiden, incluso con la violencia, el acceso a las aulas de otros alumnos y sus profesores. (Corte Suprema 8-09-1986).

Otro ejemplo de cancelación se ha evidenciado con la solicitud de retiro de obras presionando para eliminar o censurar cientos de textos académicos que se consideran ofensivos o problemáticos desde una perspectiva contemporánea.²

Por último, podemos encontrar las represalias

1 Acá debemos entender por las buenas costumbres el comportamiento en sociedad con decoro y respeto por sí mismo y los criterios ajenos de índole ética. Por su parte, el orden público se refiere al funcionamiento normal de las organizaciones e instituciones públicas y privadas, permitiendo el desenvolvimiento seguro y previsible de la convivencia, individual y colectiva. Y, finalmente, la seguridad nacional busca la prevención de riesgos y amenazas para la independencia de la República, la superación de los atentados contra ella y el desarrollo de sus potencialidades en función del bien común y con sujeción al Derecho.

2 Shakespeare, por ejemplo, se ha querido cancelar por algunos autores como Padma Venkatraman por considerar que el momento histórico de su escritura no justifica la transmisión de mensajes de odio. Así mismo, libros como “Las aventuras de Huckleberry Finn”, “Matar a un ruiseñor”, entre otros se han visto involucrados en el debate público y ha replanteado en países como Estados Unidos su canon literario. (Rizzacasa, 2023)

contra profesores. Recientemente y a causa de la pandemia, se ha evidenciado casos en los que los profesores han sido objeto de cancelación debido a sus puntos de vista en clases por opiniones políticas o por aspectos controversiales relacionados con su enseñanza resultando, en algunos casos, en consecuencias negativas para su reputación e incluso la pérdida de sus empleos.

Con la inminente necesidad de dictar clases online, y su grabación permitida, no tardaron en hacerse virales varios videos de profesores que, amparados por la libertad de enseñanza podían ejemplos – reales o ficticios – para explicar las teorías filosóficas o prácticas que buscaban alcanzar el entendimiento de sus estudiantes confinados.

Las opiniones proscritas de los profesores fueron reprimidas con múltiples comentarios después de hacerse virales en redes, donde permanecerá el registro hasta el día de sus muertes o hasta que el derecho al olvido impere (Cornejo y Tapia, 2011, pág. 222). La represión de las opiniones de los maestros fue lo correcto en este escenario. Se ha llegado al punto en el que los profesores deben advertir al iniciar sus clases que está prohibido grabar la sesión y no otorgan su conocimiento para el uso de imágenes y audios en la búsqueda de garantizar la inviolabilidad del área de enseñanza.


¿Y cuál es la razón para cancelar la libertad de cátedra? Probablemente que, para muchos, es el lugar donde se imparten las ideas de la enseñanza tradicional “opresiva”, donde se ha introducido el sesgo incorrecto en el modo de pensar de las personas. Como lo diría Soley “la tolerancia

represiva tolera a quienes piensan correctamente, pero reprime a quienes no lo hacen. Así, en nombre de la tolerancia y el libre pensamiento, se impone el control de la propaganda”. (Soley, 2022, pág. 23).

Tolerancia universitaria

Dado el contexto anterior, es relevante recordar una idea que de una manera u otra hace parte de la libertad de enseñanza y la de expresión. Nos referimos acá a la idea de tolerancia, es decir, al respeto de las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferencias o contrarias a las propias (RAE, 2001).

En vez de la realización de la búsqueda de la tolerancia, hemos engendrado una sociedad que exige la intolerancia hacia lo que sea entendido como tradicional: visión de hombres y mujeres, del patriarcado, el negacionismo y lo que puede o no decirse dentro de las aulas en razón a la libertad de cátedra. Así en vez de avanzar en la búsqueda de posturas que permitan observar desde distintos ángulos la vida, las materias de estudio, los pensamientos individuales, existe un avocamiento a la imposición de una sola manera de ver el mundo que oprime la forma de verlo de los demás a través de la cultura de la cancelación.

Sin embargo, es necesario recuperar los espacios de enseñanza como espacio de exploración de ideas, de debate y no de imposición. Solo de esta manera podremos avanzar como cultura, como sociedad y como mejores ciudadanos que ayudarán a construir el devenir de la nación. 



CRISTIÁN
RODRÍGUEZ

Sexo barato



 CRISTIÁN RODRÍGUEZ

 PhD Universidad de los Andes,
 Escuela de Psicología

Se ha convertido en un lugar común decir que vivimos en una sociedad hipersexualizada. Es más, la sexualidad se ha naturalizado tanto que ya nos cuesta pensar que el escenario sexual haya sido radicalmente distinto hace un poco más de 60 años. Tras el Informe Kinsey, la masificación de los anticonceptivos y preservativos, la revolución sexual de los 60, la liberación homosexual en los 90 y la explosión de la pornografía por internet hacia los 2010, el escenario contemporáneo de la sexualidad es un paisaje irreconocible para la generación de nuestros padres o abuelos.

En términos evolutivos, para todo organismo que se reproduzca sexualmente, el apareamiento es algo deseado, pero escaso. Estrictamente hablando, el impulso reproductivo es un gasto de energía que no se verá recompensado a nivel individual, sino que de la especie. Más aún, los diferentes niveles de involucramiento de machos y hembras hacen que la aproximación al apareamiento sea radicalmente distinta. Machos buscan esparcir sus genes, mientras que hembras buscarán elegir al candidato óptimo, en el momento y lugar adecuado. Y esto se aplica también a nuestra propia especie. Como lo captura sabiamente un refrán, «el hombre cuando puede, la mujer cuando quiere».

El desarrollo cultural del ser humano, basado en su capacidad craneal superior, su inclinación obtusa hacia la socialización y la tendencia constante a cooperar y optimizar sus procesos, no ha hecho sino crear normas y estructuras que permitan asegurar la vivencia de la sexualidad y la reproducción. Una cultura sexualmente liberal difícilmente

podría subsistir. Por ende, a lo largo de la historia de la humanidad, la sexualidad ha sido siempre un desafío: un espacio de experiencia humano, limitado a uno con una en un ambiente social e institucionalmente protegido. Si bien algunos períodos han enfatizado más el aspecto procreativo del sexo por sobre la dimensión romántica, ambos aspectos han ido aparejados en prácticamente todos los códigos morales y religiosos de los que tengamos registro. Por lo mismo, la sexualidad estaba reservada a la adultez, a la —relativa— autonomía económica y social, y al nuevo hogar capaz de introducir los frutos de la unión. El joven varón debería esforzarse por cortejar y comprometerse con una joven que, a su vez, debería cuidar su virtud.

Todo esto suena a un cuento de hadas, «ahora la virginidad / es una cosa medieval». Hoy el sexo es barato. Cualquier lector o lectora podría dejar de leer esta revista y en pocos segundos ver registros de actos que, en cualquier otro contexto histórico, habrían estado vedados y relegados a la intimidad. La omnipresencia de la pornografía *online* es solo un elemento más entre muchos, como la trivialización de la sexualidad en los medios de comunicación y en las manifestaciones culturales. ¿Qué visiones de la sexualidad humana vemos en *Friends* o *Big Bang Theory*? Ciertamente, un sexo deportivo, sin grandes costos ni esfuerzos prolongados. Un sexo barato. Yendo un paso más allá, el sexo es barato porque, para un o una adolescente, poder involucrarse sexualmente con otro no conlleva costos. La sociedad chilena ya no castiga la sexualidad recreacional y las potenciales consecuencias



Pedro Pablo Rubens, 1633. *El jardín del amor*. Museo del Prado, Madrid.

de las relaciones se ven minimizadas por la anti-concepción. Ya ni se necesita romance para tener una relación. Hoy el sexo es más barato que nunca.

La tecnología y la cultura han cambiado la disponibilidad y la valoración de la sexualidad, respectivamente. Como anotan autores de orientaciones tan distintas como Marcuse y Scruton, el deseo sexual se ha vuelto vil y plano. Ya no es la búsqueda de la belleza trascendente encarnada de manera única en el cuerpo del enamorado o la enamorada, sino más bien un deseo puramente orgánico, parcializado. Busco tus partes para el correcto funcionamiento de las mías. Así, el sexo se parece más al dormir que a una tendencia que mueva a la persona como un todo.

Por lo demás, esta devaluación del sexo no es sencillamente un problema individual. Es decir, desde una perspectiva liberal radical, podríamos

pensar: ¿y qué importa que cada uno haga lo que quiera con su cuerpo? ¿No es acaso la base misma de las democracias liberales que cada cual viva como le plazca? No lo podemos poner en duda, claro está. Pero sabemos que lo barato cuesta caro. La vivencia de una sexualidad barata tiene una resonancia social, incluso en aspectos que no parecen ser evidentes. La sexualidad «liberada» no es solo un problema social en cuanto el sistema de salud debe lidiar con enfermedades venéreas producto de conductas sexuales de riesgo. También es un problema social en cuanto el sujeto hipersexualizado tiende a ser un sujeto pobre de vínculos estables y duraderos, con mayor interés en satisfacer sus distintas necesidades que en construir una sociedad mejor.

Esta última idea, aunque pueda ser intuitiva, requeriría una mayor formulación que en este

espacio no es posible desarrollar. No obstante, a modo de muestra, podemos revisar datos provenientes de la 10ª Encuesta Nacional de las Juventudes, conducida por el Injuv entre 2021 y 2022. Un 64,3% de los encuestados de entre 15 y 29 años reporta haber iniciado su vida sexual, siendo la edad mediana de iniciación los 16 años. De estos jóvenes sexualmente activos, un 42,9% reporta no estar actualmente en una relación estable. Ahora bien, si miramos al número de parejas sexuales que los entrevistados reportan haber tenido en los últimos 12 meses, empezamos a encontrar patrones muy sugerentes. Un 58,8% de los jóvenes sexualmente activos reporta haber tenido una sola pareja sexual, mientras que el resto, dos o más. Este último grupo, compuesto por el doble de hombres que de mujeres, es particularmente interesante de analizar. Quienes reportan haber tenido dos o más parejas sexuales en el último año también indican sentirse menos satisfechos con la vida en general, y en particular con sus relaciones familiares. Del mismo modo, reportan consumo más frecuente de sustancias, como alcohol, tabaco y marihuana. Asimismo, la mayor cantidad de parejas se encuentra significativamente asociada a la presencia de síntomas del trastorno de ansiedad generalizado, incluso después de haber controlado por edad y por sexo. Por otra parte, para miembros de este grupo, y en especial las mujeres, es menos probable que se hayan involucrado en actividades voluntarias de trabajo y cuidado de la comunidad (cuidado de enfermos, animales, personas mayores, construcción de viviendas, campañas solidarias de recolección de alimentos, etc.). En definitiva, la vivencia liberada de la sexualidad está aparejada a comportamientos que difícilmente podríamos llamar virtuosos para el orden social.

Estos datos no indican ninguna relación *causal* entre el sexo barato y una cierta desvinculación de los problemas públicos. No pretendo decir que haya mayor consumo de sustancias y menos estabilidad en estos jóvenes *porque* tienen múltiples parejas sexuales. Pero sí parece que todas estas


“La tecnología y la cultura han cambiado la disponibilidad y la valoración de la sexualidad, respectivamente. Como anotan autores de orientaciones tan distintas como Marcuse y Scruton, el deseo sexual se ha vuelto vil y plano. Ya no es la búsqueda de la belleza trascendente encarnada de manera única en el cuerpo del enamorado o la enamorada, sino más bien un deseo puramente orgánico, parcializado.”

conductas relacionadas son indicios de posiciones vitales más profundas de despreocupación por sí mismo y por los demás. De aquí tampoco se sigue una condena moral hacia una sexualidad liberal, pero sí un llamado de atención. Al parecer, el que vivamos nuestra realidad humana de forma dislocada de los fundamentos biológicos y culturales también trae aparejado consigo otras consecuencias que son tarea de todo el tejido social hacerse cargo. Quizás esto para algunos es preocupante y para otros no. Lo que hay que atender, empero, es que el sexo barato sale caro. [®]



JOSÉ
MANUEL
CUADRO





Ese momento clave en la historia: La Asociación Nacional de Estudiantes Católicos

El tópico *juventud* es de permanente análisis por parte de diversos grupos intelectuales y políticos. Usualmente se le asocia a la libertad, emancipación, ansias de cambiarlo todo, etc. Lo paradójico es que son ideas descriptivas propias de la juventud de cada época, pareciera entonces que pertenecen al rango etario más que al grupo de un tiempo en específico. De esta forma, nos remitiremos a tratar de vislumbrar a la juventud, la amplia juventud, que nace a inicios del siglo XX y tiene su apogeo en los años veinte y treinta del siglo pasado. Esos Hombres, jóvenes y católicos que intentaron dar respuesta a su tiempo y tomaron cauces defnitorios para toda la historia de Chile y que también, –siendo jóvenes–, levantaron banderas de libertad con profundas ansias de renovación.

JOSÉ MANUEL CUADRO

Investigador editorial IdeaPaís

Los albores de la nueva época:

El despunte del siglo XX es de especial convulsión. Avance democrático, *belle époque*, modernización, demandas, frustraciones e inicios de pasiones políticas, caracterizan a la primera década del siglo XX. Chile, fiel a su relación estrecha con Europa, -de intentar ser una imitación- se impregna de debates e ideas que impregnan a las elites intelectuales y a las nuevas generaciones que comenzaban a ingresar a las dos principales universidades del país: la Universidad Católica y la Universidad de Chile. De esta manera son dos los principales tópicos que articulan el debate juvenil e intelectual: comunismo/liberalismo y las *cosas nuevas* promovida por la Iglesia Católica desde la encíclica *Rerum Novarum*. Así, la relación y tensión entre estos tópicos marcan un fino hilo de todo el porvenir del siglo.

Como ya se dijo, estamos en frente de un paulatino proceso de modernización en todos los ámbitos nacionales, las altas esferas sociales ya no era terreno único de la aristocracia castellano-vasca, la burguesía decimonónica, impregnada de Inglaterra y Francia, y con importantes cuotas de inmigrantes; era el poder que comenzaba a ascender. Por otro lado, y tal como lo enseña Gonzalo Vial, es el surgimiento de la mesocracia: la clase media. Este grupo social, extenso y de múltiples acepciones, comienza a ocupar espacios junto con la burguesía en donde desarrollan en primer lugar el quiebre con el Chile del siglo XIX y se sienten forjadores de una nueva época. En cierta forma, el hecho cronológico de ser los iniciadores del último

siglo del milenio los empapa de la cultura milenarista de quiebre y génesis de lo nuevo.

Ubiquémonos en el contexto universitario y juvenil de la época. La pequeña república chilena contaba con las dos casas de estudio antes mencionadas y la idea de quiebre con el siglo XIX era profundamente demarcada. En la Universidad de Chile, “El laicismo comenzaba a levantar cabeza, a tomar forma. La siembra había sido larga y fecunda en ciertos niveles educacionales, y la juventud universitaria fiscal, en sus sectores no se si mayoritarios, pero al menos de empuje y resolución, comenzaba a mostrar sus frutos.”¹ Este marcado laicismo que se expandía en varias capas nacionales, ya estaba incubado desde la segunda mitad del siglo XIX, con la promoción de leyes laicas y la distancia entre Iglesia y Estado era cada vez más acentuada, ¿Qué hacer con Dios en la República? Se volvió un problema creciente para los sectores liberales y radicales.²

1 Jorge Gómez Ugarte, *Ese cuarto de siglo... Veinticinco años de vida universitaria en la A.N.E.C. 1915-1941*. (Santiago de Chile: editorial Andrés Bello, 1985) XIV.

2 Para mayor desarrollo del avance del laicismo y procesos de diferenciación entre Iglesia y Estado, puede revisar el libro: Sol Serrano, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile*. (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2008)


La ANEC y la respuesta a los nuevos tiempos:

En medio de esta batahola, el laicado católico se cuestiona sobre sus métodos de acción para la protección y propagación de la fe. Eran conscientes que la sola jerarquía eclesiástica no era capaz de hacer frente a los vertiginosos cambios sociales y de formular una adecuada respuesta a los signos de los tiempos. De esta manera, en 1915 se funda la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) primeramente con los laicos Emilio Tizzoni y Eduardo Cruz-Coke, junto con el tutelaje del presbítero Julio Restat. La ANEC era una respuesta a las organizaciones juveniles laicas y su “objetivo era estudiar y difundir las grandes ideas del socialcristianismo planteadas por la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII, motivación promovida y apoyada por el arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González Eyzaguirre.”³

Conscientes del poder unificador que aún tenía el catolicismo en Chile, la ANEC paulatinamente comenzó a ser el lugar de encuentro y acción política de múltiples actores relevantes del siglo XX chileno, independiente de sus caminos y derroteros ideológicos los unía en gran medida la búsqueda por «un orden nuevo» siendo leales a la tarea de ser la juventud católica encargada del apostolado religioso social. Si bien se imponen dicha labor en sus inicios, el gran foco de renovación juvenil católica se realiza hacia los años treinta podemos mencionar, en el campo intelectual, a Clarence Finlayson [filósofo], Armando Roa [psiquiatra], Rafael Gandolfo [sacerdote y filósofo], Jaime Eyzaguirre, Mario Góngora y (cercano a ellos, aunque no coetáneo) Osvaldo Lira [sacerdote y filósofo]; al escritor Roque Esteban Scarpa; a los políticos Manuel Garratón, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Jorge Prat y Jaime Castillo. En otros campos, los poetas Eduardo Anguita, Braulio Arenas y el grupo Mandrágora, el pintor Roberto Matta, el escritor Miguel Serrano, Félix Schwartzmann [filósofo],

Jorge Millas [filósofo], Luis Oyarzún [filósofo]⁴

Si bien el listado de miembros es más largo, la gran duda que salta es ¿Qué los une? O el porqué de su participación siendo tan heterogéneos, lo concreto es que estaban “ansiosos de tener un vínculo más estrecho con lo que sucedía en ese entonces en la escena contemporánea y, deseosos de romper con la herencia decimonónica, que aún pesaba con fuerza en la sociedad chilena, esta juventud quiso imbuirse de una nueva cultura, utilizando el libro, la reflexión, la acción y el diálogo como principales herramientas de formación.”⁵ Además de ello, los jóvenes anecistas estaban fuertemente unidos al magisterio de la Iglesia y ello era su principal bandera. Por un lado, eran conscientes que era el minuto de los laicos, pero por otro, jamás perdieron el rumbo de intentar separar aguas con la Iglesia en cuanto comprensión y desarrollo doctrinario. Sus círculos de estudios, -animados por el capellán Oscar Larson-, eran un debate permanente en torno a la aplicación de ideas de *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* en la realidad activa de Chile.

Es aun inconclusa la historia de la ANEC, si bien continuó como “Acción Católica” y su estructura vital permeó las instancias juveniles de la Iglesia, es difícil un símil tan ecuánime en cuanto fe, formación y acción político-social. Lo concreto, y a juzgar por los caminos que tomaron los jóvenes emancipadores de la ANEC, es que su actitud constituyó, en palabras de Diego González, una *revolución del espíritu*. 

3 Marta Cruz-Coke Madrid, *Eduardo Cruz-Coke Testimonios*. (Santiago de Chile: Fundación Procultura, 2015)81.

4 Hugo Herrera, *El último romántico. El pensamiento de Mario Góngora*. (Santiago de Chile: Critica, 2023), 34.

5 Patricia Arancibia Clavel, *Mario Góngora en busca de sí mismo. 1915-1946*. (Santiago de Chile: Fundación Mario Góngora, 1996) 31.

Alejandro Silva Bascuñán, el hombre que (no) conocí

FELIPE SOZA



Abogado asociado de Baker McKenzie Chile.

Se me ha solicitado –por cierto, muy inmerecidamente– que componga una breve semblanza de don Alejandro Silva Bascuñán, en la proximidad del décimo aniversario de su fallecimiento. Digo inmerecidamente, no por falsa modestia ni por temor reverencial, sino porque se me pide resumir la vida de un repúblico que no tuve el gusto de conocer personalmente. De antemano, advierto que lo poco diré palidecerá frente a lo que podrían agregar quienes fueron sus amigos, alumnos y colaboradores.

Conocí de don Alejandro como quien conoce de una leyenda todavía viviente. Afortunadamente, y a diferencia de varios notables que sólo son recordados tras la hora postrera, tuvo la dicha de recibir homenajes antes de su partida. Entre tantos otros, que una de las salas de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica, a la que tanto entregó, lleve su nombre y haya colgado su efigie en las paredes.

Ese fue mi primer acercamiento y probablemente el de tantas nuevas generaciones. Sin embargo, la imposibilidad de compartir con los grandes viejos, antes de la hora biológica, constituye una especie particular de angustia para quienes los admiramos. Desafortunadamente, y a pesar de mi temprano interés por su figura, no pude departir nunca con él. Así también me sucedió con el incombustible William Thayer, con quienes varios de mis compañeros –hoy colegas– tuvieron la suerte de tratar en largas tertulias en su casa.

A Silva Bascuñán lo conozco, entonces, por su producción. Sus apuntes siguen siendo material obligado de consulta. La historia enciclopédica encontrará en Silva Bascuñán a uno de los juristas nacionales más notables del siglo XX y, con toda justicia, al padre del derecho constitucional chileno. En efecto, su época de mayor producción coincide con el desarrollo en el resto del mundo de una dogmática constitucional específica

y propia, proceso teórico del cual fue su mayor receptor y artífice en el país. Tanto para su edición de 1963, como en los doce tomos de 1997, su *Tratado de Derecho Constitucional* se erige como la obra de referencia obligada para la interpretación constitucional. Su valor no es el de ser un repertorio de subsectores normativos, sino que una exposición sistemática de los fundamentos de todo el orden constitucional. Una especie de manual de Bagehot o Dicey chileno, cuya autoridad es casi equiparable a la de la ley.

Sin embargo, su paternidad en el constitucionalismo chileno no es únicamente la atribuible al comentarista privilegiado: es también de origen. Primero, pues aceptó el llamado de la Junta de Gobierno a integrar la Comisión de Estudios de la Nueva Constitución, cuyo pensamiento –incluso más que en la misma Constitución de 1980– se expresa más prístinamente en las Actas Constitucionales de 1976. Luego, con la certeza de que el proyecto constitucional que él mismo había ayudado a preparar incorporaba progresivamente elementos inconciliables con la tradición republicana, se integró junto a Patricio Aylwin, Edgardo Boeninger, Raúl Rettig y otros destacados juristas de oposición en el Grupo de Estudios Constitucionales, conocido popularmente como el “Grupo de los 24”. Nuevamente, la influencia de Silva Bascuñán no sería en vano: buena parte de su pensamiento constitucional se incorporará con posterioridad, particularmente por la vía de las reformas constitucionales de 1989. A ello podríamos agregar su influencia, desde la cátedra, de una plétora de constitucionalistas formados bajo su cuño. Pocos pueden decir que han formado escuela.

Otro tanto hará Silva Bascuñán en su rol como presidente del Colegio de Abogados de Chile, entre los afiebrados 1965 y 1974. Contribuyó al rescate de esta etapa de su vida pública la edición de *El abogado, un*

servidor de la justicia (Editorial Jurídica de Chile, 2011), una valiosa selección de discursos pronunciados desde dicha testera. Al peso específico del cargo, dado por la circunstancia de que la colegiatura era aún obligatoria, se suma la tarea de responder en forma equilibrada al conflicto político que, de cierto modo, era también una crisis constitucional en ciernes. “*El Estado de Derecho no es aquél en que cualquiera logra imponer y realizar íntegramente su particular idea de justicia, sino el que en toda la colectividad busca cristalizar aquella concepción de bien común que prevalece en su seno*”, dirá don Alejandro en 1971, resaltando la indisoluble relación entre derecho, justicia y democracia.

Sin embargo, cualquier historia grande sobre Silva Bascuñán estaría ominosamente incompleta si es que no se le considerara, ante todo, como un jurista católico y un pensador socialcristiano. Coincidió generacionalmente con Julio Chaná, Eduardo Frei, Radomiro Tomić y Francisco Bulnes, entre tantos otros, amén de las luchas particulares asumidas por cada cual. El derrotero del aventajado abogado fue, como dirá José Francisco García en su magistral *La Tradición Constitucional de la Pontificia Universidad Católica de Chile* (Ediciones UC, 2020) el de buscar conciliar los textos constitucionales y la dogmática con la tradición intelectual y social católica. Este fue su modo de responder a la crisis del derecho propia de mediados de siglo, jalonado por el mero *decisionismo* y el positivismo jurídico.

Este deseo de hallar una solución de compromiso entre derecho y catolicidad se expresan en él desde antiguo. Quien reeditara su olvidado *Una experiencia socialcristiana* (Editorial del Pacífico, 1949) le haría, verdaderamente, un gran favor a la causa del socialcristianismo chileno. Por un lado, pues recuerda que cualquier referencia vaga y deslavada a la solidaridad o a la caridad –como las que suelen campear por hoy– resulta incompleta. La misión de la sociedad civil no es otra sino que proporcionar a los hombres “*los medios de perfeccionamiento terreno, el bienestar durante el tránsito mundano*”², de modo tal que la ciudad temporal “*sea construida en términos que no impidan sino que conduzcan al hombre a su fin ultraterreno*”³. Por el otro, no vacila en reafirmar la condena magisterial



del liberalismo, defendiendo la necesidad de que el soberano garantice la existencia concreta de mecanismos para permitir dicha perfección: “[I] a gestión del bien común no es por tanto pasiva y estática [...] la libertad absoluta es la tiranía del fuerte sobre el débil, la acumulación ilimitada de los bienes, el uso inmoderado e insolente de la riqueza”⁴.

Ese es el Silva Bascuñán, de asombrosa y aterradoramente actualidad, que podemos seguir conociendo después de sus días.

Desafortunadamente, no haber coincidido con él me privan de incluir en esta reseña los detalles propios de su talante y carácter, del que sólo tengo algunas luces, haciendo fe del testimonio de interpósitas personas. De esta manera supe alguna vez que su rutina diaria, casi sagrada, era algo así: una buena friega con agua de colonia, hacer tres o cuatro ‘musarañas’ (me imagino que se referiría a alguna clase de ejercicio o expansión corporal) y leer todos los días el Diario Oficial⁵.

Me propuse hacer lo mismo a partir del instante en que conocí la historia. Hasta el día de la fecha, sólo he conseguido imitarle en la primera. ®

1 Silva Bascuñán, Alejandro (2011): *El abogado, un servidor de la justicia*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile, p. 284.

2 Silva Bascuñán, Alejandro (1949): *Una experiencia socialcristiana*. Santiago: Editorial del Pacífico, p. 71.

3 *Íbid.*

4 *Íbid.*, p. 20.

5 Nobleza obliga: esta historia la supe de Marisol Peña, voz ciertamente autorizada para hablar de su maestro, hace muchísimos años.

Gabriela Mistral. Algunas ideas sobre la moral y el rol del maestro

ROSARIO CORVALÁN



Investigadora editorial Tanto Monta.

La «apropiación cultural» —y perdón que me apropie de ese término— que se ha hecho de nuestra premio Nobel es lamentable, y no deja de surgir la pregunta de si se hace desde la ignorancia de su obra o desde una deliberada mentira. Se la ha arropado con pañuelos que no son suyos y que no le hubieran parecido bellos (y ese criterio era, para ella, decisivo).

Gabriela Mistral habló de educación y de moral. De belleza y de deberes. Intentaremos acercarnos a algunos aspectos de su visión sobre estos temas en esta breve reseña. Mistral no habló de moral para decir cosas como «no podemos regir nuestras vidas por criterios morales añejos» o «nuestras leyes no se pueden basar en criterios morales». No. Más bien sus escritos denotan que la autora ve la necesidad de reconocer algo tan simple y tan grande como la noción de que el bien y el mal existen, y el primero ha de hacerse y el segundo, evitarse: «(...) lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres1 puros y vigorosos, e individuos en los cuales la cultura se haga militante, al vivificarse la acción: se vuelva servicio».

Aquel «sentido moral» sería entonces la noción de que es deber de cada uno hacer el bien, y ello

supone que el bien existe. Pero la poeta no deja a «las generaciones» arrojadas a su suerte en esto: «La escuela debe ser fuente de enseñanza de moral y buen trato» ... ¿No se suponía que la escuela debe «ser neutra»? ¿Cómo es eso de que en el colegio deba enseñarse moral?

Resulta que Mistral, sin desconocer el rol de la familia, resaltó especialmente la labor de los maestros en la vida de los alumnos. Y esta labor en ningún caso podía verse como una simple transmisión de un conjunto más o menos extenso de conocimientos: «Enseñar siempre: en el patio y en la sala de clase. Enseñar con la actitud, con el gesto y la palabra». Esto, nuevamente, parece oponerse a una idea instalada: la de que la vida privada de un profesor, de un político, debiera ser totalmente indiferente al alumno, al gobernado. Y esa escisión de ambos planos está relacionada, por cierto, con la relegación de la moral a «la mesa del pellejo»: ¿Qué me importa si mi profesor es buena o mala persona, mientras me enseñe aquello que me tiene que enseñar?... ¡¡«enseñar siempre»!!, ¡¡«con la actitud, con el gesto y la palabra»!!

Para no dejar indeterminado aquello de «el bien» o «los bienes», mencionemos un par de ejemplos que Mistral consideró como tales: un bien que debían difundir los maestros, y que difundió ella en sus años como profesora, fue el amor patrio (al que se refiere en su texto «El cultivo del amor patrio»). Otro ejemplo: el servicio. En «El placer de servir»,

1 Este texto fue publicado en 1924. Es posible que la autora haya distinguido entre «ciudadanos» y «mujeres» porque estas aún no tenían derecho a voto.

la poeta entroniza el servicio como uno de los más altos bienes (lo mismo que en otros textos): «Hay una alegría en ser sano y en ser justo; pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir. (...) Aquel critica, este destruye, sé tú el que sirve». El amor patrio y el servicio se suman, entonces, a la lista de las ideas de Mistral que podrían sonar añejas. Pero ¿qué se puede esperar de alguien que se refiere a sí misma como «tradicionalista»?

O sea: existe el bien, el maestro debe transmitirlo, y debe transmitirlo siempre. Es, por supuesto, exigente. Es demasiado. Aun así, añadamos una idea más: una forma de transmitir el bien es transmitiendo la belleza. Y Mistral enfatizó especialmente en esto: «Procura dar un poco de belleza a tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal)». Y no solo defendió la belleza como una forma de hacer la clase («toda lección es susceptible de belleza»), sino como un fin de la educación, como «su ápice». La concibe como «el aliado más leal de la virtud», por lo que transmitiendo belleza se propicia que los alumnos sean virtuosos. Y virtuoso no es sino quien hace el bien.

Mistral enseñó en liceos de niñas de norte a sur. Con ellas, testimonian, habría rezado su oración llamada «El himno cotidiano», en que juntas pedían a Dios ser mejores, cosechar la verdad, dar «la suma de bondad». Todo esto es, por decirlo de algún modo, contracultural: la palabra «moral» suele usarse para frases como «es que tú estás dando argumentos morales», dando, aparentemente, con la invalidación del argumento. Por otro lado, la vida privada de personas que ejercen roles públicos suele ser vista como algo totalmente indiferente a ese rol (por supuesto, ¡no vayamos a hacer juicios morales al respecto!). Finalmente, el rezar con los alumnos sería hoy visto como una imposición casi violenta.

Olvidamos, a veces, que la mayoría de las discusiones sobre cuestiones públicas son, querámoslo o no, morales. Porque, como hemos dicho, hablar



de moral es hablar del bien y del mal. Y, por lo tanto, de lo justo y de lo injusto. Por ello, es esencial recoger —quizás un poco tarde— el llamado de Mistral a ser una generación llena de sentido moral; que conozca el bien e intente difundirlo, que entienda que el bien no es lo mismo que el mal, y que la discusión sobre lo bueno y lo malo debe estar presente no solo en un reducto silencioso de la conciencia individual, sino en las aulas, en la discusión de una ley, en las decisiones sobre la cosa pública. Pensar si aquella decisión es un auténtico bien o no, es pensar en moral. Usar esa palabra de forma peyorativa es, a nuestro parecer, no haber entendido su significado.

Urge rescatar el auténtico pensamiento mistraliano. No para ponerle la «etiqueta correcta» (dudo que la haya), sino para nutrir nuestros debates con sus verdaderas enseñanzas, sin invenciones ni tergiversaciones. Esto sería, sin duda, un aporte para la formación de generaciones «llenas de sentido moral». [®]

El colapso de la autoridad, cómo no abdicar ante la dictadura de las redes y la presión social

Leonard Sax



KEVIN CANALES



Profesor de Matemáticas del Colegio de la Salle,
La Reina

El colapso de la autoridad, cómo abdicar ante la dictadura de las redes y la presión social

Palabra ediciones, 2017

224 páginas

78

Pareciera ser cada vez más frecuente escuchar a padres, madres y profesores decir que los niños y jóvenes de las nuevas generaciones tienden a valorar menos el rol de la autoridad en sus vidas. En algunos casos, este fenómeno no concita mayor preocupación, debido a que podría ser una especie de «consecuencia natural» de la búsqueda de mayor horizontalidad en relaciones sociales de todo tipo, cuestión extendida en una gran cantidad de países del mundo occidental. No obstante, en otros casos la crisis de la autoridad en la vida social es vista como la causa de otros fenómenos y problemas contemporáneos que vale la pena analizar.

El autor de *El colapso de la autoridad* enmarca su argumento dentro de la línea de quienes ven con preocupación el detrimento de la verticalidad de la relación padre-hijo. En su obra, Sax da cuenta de un esfuerzo por difundir un problema que si bien está en nuestra conciencia colectiva, hasta ahora no habíamos sido conscientes de la profundidad de sus alcances en la vida social. Con un lenguaje común y sencillo, pero no por eso menos riguroso, el autor invita al lector a reflexionar sobre cómo ha cambiado la concepción de la autoridad en la sociedad y el efecto que aquello ha provocado.

Quizás de los aspectos más interesantes que se resaltan al iniciar la lectura tiene relación con el análisis que se realiza para identificar las variables que han erosionado la autoridad en las últimas décadas. Situado en esa tarea, el autor identifica «el culto a lo nuevo» como una fuerte tendencia en Estados Unidos, a diferencia de otras partes del mundo. Así, la juventud es entendida como una virtud en sí misma. En consecuencia, las nuevas generaciones tienden a valorar en mayor medida a los iguales y a despreciar el conocimiento y experiencia de sus precedentes. La autoridad, por tanto, se ve inevitablemente socavada.

Luego, se elabora un diagnóstico que advierte que la crisis de la autoridad explica en gran medida cuatro fenómenos que hoy están siendo cada vez más frecuentes en todo el mundo, pero particularmente en la sociedad estadounidense. Menciona, en primer lugar, los alarmantes índices de obesidad infantil, argumentando que cuando los padres tienen menos autoridad, los niños se alimentan peor, duermen menos, consumen más redes sociales y realizan menos actividad física. En segundo lugar, hace alusión al exponencial aumento de diagnósticos de TDAH (trastorno por déficit de atención/hi-

peractividad), desorden bipolar y otros trastornos en niños, que además han traído consigo un *boom* de prescripción de medicamentos anfetamínicos o antipsicóticos. En tercer lugar, describe cómo el deterioro de la autoridad ha provocado una disminución en los resultados académicos de los estudiantes norteamericanos, finalizando con un análisis que constata la baja resistencia a la frustración que se evidencia en colegios, clubes deportivos y otros centros de actividades para niños.

Sobre la base del diagnóstico anterior, el autor construye la segunda parte de su obra, dedicada especialmente a aquellos que enfrentan a diario el desafío de educar. Probablemente, allí se encuentra una de las principales fortalezas del libro, puesto que orienta la acción de padres y madres frente a una amplia gama de ejemplos y situaciones reales, basadas en la enorme experiencia profesional del autor en su consulta médica, así como en sus visitas a comunidades y escuelas en diversos países del mundo durante 25 años.

Si bien este es un libro que entrega respuestas a grandes preguntas utilizando un amplio cúmulo de estudios y evidencia científica rigurosa, también emergen de su lectura otras interrogantes importantes de analizar. Por ejemplo, ¿es la crisis de la autoridad una **causa** de los problemas que enfrentamos o es solo un **síntoma** de un fenómeno de mayor envergadura? ¿Tienen algo que decir cómo hemos construido nuestras sociedades? ¿Han influido los sistemas económicos imperantes o la pérdida de la voz de la Iglesia en los asuntos pú-

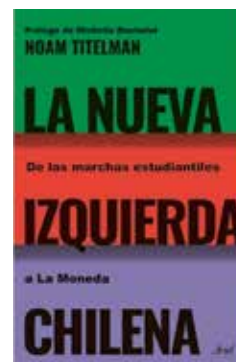
blicos? ¿Es una consecuencia de la desintegración y debilitamiento de la familia como el núcleo de la sociedad?

Las respuestas a dichas interrogantes, sin duda, cambian sustancialmente el abanico de soluciones efectivas. Sax entrega una serie de consejos o *tips* prácticos a los padres estadounidenses para evitar criar niños irrespetuosos, con menos capacidad de adaptación o imaginación, y volver a tomar sus roles de autoridad, sin temor a caer en las presiones de las redes sociales o grupos de padres amigos. No obstante, cabe cuestionarse si esos pequeños esfuerzos aislados podrán generar una mutación en la dirección en la que avanza la concepción de la autoridad en el mundo. Si este asunto es un mero síntoma colateral de procesos más profundos, entonces vale la pena preguntarse si las soluciones deberían provenir desde la política pública, de la sociedad civil organizada o de la sustitución de macroparadigmas que han estado permeando la vida social.

Finalmente, este texto —aun cuando esté basado principalmente en la realidad estadounidense— es una herramienta útil para mirar también nuestro país. Muchas de las descripciones que ahí se muestran son también cotidianas en la realidad de las familias y escuelas chilenas. Cabe esperar que este necesario debate tome relevancia en los próximos años, a fin de evaluar qué estamos haciendo (y qué no) para formar a los ciudadanos del futuro. [®]

La nueva Izquierda chilena: de las marchas estudiantiles a La Moneda

Noam Titelman



La nueva izquierda chilena

Ariel Ediciones, 2023

176 páginas

MAGDALENA VERGARA



Directora de Estudios IdeaPaís

80

“No es posible comprender a Boric ni la nueva izquierda chilena sin pensarla en el marco de la generación que lideró las movilizaciones estudiantiles”, parte diciendo Noam Titelman en las primeras páginas de su libro. Generación de la cual él mismo forma parte desde sus inicios. Fue presidente de la Feuc el 2012- mientras que Gabriel Boric lo fue de la Fech- y participó en la formación de Revolución Democrática y el Frente Amplio. Comprender este ethos de la nueva izquierda, efectivamente nos da luces sobre su actuar en política, en especial luego de la lectura de este libro.

Ellos son “hijos e hijas del proceso de modernización capitalista que vivió Chile” en los últimos 30 años, son víctimas de las consecuencias que el neoliberalismo heredado de la dictadura ha generado en nuestra sociedad, por lo mismo tienen créditos para criticar de forma destemplada a sus antecesores, en especial debido al rol cómplice que les imputan de perpetuar el modelo neoliberal mediante la política de consenso que imperó en la Nueva Mayoría.

Una nueva generación que, como explica Titelman, surge posterior a la renovación socialista y a las adecuaciones democráticas electorales que experimentaron los partidos de izquierda, que se tra-

duce en el respeto (en mayor o menor medida) de la democracia liberal y en ampliar la mirada más allá de la clase trabajadora con el fin de ganar elecciones, pues el sólo voto obrero, no era suficiente para conseguirlo. Por ello, es que el partido socialista hoy no le hable ya sólo a los trabajadores si no que lo amplía a “todos los hombres y mujeres que aspiran a una sociedad socialista”. De esta forma frente a el Frente amplio pone a la clase obrera a la “par de con un conjunto amplísimo de luchas e identidades (feminista, indigenista, disidencia sexual, entre otras)”, que se “engloban con el término “pueblo” o “ciudadanía”, sin negar sus diferencias internas ni jerarquizar entre ellas”.

Esta nueva mirada del Frente Amplio tiene correlato con la crisis de participación y representatividad inserta en el país, que aborda Titelman hacia el final del libro. El autor, evidencia una falta de identidad colectiva. Los partidos, dice, no son capaces de generar cierta afectividad con los ciudadanos, en cuyos representantes la ciudadanía no se ve identificada, en parte por lo que expresa como diferencias descriptivas relevantes con la población, es decir: los representantes son parte de una élite que poco tiene que ver con la ciudadanía. La democracia, por tanto, se vuelve meramen-

te en un “espacio de disputa de individuos aislados” sin capacidad de generar lealtad por un proyecto político ni verdadera representatividad. (Un dato que entrega el autor es que la mayor diferencia de representatividad estaría en las clases más bajas y los jóvenes). En definitiva, esta falta que evidenciaban de representación, sumado a la reivindicación de nuevos grupos oprimidos, convenció a esta nueva generación, de ser los verdaderos voceros de las demandas ciudadanas, sentimiento que encontraba asidero en experiencias en los movimientos sociales.


En este contexto, como explica en diversas oportunidades el autor, “Boric y la nueva izquierda lo que han empujado es un camino de profundización de la democracia, imbuido en las nuevas demandas de movimientos sociales feministas, ecologistas y progresistas”, sin una lógica confrontacional o de conflicto antagónico entre los grupos sociales (como la del proletariado contra las élites), sino “avanzando, progresando amablemente hasta el horizonte”. Punto central sobre el que estaría construido su proyecto político.

Con todo, Titelman ya advierte ciertos desafíos sobre el planteamiento de la nueva izquierda, que se vuelven mayores cuando evidenciamos la realidad de los hechos y el actuar del Frente Amplio, desde el Estallido Social y su llegada a la Moneda. En una de sus críticas más duras se refiere a su colectivo como “una generación que sabe muy bien cómo ganar una elección, pero entiende muy poco por qué funciona lo que funciona”. Crítica que es posible de comprender más allá de la falta de experiencia que se ha evidenciado en los constantes problemas de gestión una vez que llegaron a la Moneda, sino, especialmente como un problema de fondo respecto de su proyecto político.

Por una parte, arropados con el fragor del estallido, se adjudicaron la vocería del pueblo para imponer sus visiones de forma hegemónica, llevando al máximo la política de identidades, como bien se vio en la Convención Constitucional, pero no advirtieron que en esa lógica, pasaban a llevar

otras tantas, e incluso a aquellas que ellos decían reivindicar. Así por ejemplo, en su afán de reivindicación de los pueblos originarios (PPOO), no advirtieron las muchas otras identidades que para una persona son aún más determinantes que el hecho de ser o no indígena, como su posición política o religión. La política en base a identidades y movimientos sociales tiene sus problemas, pues suprime por una parte al individuo y las diferencias que pueda tener con otro, las categorías pasan a ser más importantes, así como también suprime esa universalidad que nos da el hecho de ser seres humanos y nos identifica como iguales. Titelman advierte la borrachera del identitarismo extremo, sin embargo no logra aclarar si en su opinión el Frente Amplio estaría ya en esa borrachera o no.

Así mismo, es cuestionable este camino de profundización de la democracia y si esta nueva conceptualización del conflicto antagónico se distancia con el progresismo - aspecto que el autor no explica-. Lo que se cuestiona, es que exista algo así como un “avance amable” respecto de sus ideas, pues más bien ha habido una imposición hegemónica de ciertas ideas en el nombre de reivindicar ciertos grupos oprimidos. Pareciera ser que la única manera de lograr ello, es mediante la democratización de todos los espacios de manera que exista verdadera igualdad y horizontalidad entre ciudadanos sujetos de los mismos derechos. No advierten sin embargo, que en este proceso han convertido al estudiante respecto del profesor, al hijo con su padre, o mujeres con hombres, en verdaderos grupos antagónicos. Así, tampoco advierten el problema de despreciar la autoridad y la existencia de ciertas instituciones naturalmente jerárquicas: como la familia o la escuela, cuyo resguardo, como advertía Alasdir McIntyre, es fundamental para el resguardo de la democracia.

En definitiva el Frente Amplio en su manera de hacer política, no logra demostrar aquello que afirma el autor, esto es que “Boric no es un tradicional izquierdista de puño en alto y manifiesto en el bolsillo”. 

El dilema de las redes sociales. Documental de Netflix



El dilema de las redes sociales
Jeff Orlowski, 2020

FLORENCIA SALAH



Estudiante de Derecho. Pontificia Universidad
Católica de Chile

82

El dilema de las redes sociales, dirigida por Jeff Orlowski, se estrenó en la plataforma de *streaming* Netflix en 2020, y desde el minuto uno logró que levantáramos la vista de nuestros celulares. A través de una interesante mezcla de documental y ficción, seguimos tanto a Tristan Harris, director ejecutivo y cofundador del Center for Humane Technology, como a Ben, un adolescente común y corriente. Las vidas de estos personajes se entremezclan para levantar el velo que no nos permite ver cuán indispensable se ha vuelto estar crónicamente en línea; Harris, por un lado, a través de su lucha por dar a la tecnología un vuelco ético, y Ben, por el otro, que se ve expuesto a un difícil reto: no usar su celular por una semana.

Durante 94 minutos, el filme nos lleva a cuestionar qué tan inofensivo es el eterno *scrolling* que, casi de manera automatizada, realizamos en nuestra red social de preferencia. Poniendo sobre la mesa otros temas —como la adicción que han generado las redes sociales y los perjuicios que estas han tenido en la salud mental de niños y adolescentes—, el docudrama nos propone, además, una pregunta incómoda: ¿Estamos pensando por nosotros mismos?

Dice el dicho que si no te están cobrando, eres tú el producto, y esa es la premisa desde donde arranca la película. ¿Cómo ganan dinero las grandes empresas *tech* si es que no están cobrando por el servicio que ofrecen? La respuesta es, nuevamente, incómoda: con nosotros, nuestra información y el conocimiento que tienen de nuestros hábitos, tendencias y gustos. Esto ha llevado a que, en un esfuerzo por ofrecer un mejor servicio a quienes publicitan en redes sociales, se hayan desarrollado complejos algoritmos que, con el solo comando de obtener determinado resultado, desarrollan una mente propia para alcanzarlo, cada vez más rápida y eficientemente. Y he ahí el problema: en virtud de esto, el algoritmo provee a cada usuario un conjunto diferente de hechos conforme a lo que desea ver, a tal punto que ya ni siquiera somos capaces, como sociedad, de ponernos de acuerdo en qué es real, pues desde nuestra perspectiva la realidad es la que vemos en la pantalla.

Algunos alegarán que este pseudopánico a estos nuevos mecanismos de publicidad es infundado: siempre han existido los periódicos y canales de televisión con claras líneas editoriales, apelando a diferentes públicos. Pero ¿estamos realmente

frente a fenómenos comparables? Los creadores de *El dilema de las redes sociales* no creen que sea así en vista de la polarización que han logrado dichas *apps*. Lo que efímeramente vemos en nuestros celulares ha trascendido de la pantalla y son los grupos extremistas quienes mejor se han valido de esta herramienta. Comenzar a rodar colina abajo la bola de nieve que puede ser el odio contra determinados grupos y, especialmente, minorías no es difícil con herramientas como las redes sociales, puesto que su amplio alcance, reducido costo y escasa regulación han permitido que estas organizaciones se vuelvan clientes frecuentes de Facebook, Instagram, TikTok y Twitter.

Solo para ilustrar lo dicho, el documental se refiere a los enfrentamientos civiles iniciados en 2016 en Myanmar que derivaron en el genocidio de los musulmanes rohingya que habitaban en el estado de Rakhine, con un claro fin de limpieza étnica. Aquí, fue precisamente Facebook (*app* que venía preinstalada en todos los teléfonos que se vendían en el comercio local) el medio a través del cual se logró la radicalización de la milicia de este país. Incluso, y sin tener que ir más lejos de nuestras propias fronteras, las redes sociales cumplieron un rol fundamental durante el estallido social de 2019, pues los primeros llamados a evadir el metro ese 18 de octubre comenzaron su difusión vía Instagram y Twitter.

En definitiva, las democracias, además de atravesar una crisis de confianza sin precedentes, se están enfrentando a un enemigo respecto del cual aún no hemos querido tomar medidas. Cada minu-

to que pasa, les damos la posibilidad al odio y a la radicalización de instalar en la cabeza de una persona más la pregunta de si acaso la democracia ha dejado de dar soluciones y ha llegado el momento de tomar la ruta alternativa. Con un algoritmo que no te muestra otra opinión más allá de revalidar la propia, podemos llegar a creer que es una pequeña minoría la que no está de acuerdo con nosotros, y rápidamente la tachamos de enemigo con un par de clics.

Volvemos por un segundo a Tristan Harris, quien puso el foco en este tema. Las redes sociales se han convertido en un arma de guerra, logrando desestabilizar democracias sin cruzar fronteras, sino que simplemente pagando por segundos en nuestra pantalla y esperando que el algoritmo haga lo suyo. ¿Estamos, entonces, dispuestos a vender nuestra democracia al mejor postor? Es imperativo hacernos cargo de la realidad y adoptar una postura crítica: no todo lo que vemos es real, pero es también indispensable que las empresas *tech* comiencen a hacerse responsables de las repercusiones que genera su industria y de la necesidad de poner a las personas por sobre quien pueda dar más. [®]



PABLO
VALDERRAMA



PABLO VALDERRAMA

Coordinador Jurídico en Cámara Chilena de la Construcción.

Lo que Benedicto XVI advirtió sobre la juventud



Qué vacía es la frase «ser joven es muy difícil hoy». ¿No son todos los tiempos y lugares un desafío humano? ¿No ha sido siempre la vida —la joven y la no tanto— una tensión constante con el mundo en que se habita? Por lo demás, en esa frase, la relación entre juventud y dificultad peca de generalizante, ya que esta no es igualmente difícil para todos. Ricos y pobres, occidentales y orientales, los de arriba y los de abajo, todos tienen en su patrimonio deudas distintas con su propio mundo. Pero es cierto también que, como toda generalización, algo de cierto esconde, y es eso lo que advierte Benedicto XVI en su discurso magistral en Madrid el año 2011.

85

Hablándoles a quienes recién comienzan su carrera como docentes de una universidad, Benedicto propone transformar la pregunta sobre qué acarrea «ser joven hoy» en una cuestión especialmente inquietante para su auditorio. «¿Dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable?», dice, apuntando a la sociedad por su incapacidad de ofrecer a los jóvenes puntos cardinales. Y tiene ra-

zón. La juventud, nuestra juventud, es en parte el reflejo del desasosiego que las sociedades modernas tienden a imprimir en nosotros, aun a pesar del sinfín de beneficios que el progreso material ha traído a nuestras vidas. Así como es evidente que la tecnología, entre otras cosas, ha simplificado muchas de nuestras complejidades cotidianas, también lo es el que con estas «nuevas dinámicas» han aflorado nuevos problemas. O, para no incomodar a lecturas más sensibles, que con la modernidad han emergido nuevas preguntas sobre la «condición humana», como diría Hannah Arendt.

De todas maneras, no es necesario acudir a abstracciones para advertir el problema. Cualquiera que haya pisado una sala de clases universitaria percibirá inmediatamente lo complejo que es para los alumnos comprender la oportunidad que se desliza frente a ellos. El sinfín de estímulos «pantalescos» que se activan no solo en sus bolsillos, sino que en las mesas junto a sus computadores, son ilimitados. ¿Qué cerebro es capaz de soportar tanta información? Y peor aún: ¿qué cabeza puede comprender la oportunidad que constituye cada clase? Además, no es que el estímulo —que claramente no es la charla catedrática del profesor— revele información útil. La notificación de cada segundo es, probablemente, parte de ese contenido basura que ofrece una salida de emergencia a lo que parecen las tediosas palabras de un adulto «más adulto» que habla sobre un contenido que debiese interesarlos, pero que, en la realidad, no lo hace.

Esas distracciones se suman a las que están disponibles fuera de la sala de clases —drogas, alcohol, pornografía—, las que dibujan un cuadro aún más desolador, constituyendo todas ellas cantos de sirena frente a los cuales es casi imposible ceder, pues nuestros jóvenes, a diferencia de Ulises, no cuentan con mástiles a los cuales amarrarse para soportar la aparentemente placentera marea: ya no hay iglesia, juntas de vecinos, clubes deportivos, ni familias sólidas que medien la soledad con el valle de lágrimas sobre el que peregrinan.

¿Qué les corresponde hacer, entonces, a los jóvenes profesores universitarios? Convertirse en genuinos maestros, sugiere Benedicto, entendiendo esa maestría como un remedio insuficiente pero necesario para el panorama contemporáneo. Sin embargo, no lo hace como un mero espectador que asigna gratuitamente cargas a otros, sino como quien conoce bien el oficio e intenta entusiasmar con él:

Al estar entre vosotros, me vienen a la mente mis primeros pasos como profesor en la Universidad de Bonn. Cuando todavía se apreciaban las heridas de la guerra y eran muchas las carencias materiales, todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos.

Ahora bien, ¿cómo convertirse en maestros para sus alumnos? Benedicto no se explaya, pero acá intentamos dos ideas.

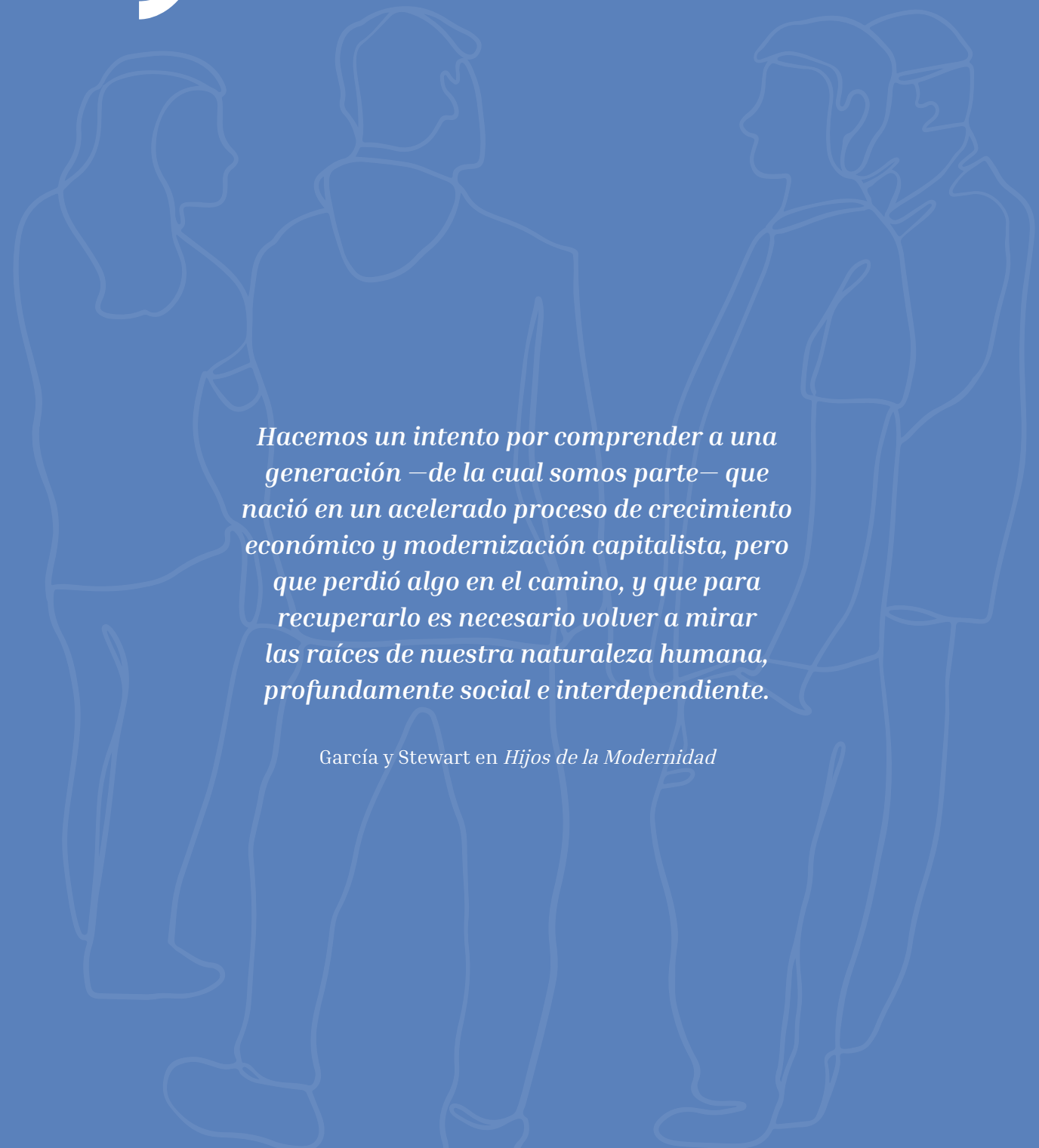


Primero, el joven profesor universitario debe aproximarse con la humildad del aprendiz. No porque no tenga nada que entregar. Se trata de quien ha estudiado lo que enseña, pero es, precisamente por ese estudio, quien más preguntas debe guardar sobre lo que se propone compartir, ya que son esas dudas por explorar las que pueden transformarse en su principal atractivo. Dicho de otro modo, quien ofrece respuestas únicas a preguntas abiertas puede cautivar en un principio —para la próxima evaluación—, pero difícilmente dejará criterios o perspectivas que incentiven a ser respondidas en el desarrollo personal de sus alumnos. Además, solo el verdaderamente humilde reconoce que eso que llamamos realidad es un bien alcanzable solo en parte, actitud que abre la curiosidad y el amor por una verdad que solo conocemos en sus básicas manifestaciones. El presuntuoso erudito, en cambio, reduce la verdad a un conjunto de cánones a los que las mentes cómodas tienden a ceder, pero que poco o nada dejan al espíritu.

En segundo lugar, el joven profesor universitario puede convertirse en un punto de referencia en la medida que reconozca que su disciplina es al mis-

mo tiempo deudora y acreedora de otras ciencias y conocimientos. Dicho de otra manera, solo a través de un diálogo interdisciplinario nuestros alumnos podrán conocer la realidad —aunque sea solo una parte de ella— y abrirse a sí mismos hacia la verdad. La hiperespecialización propia de la sociedad moderna sin duda que ha permitido expandir lo que damos por cierto, pero también es verdad que ha reducido el conocimiento a compartimientos estancos que no dialogan entre sí. Al tiempo que ha posibilitado ir más allá de lo conocido, ha oscurecido los puentes que unen a una y otra parte del conocimiento. ¿Cómo es posible que el estudio de la economía no comprenda a la justicia? ¿En qué sentido lo justo, propio del estudio del derecho, no incorpora también el criterio de la eficiencia? ¿Para qué decir la falta de nexos entre la belleza y la estética con toda la formación universitaria? Un profesor que intenta estos vínculos aumenta sus posibilidades de convertirse en un verdadero maestro para sus alumnos. [®]

RAÍCES



Hacemos un intento por comprender a una generación –de la cual somos parte– que nació en un acelerado proceso de crecimiento económico y modernización capitalista, pero que perdió algo en el camino, y que para recuperarlo es necesario volver a mirar las raíces de nuestra naturaleza humana, profundamente social e interdependiente.

García y Stewart en *Hijos de la Modernidad*